VOLVER A CUÁNDO

María Elena Morán

Siruela Nuevos Tiempos

María Elena Morán

VOLVER A CUÁNDO

Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta
Portadilla
Acta del jurado del premio café gijón 2022
Parte I
Parte II
Parte III
Parte IV
Agradecimientos
Créditos

Acta del Jurado
del Premio Café Gijón 2022

Reunido el Jurado calificador del Premio Café Gijón compuesto por Mercedes Monmany, Marcos Giralt Torrente, Rosa Regàs, Antonio Colinas y José María Guelbenzu, en calidad de presidente, y actuando como secretaria Patricia Menéndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones acuerdan por mayoría conceder el Premio Café Gijón 2022 a la novela *Volver a cuándo* de la escritora venezolana María Elena Morán.

El jurado quiere hacer notar el excelente dominio de tiempos, acción y estructura del relato por medio de las diversas voces narrativas.

La novela se ciñe a la narrativa moderna inaugurada por Flaubert en *La educación sentimental*, donde por primera vez se integró la Historia en el conflicto personal del protagonista.

Es una escritura coloquial, de gran musicalidad y con hallazgos expresivos muy sugerentes.

Volver a cuándo habla, a través del drama de una familia afectada por las consecuencias sociales del poschavismo, de la supervivencia —y en qué condiciones— de los ideales y las esperanzas de la gente en el campo de minas de la realidad.

Café Gijón, Madrid, 14 de septiembre de 2022

Mercedes Monmany
Antonio Colinas
Marcos Giralt Torrente
José María Guelbenzu
Rosa Regàs

A mi padre, Rodolfo,
y a nuestra patria portátil

Hoy es más grande tu hambre, uno menos la comparte.

ALÍ PRIMERA

Un hombre libre, cuando fracasa, no culpa a nadie.

JOSEPH BRODSKY

PARTE I

Lo que pasa es que tu hija no quiere hablar con vos y punto, chica, le dijo por último Graciela, ya sin ganas, sin anestesias y sin vergüenzas, siendo que minutos antes la excusa había sido que la niña no venía porque estaba jugando en la computadora, y era mentira porque antes ya había dicho que no había luz y antes de esa mentira ya le había dicho otra y era que la niña se había metido a bañar porque, adivina, estaba saliendo agua por la regadera, una improbabilidad gigantesca porque era lunes y los lunes no llegaba el agua, la verdad, hacía ya dos meses que ningún día llegaba el agua y seis meses que la regadera no sabía lo que era una gota y, acabadas las disculpas, Graciela se despepitó en sinceridades, es que Elisa está rebelde y si no quiere hablar con vos tampoco la voy a obligar, y ella insistió en que la niña tenía que tomar el teléfono, yo soy su madre y ella no se manda sola, y Graciela rebatió con un desgano tajante, ya te arreglaréis vos con ella después, yo ya no sé qué más decirle porque ella dice que las madres no abandonan a las hijas y qué hago yo si eso es verdad, y en esa retahíla estaban cuando, del lado de acá del teléfono, en esa esquinita de Brasil llamada Pacaraima, empezó a oler a chamuscado y Nina oyó gritos, ¡coño, nos están quemando! ¡Nos están quemando!, y vio de lejos a la gente espantándole el fuego a la carpa Coleman, que durante los últimos dos días había sido su habitación, su casa, su hotel, y ahora estaba comenzando a parecer una hornilla, ya te llamo, mami, y corrió, abriéndose espacio entre el desespero de gente que juntaba los pocos bojotes crepitantes a los que se resumían sus equipajes y sus existencias de los próximos días o meses o años.

Chama, yo me voy de esta vaina, yo no me quedo donde no me quieren, le dijo una muchacha de Valencia, vecina de carpa, mientras se juntaba a la estampida que cruzaba la frontera de vuelta para Venezuela, donde el infierno era infierno, pero era propio, constitucionalmente adjudicado, donde se tenía el derecho a la queja, aunque anduviera escaso últimamente, entre tantos peros de tufillo militar que le ponían al pobre. Nina quiso convencerla de que el incendio era solo un traspiés y que todos esos cientos de personas que los habían ayudado contaban mucho más que los cinco malaleche malparidos sinamor que habían quemado un campamento entero lleno de niños y adolescentes en espera de refugio. Quiso pero no quiso demasiado, porque no pensaba cargar con el peso de convencerla de una aventura que ya comenzaba en tragedia, ella había visto el odio en esos ojos, *isso aqui não é Venezuela, porra*!, ella había escuchado y entendido porque el odio, *taca fogo, taca fogo em tudo*!, no necesita traducciones, *vão embora, seus filhos da puta*!, el odio de esos que

decían defender la ciudad de una horda de delincuentes, después de que uno o dos hijos de puta malandros, cuándo no, uno o dos de los miles que estaban ahí, hicieran alguna mierda que todavía nadie, ni siquiera una buena parte de los atacantes o de los que los apoyaban, sabía bien qué mierda había sido; ella había visto sus ojos, eran tan, tan poquitos si los comparaba con los otros que les llevaban agua y un *lanchinho* y cobijas, pero sus voces estaban tan repletas de saña y de miedo vuelto saña, parecían tan orgullosos grabando con sus celulares aquel momento de hacer historia, gritaban tan alto en su oído, que solo le dijo, pues que le vaya bien, mamita, y se quedó ahí, con sus tesoros salvados del fuego a precio de derretir la suela de sus tenis de tanto pisar, pisar, pisar las llamas hasta que la mochila dejara de incendiarse.

Pasó lista en su equipaje-casa y vio que, a diferencia de las bolsas plásticas y los tres rollitos aplastados de papel sanitario, focos de las llamas, el resto de sus cosas parecía haber sobrevivido. Sus cotizas seguían siendo feas, pero estaban intactas. Los tres *jeans*, el único mono, las cinco franelas, los cinco pares de medias, los tres sostenes y el único vestido, su favorito, uno que la había visto bailar salsa en una cantidad grosera de noches, estaban oliendo a la maldad del querosén; apenas se salvaron sus quince pantaletas, que eran ese número multitudinario porque si algo no soportaba ella era andar con pantaletas sucias y por esa misma obsesión las había metido dentro de una bolsita Ziploc y no olían a nada. A la carpeta plástica donde tenía los ítems más trabajosos, caros y exclusivos, como el certificado de no antecedentes penales y la partida de nacimiento, se le habían derretido un poco las esquinas y ahora recuperarlos sería un parto con fórceps. Su bolsa de *boy scout*, con linterna, navaja, yesquero, fósforos, cargador de celular y su combo de plato, vaso y cubiertos minúsculos, para comer poco, pero comer con dignidad, estaba tan perfecta como su neceser, al fondo de la mochila, donde jabones de baño y jabones azules, champú, toallas sanitarias, afeitadoras, algún maquillajito y hasta condones, por si acaso, habían salido ilesos. Verificó los bolsillos laterales y vio que ahí seguían, todavía sólidos pero a pocos grados de volverse una masa fundida de materiales, los lentes de sol que le había regalado Elisa algunos cumpleaños atrás, después de mucho ahorrar; su kit, psíquicamente indispensable para todo comedor de uñas, de cortacutícula y lima; un bolígrafo retráctil con su respectiva libretica de anotaciones importantes, como direcciones y números de teléfono, aunque ella memorizaba todo como si aún estuviera en los noventa; las llaves de una casa que, más por sentimentalismo que por lógica, Nina insistía en guardar entre esos objetos de terca necesidad: minucias sin las cuales se podía vivir, pero que la hacían sentir ella y no apenas una línea en una planilla de ACNUR.

Veía el humo, los focos aún prendidos, tan bonito y tan todopoderoso y resentido que era siempre el fuego, pensaba, nunca tan huérfana como en

ese momento, aferrada a la letra de su padre, a la palabra *hija* que le colgaba del pecho eternizada en un amuleto de resina, pero pensó un poco mejor, vio un poco más ese paisaje humano devastado y se dejó sentir el temblor vivo que venía de su mano o de su pecho o de su dije, y la orfandad dio paso a la sospecha amable de aún contar con un abrazo protector, un filo hecho de muerte y de vida que había sido capaz de cortar el fuego antes de que la tocara, ese fuego que no solo destruía, sino que hacía que todo se volviera un mismo resto indistinto, desfigurado; todas las cosas, amadas o no, importantes o no, patriotas o no, acababan transformadas en un pedazo de carbón y tizne, y pensaba en cómo era posible que el desprecio tuviera el mismo olor que los terrenos quemados en Maracaibo, terrenos vacíos siempre rodeados de una cerca de bloques falla, porque nunca faltaba quien les robara bloques para construir una casita para que los suyos no tuvieran que aguantarse el olor a tantas basuras, aguadas o quemadas, que al final olían a la misma vaina, fueran basura de pobre o de rico o basura del restaurante chino o de la sede del PSUV o del baño de la Facultad de Humanidades, basura era basura, pensaba Nina que, así como esos terrenos, Roraima estaba en llamas, pero Roraima no era basura y ellos no eran basura, ellos no eran basura, ellos no eran basura, y aun pensando eso, aun así, por unos segundos se dejó tomar por la odiosa idea de que el aire carbonizado y maloliente que estaba respirando no era más que la estela que ellos mismos traían consigo, como si hubiera una hedentina intrínseca en todo cuerpo sudado, hambriento, asustado, que llegaba sin ser invitado, como si prendiéndole fuego a ese campamento improvisado en las bocas de la frontera, quienes los querían fuera de ahí estuvieran quemando alguna podredumbre que ese hormiguero inverosímil del que ella formaba parte, ese gentío atabardillado que lloraba en español por comida y cobijo y ONU y Operação Acolhida, había traído consigo.

A Raúl se le desdibujó el tiempo, como buena ruina que es. Si los días aún existen, él ya no los ve pasar. Persigue las noches, en busca de una oscuridad que nunca es completa. Historia al margen de la historia, vive un presente elástico, una dictadura del gerundio. Si no fuera por las noticias que le trae Vicente, su compañero de cuarto o de celda, como dirían algunos, ya habría perdido la cabeza, aunque no sabe si eso es posible: enloquecer es privilegio de los que tienen tiempo.

Sabe que continúa llamándose Raúl, aunque en la nueva prosodia ese nombre todavía le suene tan ajeno como las palabras ayer, mañana, después o antes, ahora que todo es un todavía, durante, mientras tanto. A pesar de todo, no puede decir que desprecie ese nuevo lugar. Tiene la paciencia de quien sabe que debe hacer el esfuerzo de acostumbrarse a las nuevas leyes, a veces tan diferentes; a esos códigos morales nebulosos; a la condescendencia con que lo tratan mientras le recuerdan sus escasas posibilidades. Se siente perdido desde el segundo que afincó el pie en esa tierra extranjera que es la muerte, pero sabe que todos los viajes intempestivos y sin boleto de vuelta son así.

Y también está Vicente, que le pone una cara familiar a su nuevo mundo. El muchacho llegó una madrugada, empapado de sudor, tristeza y ron, con una bolsita plástica percudida como equipaje. No preguntó, no pidió, no se explicó. Forzó la puerta de la tumba y se acomodó en un rinconcito con tanta naturalidad que Raúl pensó que tal vez ese jovencito llamado Vicente Namías, como descubriría después al espiar la bolsa y verle unos veintiséis años sonrientes en el carné de la patria, era el dueño real de ese cuadrado de tierra en el cementerio. A lo mejor el intruso era Raúl, que había ido a parar ahí no sabía cuándo, porque fue después de haber perdido el tiempo.

Cuando Vicente se despertó, con la resaca y la luz del día doliéndole en los ojos, se asustó al ver a Raúl sentado, estudiándolo.

—Yo pensé que ya no había nadie aquí.

Y Raúl, a quien ya nadie miraba, fuera por no querer o por no poder, miró y se dejó mirar, un vínculo que, por él carecer de tiempo y por Vicente tener experiencia con asombros, no pudo sino ser instantáneo.

—No te preocupéis. Esto es un lleva y trae. Te podéis quedar, aquí nos arreglamos.

Falto de todo, Raúl vislumbró en Vicente conversas, noticias, favores. La posibilidad de un reloj.

—¿No me va a pedir nada a cambio?

Vicente tenía esa cara de gente buena que seguramente había tenido que

hacer cosas de gente mala, un tipo de rostro que Raúl bien conocía. Gente que, en vez de miedo, le daba lástima, porque la culpa les crecía en el entrecejo como una zanja delatora.

—Una conversaíta y estamos pagos.

—Barato.

Ahora que ya se acostumbraron el uno al otro, Vicente se ha vuelto un corresponsal de guerra borracho, pero metódico, que se mueve por la vida y trae noticias de los casi mil días que Raúl, aunque no los sienta pasar, se ha perdido por estar trancado en el ya. Vicente es un veterano del afuera, bonito y rústico como un caballo con miedo, a quien no le falta un plato de comida, porque con sus ojos magos e ingeniosos localiza carteras gorditas, conmueve a muchos y los seduce a todos.

Raúl era profesor jubilado de Castellano y Literatura en escuelas públicas y de 2003 a 2008 había dado clase en la Misión Robinson, donde Vicente había aprendido a leer y a escribir en una época menos sombría en la que trabajaba como mecánico y tenía un novio que se le fue porque no aguantó estarse siempre escondido, y así Vicente se quedó sin novio y sin trabajo, porque fue tanto el despecho que todo el mundo se enteró. Y mariquera y mecánica no combinan, le dijeron, andá vete pa una peluquería y no portéis más por aquí.

—Pero ya no me quiero acordar de eso, profe, mejor cuénteme de usted.

Vicente trata a Raúl con la reverencia sincera que solo los buenos maestros conocen. Raúl intenta explicarle que él perdió su tiempo, que memoria y sueño se le juntaron, que no logra descifrar esa muchedumbre vaporosa que lo circunda.

—Yo tengo los ayeres y los mañanas revueltos, todos aquí a mi alrededor.

—Debe ser la falta de costumbre. A mi abuela le pasó lo mismo cuando hizo el paso. Y eso que ella sabía mucho de este lado. Fue ella la que me enseñó.

—¿Vos no los veis? ¿No escucháis ese gentío?

Y su buen alumno Vicente responde que no.

Raúl quisiera saber cómo mostrar esa yuxtaposición insólita en la que está y la única imagen que encuentra es un laberinto hacinado, gente suya y ajena, sobrepoblación de bocas que le hablan sin que él pueda hacer nada, porque es tanto el ruido y son tantos los rostros llorosos, exigentes, preguntones, que se vuelven una masa informe, un zumbido grave que aumenta hasta ensordecerlo.

Hasta ahora, la solución ha sido atravesar el nudo de gente y permanecer en el blanco estático que hay detrás de él. Un vacío luminoso y callado donde queda a merced del mientras tanto.

—¿Profe, usted sabe cuando uno juega metras? Uno tiene que mirar bien fijo la metra porque si no, no le pega.

—Claro.

—Yo creo que a usted le hace falta una metra.

—¿Cómo así, queréis jugar en esta oscurana?

—No, no. Digo es pa sacarle el culo a ese gentío que lo carga atormentao.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Tiene que concentrarse en una persona, alguien a quien usted extrañe. Una metra, pues. ¿Usted tiene hijos?

Raúl no quiere hablar de esas otras criaturas asoladas. Aún tiene miedo de invocar la ruina que él mismo instaló en ellas, pero Vicente tiene sus talentos y cuando Raúl se da cuenta, ya está recuperando el pretérito y contándole de esas tres generaciones de mujeres que llevan su apellido, quejas en tres timbres que lo llaman y lo llaman, sin que él se atreva a responder, porque no hay respuesta posible para su ausencia.

—La metra, profe, mire fijo la metra.

Raúl se encoge en medio de la multitud, que lo hala sin tocarlo, como una danza forzada, imanes egoístas que exigen pedazos suyos desde todos los puntos cardinales. Él abre los ojos y solo ve una nube plúmbea, escandalosa, que le hace querer cerrarlos otra vez.

Pero ojos abiertos.

Ojos abiertos.

Ojos bien abiertos.

Y entre los sentidos un poco más dispuestos, se cuela una corriente de aire, como un vientico de tibieza soplado por una boca cómplice, una boca que sopla y sopla hasta que Raúl la encuentra. Nina. Siembra la mirada en ella y el gentío insiste en llamarlo, pero va perdiendo nitidez, textura, volumen. Los ojos de Nina son dos piedras de obsidiana y ella, un túnel de hecho de carencia. «Aquí, papi, aquí». Nina.

Abrazada a su collar-amuleto, ella se apodera de sus ojos y el encuentro es tangible como ya nada parecía serlo para Raúl. Él la abraza y un paréntesis de tiempo y oportunidad se abre en su muerte. Cuánta falta, cuánta tristeza de existir sin estar juntos, pero ahora está ahí el instante, aconteciendo, imágenes tan vívidas que, más que recuperación del pasado, son un fuego que crece y chispea y chasquea en un nuevo movimiento, todos los sentidos encendidos al servicio de un tránsito original de vida. Un caos anacrónico, lo sabe, pero en sintonía sinfónica, como la propia Nina. Comienza a presentir que no hay nada definitivo en la ruina, que puede hacer obrar nuevos tiempos en su tiempo perdido.

La piel de su hija conserva una suavidad infantil, un olor a caramelo de fresa y a sudor recién nacido, sudor que va volviéndose río hirviente, calidez antes suave que asume una realidad grosera, ruda, de llamaradas violentas alrededor de ellos.

—¿Dónde te habéis metido, Nina?

Paredes de fuego que ya no son de amor ni de resurrección, sino de

odio y rechazo en lengua extranjera, los circundan, y Raúl no sabe más que permanecer al alcance mientras Nina lo convoque.

El plan era conseguir una *carona* hasta Boa Vista y de ahí hasta Manaus, a tiempo de usar el pasaje de avión que había comprado una pila de meses antes y que salía en dos días para Porto Alegre, donde la esperaba trabajo voluntario en un hostal a cambio de cama y dos comidas diarias. Había tenido la idea leyendo un blog y se había dejado llevar por su talento singular para pensar exabruptos y convencer a todo el mundo y a sí misma de que eran, cuando no lo correcto, por lo menos lo inevitable. Estaba segura de que ese plazo tan encima serviría como impulso total para aguantar lo que viniera, pero bastó ese primer coñazo en el ánimo para entender que echarse para atrás no era bajo ningún concepto una actitud de cobardes. Nadie tenía cómo saber qué tanto de «lo que viniera» podía aguantar sin perder la cordura, la dignidad, la vida.

Rezó para que lo que estaba pasando en Pacaraima no estuviera ya rodando el mundo, como la violencia siempre lo hacía, noticias falsas viralizándose más que las reales, como si las veraces no fueran ya materia de tamaña perplejidad; no quería prenderles en la cabeza a su madre y a su hija la imagen de ella en ese pandemonio, que pensaran que, aun entre lenguas de fuego, no tenía saudades suficientes como para volver atrás como esos cientos, miles, que ya se perdían de vista, atravesando a las carreras el marco de la frontera Brasil-Venezuela, bolsos, hijos y terror en mano, azuzados por los aplausos de los que aún empuñaban las botellas con gasolina y los yesqueros. Desde la única sombra que había en los alrededores, aquella que cuando llegó ella adoptó como suya, debajo de una mata de mango aún zagaletona, ella tenía la visión del campamento arrasado, el estacionamiento del supermercado Bom Garoto, con sus buenas intenciones binacionales, sus murales con las banderas hermanas y su mapa tridimensional de un Brasil que tenía que ser mejor que ese Brasil de cinco pelagatos hostiles en busca de motivos para abrir sus jetas y vomitar prejuicios y cerrar sus puños y distribuir linchamientos; tenía que haber otro Brasil más parecido al Brasil que su padre les había metido en el sueño a ella, a Elisa y a Graciela, que nunca quisieron soñar el sueño norteamericano porque el sur las imantaba a su suelo con una gravedad tan física como histórica; tenía que haber otro Brasil donde cupieran ella, sus mujeres y sus futuros, uno que empezaría en el momento en que ella se atreviera a pedir *carona* junto con los otros pocos que habían huido para el monte a esconderse mientras pasaba el aspaviento. La gente estaba como aturdida y esa no era forma de salir a buscarse la vida, o tal vez fuera la mejor y hasta la única forma, pero aturdida y todo, aunque ella decidiera pagar los treinta *reais* que costaba el pasaje en bus en vez de

pedir cola, la fila ya zigzagueaba caótica, más grande que el terminalito de aquella pobre ciudad, que ya era pobre antes de que llegara esa caravana de desespero.

Caminó en dirección contraria a la frontera, huyéndole al tumulto. En la distancia podía ver caminantes solitarios o en pequeños grupos, en el mismo plan que ella y con la gran ventaja de contar con ojos de niños tristes y naricitas sucias a disposición para conmover conductores, mientras lo único que ella tenía era una mochila medio chamuscada y una suela de tenis a la que se le había derretido toda la comodidad y ahora era fina, dispareja, dura como plástico, y aunque no llegaba a hacerla cojear, sí que le daba una cadencia ridícula a su caminar. Si Elisa estuviera con ella, tal vez sería más fácil, pero una Elisa capaz de dar lástima tendría que ser una niña con el sello del desprecio y la incertidumbre entre ceja y ceja, y entonces era mejor extrañar a Elisa, preocuparse por la rabia de Elisa y su renuncia a hablar con ella, que arrastrar a su hija de doce años a esos desamparos, de eso ella tenía certeza, no importaba que la terca de su madre no lo entendiera, con tal de que lo que aceptara, como lo había hecho. Desde que su padre murió, a su madre como que se le había olvidado qué era eso de ser madre, qué era ser abuela, como si de pronto nomás supiera ser viuda, y eso Nina lo entendía a la perfección, aun sin decir nada, porque sin su padre ella solo sabía ser huérfana, como huérfana debía estarse sintiendo Elisa, enlutada solita, con una madre mendigando ayudas tan lejos de casa, llorando al escuchar aquel *quer carona, Nina*?, dicho por la misma mujer que en los días anteriores le ofreció un sanduchito y un café y le explicó cómo sacarse los documentos, esa que ahora se sentía tan mal que lloraba sin parar como si tuviera un grifo abierto adentro y tuvo que agarrar la Pick Up del marido y salir ofreciendo cola hasta donde le pidieran, a ver si compensaba aunque fuera un poquito el estrago de esa mañana espantosa. Dona Giulia, un milagro de gente cuyo nombre Nina nunca aprendería a pronunciar bien.

Convertida en un amasijo exhausto en el cajón de la camioneta, Nina intentaba dormir y era interrumpida por imágenes del fuego que la expulsaban del sueño, e intentaba despertarse y era adormecida por la monotonía de los retazos de un paisaje nuevo, pero nada muy diferente de las carreteras del llano en Venezuela, o de la Falcón-Zulia, los mismos camiones solitarios y motos sobrepobladas y carros viejos con idénticas y creativas soluciones mecánicas de discutible seguridad, los mismos autobuses de líneas de transporte con nombres hechos de acrósticos impronunciables y las mismas *busetas*, una palabra que se puede pronunciar sin dificultad alguna, pero era mejor irla sustituyendo por *vans* para no andar por ahí mentando chochos en portugués y provocando confusiones, no vaya a ser que te tomen por puta, dijo uno de los gemelos cuarentones, barquisimetanos, madridistas furiosos y exgorduchos como tantos de sus compatriotas, que estaban sentados a su lado con la aparente

misión de no dejarle pegar un ojo entre movimientos bruscos, risas estrambóticas e incoherentes y su reserva de latas de atún que compartieron con dolor, pero de corazón, para ternura de la elocuente señora Soraya, comerciante, devota de La Milagrosa y de José Gregorio Hernández, madre de dos hijos que la esperaban en Toledo, en Paraná, no en España, aunque mucho le gustaría que fuera allá y en castellano, tan bonito su idioma para tener que cambiarlo después de ya ser abuela de cinco, Ender, Engerbeth, Edicson, Yonni y Yamilé, unos angelitos de Dios, todos medio orejoncitos como la familia de su marido, pero una belleza, ¿no es verdad?; los hijos son siempre una bendición, dijo en una ironía involuntaria frente a la sonrisa evangélicamente grata de una pareja de adolescentes al ver al hijito de ya casi tres años mamando de la gloriosa e inagotable teta que lo nutría, mientras a ellos les roncaban las tripas por lo menos dos veces por día desde que salieron de Anaco, donde nunca fueron chavistas, pero tampoco eran oposición porque a ellos la política no les tocaba y ella, Soraya, confesó con pena que había sido chavista, pero la Virgen le había halado las orejas cuando se metió en la marramusia aquella del Consejo Comunal y para redimirse volvió a sus días de copeyana ahora primerojusticiera, y gracias a Dios se dio cuenta a tiempo de que finalizaron las cuatro horas de viaje y el centro de Boa Vista los recibió con una noche seca de comerciantes que recogían sus macundales, como si estuvieran viendo en reversa la escena de los buhoneros montando sus tenderetes en las madrugadas del Callejón de Los Pobres en Maracaibo.

Dona Giulia insistió en llevarla hasta el terminal y a Nina le dio pena, pero Gi no aceptaba un no por respuesta y fue el terminal y la fila del pasaje y el pastel frito y el jugo, y hasta la sentó en la poltrona y le reclinó el espaldar y le metió en el bolsillo un papelito con su número de teléfono y el número y la dirección de la Superintendência da Polícia Federal de Porto Alegre y de la Igreja da Pompéia, y de una amiga de ella que trabajaba en la Cruz Vermelha y que estaba en misión en Roraima, pero seguro tendría cómo ponerla en contacto con buenas personas, y le dijo por vigésima vez que perdonara a su pueblo por quemar su carpa y dio gracias al cielo por centésima vez, pues por lo menos no perdió su mochila, que ella sabía de los tesoros que Nina llevaba ahí dentro, *Deus te abençoe, menina*, y Nina apenas balbució un *obrigado* lloroso porque ella nunca supo pedir ni aceptar ayudas, y sin las Giulias que ese mundo de mierda o el cielo en el que ella no creía insistían en ponerle en el camino, ella estaría perdida.

Durmió un sueño que más pareció un desmayo, doce horas de un tirón y, *moça, moça, chegamos*, un hombre llamándola a la mañana de Manaus. A ese mismo hombre le preguntó la forma más barata de llegar al aeropuerto, y qué bueno para los recién llegados que en Brasil las líneas de autobuses tuvieran nombre y número y hubiera paradas fijas, pensaba

Nina, recordando lo escoñetado y al mismo tiempo divertido, de una retorcida y masoquista manera, que podía ser el transporte público en Maracaibo, una ciudad de más de dos millones de habitantes donde la ley era la informalidad y la viveza y cómo pedir que la gente no fuera escandalosa u hostil, si hasta para agarrar un bus había que comprometerse en un combate cuerpo a cuerpo. Durante el camino, Nina fue curándose la sensación de pobrecita, muy ayudada por el hecho de haber conseguido cubrir el quemado de la mochila amarrándole un jirón de tela encima, como si fuera una bufanda, y para cuando llegó al aeropuerto ya conseguía sentirse una persona casi normal, una viajante como cualquier otra, en quien el cansancio en el rostro no era sinónimo obligado de estar durmiendo en plazas, sino de un posible *jet lag* o un insomnio de motivos menos prosaicos; una viajante cuyo acento era bonito, hasta el momento de enseñar el pasaporte y verificarse como parte de la plaga. Aprovechó la conexión USB del asiento del avión para resucitar su teléfono, muerto hacía más de un día, y aunque no estuviera escuchando nada, los audífonos regalados del vuelo la protegieron de interacciones indeseadas. En la escala en Viracopos, las seis de la tarde la agarraron frente a la ciudad gris que aparecía por el ventanal mientras comía un *pão* de batata, llorando por la irresponsabilidad de haber pagado catorce gigantes *reais* por él y por saber, desde el segundo mordisco, que no sería suficiente para toda el hambre de su estómago que, desde el pastel del día anterior, solo había recibido la tacañería de las galleticas sin gracia y el café quemado del avión, que se repetirían en el siguiente tramo y la llevarían con acidez hasta Porto Alegre, donde un argentino grande y barbudo con cara de italiano llamado Giuseppe o Fabrizio, pero que en realidad solo tenía un octavo de Italia en sí y se llamaba Diego Benítez, la esperaba con un cartelito con su nombre al lado del logo del Hostel Cidade Azul, y ella, que siempre había querido llegar a algún lugar y ver su nombre en un cartelito de aquellos, se sintió bien augurada para comenzar su nueva vida, a pesar del frío acojonante que se le metió hasta por los ojos cuando la puerta se abrió.

Hay gente que no siente dolor. Se queman, se cortan, se machucan sin enterarse. Después está ahí la sangre, el hematoma, la ampolla y la noticia. El día que vos te moriste, Raúl, lo único que yo sentí fue rabia de esa mentira que me rodeaba. Mis manos rezando encima de tu ataúd eran como una fotografía de mis manos rezando encima de tu ataúd. Mi llanto fue escaso, teórico, y las palabras salieron de mí como del guion de tantas novelas. Unas dos semanas después me llegó la noticia. Entonces comencé a ver la sangre, el hematoma, la ampolla. Entonces no pude ver nada más que eso.

Esa demora me costó muy caro y ahora sois vos el que me hace esperar. Vos siempre me dijiste que no creyera en esas pendejadas de muertos y energías y astros, pero hay cosas que uno no decide. ¿Qué podía hacer yo? ¿Decirle a mi madre que no me hablara, que se quedara quietecita donde fuera que estuviera ahora? Y a mi tía Susana, que en vida nunca hubo quien la mandara a callar, ¿cómo hacerlo después de muerta?

Nina tampoco entiende de estas cosas. No la culpo, yo misma no creía en nada ni en nadie, hasta que, ya con más de cincuenta, gané esto que no sé si llamar talento o capacidad. Creo que siempre estuvo ahí, como una cierta disposición que necesitaba ser alimentada para poder ser verdad. Nina dijo que debía ir al psiquiatra, para ella todo se arregla siempre en un consultorio, es hipocondriaca para el cuerpo y para la mente también, y vos, como quien no quiere la cosa, recordaste los episodios neuróticos de mi abuela. Ahora que todos se han ido, solo mis muertos me hacen compañía. A veces me convenzo de que vos no te decidís a hablarme por no querer admitir que yo tenía razón. Pero la mayor parte del tiempo pienso, Raúl, que es posible que tengáis miedo de volver a estos destrozos que somos el país y yo.

El cementerio parece que quedara cada vez más lejos. Antes, en medio del caos de la ciudad llena, no había hendijas para ver las distancias reales, los caminos, el mapa; es como si siempre hubiésemos estado manejando de noche y con las luces bajas y de repente barrieran las construcciones y nos dejaran en un camino desolado, dentro de un cacharro al que solo le funcionan las altas. Cuanto más vacíos nos quedamos, más grandes se vuelven las dimensiones de este espacio y las dificultades para recorrerlas. Tampoco importan ya los horarios, la ciudad ya no sabe de horas pico y, por más temprano que salga, la espera por un carrito, una buseta o, aunque sea, una chirrinchera, se ha vuelto tan larga que este sol agresivamente perpendicular siempre me calcina la mollera. Pero algo pasa, algo siempre pasa. Esta vez tuve la suerte de que fuera un por-

puesto.

Las santamarías cerradas de tantos comercios pasan por la ventana como una película de posguerra, el viento caliente arrastra polvaredas antiguas y burlonas, óxidos, hollines, basuras. La universidad es lo que más me duele ver. Un despojo lleno de monte seco donde ya nadie abarrota mi oficina con dramas administrativos, Buenos días, Graciela, ¿está la profe Dunia?; Gracielita, aquí te traje un ponquecito, ¿será que podéis abrir el sistema y confirmarme estas notas?; Graciela, hoy no estoy para nadie, estudiante que venga, estudiante del que te deshacéis; y yo nunca me deshacía de ellos sin darles alguna respuesta, porque ser la mejor secretaría de la facultad no era una fama que se pudiera conquistar con desaires. Por muy ladilla que fuera ese hormiguero de estudiantes, no hay quien no sienta su falta cuando visita aquellos pasillos y ve que donde había miles hoy hay decenas. Un casi silencio que no consigo aguantar. Me deshice del compromiso absurdo de ir a hacer varios nadas, la matraca inútil de cumplir horario, con certificados médicos que atestan una depresión incapacitante que no es mía, sino de todos.

¿Cuántos decibeles ha perdido Maracaibo? Tanto que te molestaban los gritos y el tránsito desesperado, Raúl. Ahora el único escándalo son los escombros y vos no estáis para disfrutar conmigo este silencio, alivio amargo, que nos restó.

Hoy, cuando visité tu tumba, vi un muchacho durmiendo dentro. Lo saqué a escobazos y le grité todas las groserías que me sé. Después me arrepentí. Vos aquí con tremenda casa y va a saber Dios las historias que ese pobre tendrá para contar. Dejó dentro una botellita de agua y una bolsita de plástico con un ganchito de pelo, un carné de la patria y dos mangos. Se llama Vicente José Namías Hernández. Prometo que, si lo veo otra vez, hablo con él. Por lo pronto, le voy a dejar ahí sus cositas.

¿Raúl? ¿Me estáis hablando? ¿Raúl? Tu voz no se decide a irse. La escucho rebotando por toda la casa. Un nivel de detalle y de realidad que me hace dudar de si Nina no tenía razón con aquello de buscarme un loquero. Te escucho llamándome. A veces siento que tu voz sale del dije de mi cadena, donde un *Chelita*, escrito por vos, parece que reverbera. Escucho el juego de béisbol y te oigo a vos festejando los jonrones y los ponches con tu furia melodramática. Escucho el carro llegando, la corneta que nadie toca como vos. Te escucho dándole la bendición a Elisa. Te escucho llamándome, Chelita, Chelita, respondiendo ¡La lucha sigue! siempre que alguien dice ¡Chávez vive! en VTV. Pero no, Chávez no vive y, vos, Raúl, no te decidís a visitarme. ¿Por dónde andáis? ¿Desde dónde estáis viendo morir el Proceso? Dice Nina que tu muerte es la confirmación de la muerte de la Revolución. Pero claro que no, vos tuviste la suerte de morir un poco antes que ella.

¿Abuela, compraste pan?, me pregunta Elisa y yo sinceramente no sé cuándo ni cómo llegué a casa. Me ausento de mí como si de un segundo

para el siguiente, sin antesala, sin síntoma previo, alguien me robara piezas. Cuando vuelvo, nunca vuelvo yo, nunca me devuelven la pieza. No, había mucha gente en la panadería. ¿Entonces qué vamos a cenar? Algo debe haber, mirá en el gabinete. Abuela, no hay. No hay nada, nos volvimos nada. No tengo nada que ofrecerte, Elisa, ni dentro ni fuera del gabinete. Ya no sé ni cocinar, para cocinar hay que sentirse bien, porque si no, uno envenena la comida. La tristeza se pega como la gripe. Déjenme quietecita aquí, bien lejos de la cocina. No quería tener que cuidar a una nieta cuando lo único que quería hacer es cuidar mi luto, nutrirlo solo a él, sentirlo hasta el tuétano, dolerme como la perplejidad no me dejó dolerme los primeros días. Buscá en el gabinete, en la despensa, en la nevera, en el espejo, en la máquina de coser, en las gavetas del closet, en los libros del estante, Elisa, que algo habrá. Buscá bien y me dais un poquito de lo que sea que encontréis. Y fijate si no anda tu abuelo rondando entre una cosa y otra, que uno no sabe cómo le va a dar a Raúl por aparecerse.

Mi madre, por ejemplo, no se parece a ningún otro muertico. Es como si fuera una nube de voz. Su cuerpo es aún su cuerpo, pero, de cerca, está hecho de migajas, como un avispero flotante, ruidoso. Una falsa discreción que siempre me toma por sorpresa, como todo en ella. Ya mi tía avisa antes de visitar. Hojas de mango aparecen entre mis sábanas sin que jamás las pueda agarrar, luego siento un cosquilleo en el oído, como una de las hojas acariciándome, y después la veo, sentadita en una esquina de la cama. Mi hermano Augusto no viene tan seguido y la verdad creo que es mejor así. Él es un bulto de infancia con ojos de gente vieja que me hace sentir culpable. Cuando le pregunté por qué volvió como niño, respondió que fue en aquellas edades que él comenzó a morir y esa es una gaveta que yo no quiero abrir.

Ninguno de ellos me da noticias de Dios, ninguno me explica nada, asuntos de paraíso y de vida y muerte están fuera de la discusión. Vienen con una vocación de comentaristas, de excursionistas de la memoria. La mayoría de las veces no quieren que hable. Todos han dicho que me toca escuchar. ¿Será que es eso, Raúl? ¿Será que tenéis miedo de hablar? Yo no te voy a preguntar nada, lo juro. ¿Sabéis que nunca hablé con Nina sobre tu muerte? Nunca se me metió en la cama para llorar juntas. Nunca gritó maldiciones conmigo. Nunca, ni cuando se lo pedí. Y de repente, un día, llegó con el dije. Recortó tus palabras y las volvió amuletos, uno para mí, uno para Elisa y uno para ella; criar amuletos, su forma de llorar. A Nina hay que ponerla contra la luz para verle las verdades. Y ella no se deja agarrar, es escurridiza como vos. Ustedes siempre defendieron tanto sus misterios, siempre quisieron creer que ese era su mayor encanto, pero yo siempre he sabido que esa es su mayor fuente de sufrimiento. Vai, Raúl, vení, prometo no hacer ruido.

La ausencia de una segunda venezolana con la que Diego contaba fue una sorpresa desagradable para Diego y para Nina, en dos días llegaba un grupo desde Bahía y habría mucho trabajo para ella, tal vez demasiado, él intentaría buscar a alguien más, pero así, de un día para otro, no se encontraban migrantes calificados; si no estaba de acuerdo con asumir el trabajo sabiendo que la carga podría ser mayor que la prevista, él no se ofendería y tampoco le pondría nota baja en el perfil de worldcoworkers, la plataforma de trabajo voluntario donde se habían conectado, pero decime vos, dijo Diego con su acento bonaerense intacto, decime si vas a poder o no, para ya ir resolviendo, y claro que puedo, respondió Nina, cuenta conmigo, faltaba menos, cómo no, y otras varias frases que todas querían decir lo mismo y cuyo subtexto era que le podía pedir que limpiara el piso con un cepillo de dientes que ella aceptaría con tal de tener una cama decente y no necesitar saltarse más comidas y poder quedarse con ese abriguito tan caliente que Diego había rescatado para ella de la caja de *achados e perdidos*.

Diego entendió el texto y el subtexto y agradeció la disposición de Nina para el trabajo, al tiempo que le hacía un recorrido por el lugar, lindo, lindo, lindo, decía Nina mientras tomaba fotos y se las enviaba a Elisa sin que Elisa las abriera y sin que hubiera respondido los últimos veinte mensajes que ella le había enviado, porque Elisa respondía cuando le daba la gana y siempre con monosílabos, con el emoticón antipático de cara de fastidio o con el triste. Diego contaba la historia del hostal, que se cruzaba con su sufrida historia personal de los tiempos recientes, pues toda aquella remodelación era un proyecto suyo con su exmujer y exsocia, que había sido la del invento y que había abandonado el invento y el marido cuando se acercaba la fecha de la inauguración. Un saldo de deudas y dolores que Diego insistía en contar como forma de apurar el proceso de estrechar lazos, contame vos cómo viniste a parar aquí, y Nina, que detestaba hablar de sí cuando no se sentía en confianza, fue sorprendida por las ganas y hasta por una inédita necesidad de contarse a sí misma, tan mera estadística que había sido desde que salió de casa. Le habló del plan que tenía con su padre, Raúl, de hacer un viaje transuramericano que comenzaba en São Luis de Maranhão, bajaba por el nordeste entero, demorándose en Salvador y en Recife, un paso obligatorio por Río de Janeiro y São Paulo, una parada estratégica en Curitiba, luego terminar el trayecto brasileño en Porto Alegre, para ver si era verdad eso de que el sur era mucha pampa y poca samba, y de ahí Montevideo, Buenos Aires, Mar del Plata y bajar hasta Ushuaia, para luego bordear la cordillera y atravesar

Chile y su línea recta, marearse en Bolivia, comer delicias baratas en Perú, conocer la cintura del mundo en Quito y llegar a Colombia, que era casi como llegar a casa, que estaba ahí mismito. Pero no es en eso que andás ahora, ¿no?, preguntó Diego, y Nina tuvo que cortar el desvío y mentir, haciendo de la economía la única imposibilidad para cumplir ese plan y no el hecho de que su padre hubiera muerto hacía ya dos años, coño, dos años, y como era tan difícil juntar el nombre de su padre, tan inmenso, a ese verbo imposible y mezquino, decidió en ese momento mantener a su padre vivo en su nueva existencia brasileña, y solo por ese poder empezaba a valer la pena tanta roncha. Tuvo que asumir que este viaje no era de aventura sino de desespero, aunque una cosa llevara a la otra, y que había en Venezuela una hija que casi no le hablaba desde que ella metió la primera franelita en la mochila, y una madre que quería irse del país, pero, para hacerlo, tendría que llevarse su casa, sus muertos y sus fantasmas consigo y, siendo pobre y escéptica, Nina no tenía cómo resolverle el capricho. De cualquier forma, ella estaba segura de que unos meses de distancia y la noticia, ojalá temprana, de que ya ella tenía una pieza alquilada y plata para los pasajes, ablandarían esas condiciones y sus mujeres se reunirían con ella.

¿Y qué tenés con Porto Alegre? La mayoría se queda en San Paulo, Río, ¿pero Porto Alegre? Tenía una mezcla de intuición, terquedad y pendejera. Mientras la mayoría se iba para capitales y ciudades grandes, o se quedaba rondando en ciudades fronterizas, a Nina se le había metido en la cabeza que era mejor recomenzar en una ciudad donde los venezolanos todavía no fueran una peste. Esa era la parte que ella decía en voz alta, la coherente. Lo que no decía, porque le daba vergüenza su cursilería, era que Porto Alegre le rondaba románticamente la cabeza desde 2005, cuando fue al Foro Social Mundial con un grupo de amigos, camaradas de la juventud socialista, Camilo entre ellos, cuando Camilo era todo lo que ella quería de juventud, de socialista y de inconsecuente también, aunque ese germen del tormento que le maltrataría la vida a Nina estuviera en aquel momento escondido, tanto era el hechizo, tantas las imágenes de él y de la ciudad vistas a través de ese filtro de ensueño con que la militancia ñoña y hiponga enseña a ver la posibilidad de la revolución, cuánto ella extrañaba ese filtro que tan motivada, útil, entendida, la había hecho sentir, y que luego se le había reventado en los ojos en astillazos cuyas heridas estaban tan recientes que no le dejaban «entender el momento histórico» y de las cuales Diego, con su decoración *kitsch* guevarista, gramsciana, algo trotskista y siempre emocionante del comunismo, no necesitaba saber, con lo que la respuesta fue un chiste, me contaron que Porto Alegre era como Buenos Aires, pero sin los porteños, un sueño. Mirá vos, ché, te contaron mal. Si yo fuera vos, me iría para Buenos Aires, que sí es una ciudad con mayúsculas, a pesar del inconveniente de estar llena de porteños, y así terminaron la noche riendo idiotamente porque no

hay nada como chistes de argentinos para fortalecer la unidad latinoamericana. Fortalecer era una palabra que Diego usaba con una frecuencia excesiva, sospechosa como todo eslogan, Nina no podía ni pensar en la palabra eslogan que ya le venía Cardenal a la cabeza, Cardenal en la boca de Camilo, el cura Cardenal trayendo tanta seducción a la boca de Camilo cuando repetía aquello de «Bienaventurado el hombre que no sigue las consignas del Partido, ni asiste a sus mítines, ni se sienta a la mesa con los gánsteres, ni con los generales en el Consejo de Guerra. Bienaventurado el hombre que no espía a su hermano, ni delata a su compañero de colegio, bienaventurado el hombre que no lee los anuncios comerciales, ni escucha sus radios, ni cree en sus eslóganes. Será como un árbol plantado junto a una fuente», que Camilo seguía seguramente repitiendo con la misma emoción en la voz y sin rastro de la seducción de antes, no porque una bala le hubiera volado un ojo y ahora usara un parche a la moda pirata, o porque hubiera engordado unos kilos y rebajado la barba, y las canas estuvieran invadiendo el negro, porque igual todas esas novedades le lucían como a pocos, sino porque entre cargos en secretarías de cultura, de ciudadanía, de equis y ye, y ministerios del poder popular para esto y aquello y aquello otro, en algún momento de ese derrumbe que fue de la autoridad al autoritarismo, dentro y fuera de casa, Camilo y el matrimonio, y la revolución libertaria y democrática que ambos ayudaron a construir, se habían trasmutado en una masa de eslóganes, atrezos, podios, en los que costaba seguir creyendo, porque bastaba dar un paso atrás, quitarse un tantito la lente empañada, el filtro ciego de la militancia, para ver que poco restaba de Cardenal, de sus árboles y sus fuentes.

Pero fortalecer era un verbo que los hombres amaban y los revolucionarios amaban, entonces Camilo y Diego, hombres y revolucionarios, lo amaban al cuadrado. Fue ese el verbo que Diego escogió como protagonista para acompañar la foto de Nina en Instagram, sonriente y solícita en la recepción del hostal, un texto lleno de amores, solidaridades, empatías fortalecidas, en el que él salía bien parado, ejemplo a seguir, teniendo a *su* venezolana trabajando consigo, texto en el que palabras como *voluntariado* y *cero empleados fijos* no aparecieron por ninguna parte, pero Nina igual sonrió, sonreiría durante meses al atender a los pequeños grupos que de vez en cuando aterrizaban en el hostal, viajantes pobres la mayoría, buena gente y borrachos, muchos, que ponían un acento de mundo a esa rutina de trabajar tres días, descansar uno, hacer desayuno y almuerzo con sazón no tan caribeña, por favor, mantener limpiecito y oloroso todo, inclusive ella misma y mejor con un maquillajito ni muy-muy ni tan-tan, sábanas blanquitas y expectantes como su cartera, que seguía sin ver un centavo de Diego, a pesar del trabajo voluntario haberse alargado a septiembre, octubre, noviembre, diciembrenavidad y enerofeliz2019, febrerocarnaval y marzo, que fue

cuando ella no pudo más y le dio un basta a Diego.

El hostal y él dependían de ella, pero toda dependencia era poca cuando se medía con su necesidad. Ella había sacado sus cuentas y había conversado con uno que otro y no quería haber llegado a esa conclusión, pero lo hizo, Diego debía a estas alturas estarle pagando un salario, eso de darle cama y comida y creer que eso bastaba no era ni justo ni ético ni revolucionario, ella merecía un salario, aunque fuera uno mínimo, y la cama en cuarto colectivo y la comida que ella misma preparaba eran beneficios pocos a la luz de las leyes brasileñas y bien que él lo sabía, pero es que él también sabía, porque también había hecho sus cuentas, que si Nina tuviera que pagar un alquiler, por más cuchitril que fuese el lugar, y pagarse comida y transporte, el dinero que podría ganar limpiando en casas de familia se le iría todito en sobrevivir, si ya era difícil reunir los cien dólares mensuales que le había prometido a Graciela, en ese otro escenario sería francamente imposible, y sin esa remesa, a la que se resumía su maternidad desde que Elisa se negaba a hablarle, sus mujeres estarían tan miserables como antes de ella viajar, lo que anularía sin piedad cualquier ventaja de su partida.

Diego no contaba con que, junto con el carnaval, llegaría una invitación del profesor Horacio, dueño de una de las casas en que ella *fazia faxina* en los días libres del hostal: Curso de Português para Estrangeiros, comenzando luego de las fiestas, gratuito, aulas de tres horas dos veces por semana, con la esplendorosa y también profesora Sandra, su esposa, en la Universidade Católica y, católica o no, a ella siempre le gustó el ambiente universitario, aunque no hubiera logrado permanecer mucho tiempo en la Facultad de Educación, ni en la de Trabajo Social y mucho menos en la de Derecho, pues ella era más dada a los cursos cortos, prácticos, y había hecho cientos de ellos, la mayoría medio inútiles pero divertidos, y ahora podía llenarse la boca diciendo que sabía lengua de señas e, inclusive, algo de wayuunaiki. Había trabajado de todo, desde vendedora sobria en Zara hasta administradora en una tienda de *jeans* falsificados en Las Playitas; desde modelo de piernas hasta transporte escolar; pasando por sus gloriosos días de payasa de hospital-animadora de fiestas infantiles-*bartender*, todas tres en una misma jornada de entusiasmo; épocas luminosas y optimistas que se alternaban con épocas de *hippie* depresiva, cuando le daba por mandar todo al carajo y hacer artesanía para venderla en El Supí en Carnaval, Semana Santa y vacaciones, para ver si así se sacudía alguna arrechera de la vida posadolescente, y en cada una de esas actividades le habían dado un certificado, que nunca guardaba y que tan bien le caería ahora, o un sueldo, bueno o malo, pero siempre sueldo. Diego no le daba ni lo uno ni lo otro, no le quiso ajustar los días libres para que coincidieran con los de las clases y tampoco le dio la autorización para ir al curso, que comenzaba esa tarde; fue así como Nina tuvo la confirmación de su egoísmo también

fortalecido y ahí sí que ya no hubo santo que la atajara de gritárselo en la cara; por el curso y por la tacañería travestida de esa *bancarrota* que él mencionaba varias veces por día, sin percibir que la simple palabra bancarrota era cosa de burgués porque implicaba un pasado de abundancia perdido y quien era pobre desde siempre no le ponía eufemismos a su lugar en la lucha de clases; por el jarabe teórico revolucionario de macho de izquierda que pretendía explicarle lo que, según él, ella no entendía de su propio país; y, por encima de todo, por nunca haber perdido el tono caritativo que al comienzo ella pensaba que estaba en su cabeza, producto de su síndrome de «la recogidita», hasta que la profesora Sandra, que sabía ponerle nombre y apellido a las cosas como nadie, le dijo que lo que provocaba era destrozarle los dientes a ese payaso que se aprovechaba de ella y tenía los santos cojones de presentársela al mundo como su proyecto filantrópico personal, tan personal que parecía que le incomodaba que cualquier otra gente se acercara con cariños u oportunidades que pudieran robarle protagonismo en su causa. A Nina le había gustado esa expresión tanto como le había dolido, así que la adoptó para sí y con esas palabras, *proyecto filantrópico personal*, noqueó a Diego, a quien se le ofendieron hasta las vísceras, la recontraputa que te parió, venezolanita del orto, por eso es que no los quieren en ninguna parte, se creen qué, ustedes, malagradecida de mierda, andate ahora mismo de aquí.

Que dice mi abuela que si nos puede prestar dos o tres huevos. Que si le regala dos cucharaditas de café le va a salvar la vida. Que si tiene un pancito también se lo agradece. Ya son cuatro, o cinco, las veces que Elisa ha tenido que recurrir a la señora Olga, la vecina de al lado. Todos los días le da gracias a Dios por ella. Mientras la mayoría de las casas se están quedando vacías y los que quedan andan en actitud de «sálvese quien pueda», Elisa sabe que puede contar con la señora Olga.

Ella y su madre siempre se llevaron bien. Olga es cariñosa, no juzga a nadie y, como a su madre, los chismes del barrio le han creado una reputación de mango-bajito. De puta. Ahora que todos son pobres, el hecho de que la nevera de Olga continúe menos vacía que la del resto parece ser una confirmación. Nadie nunca le ha preguntado cómo está ella ni cómo se las ingenia para recibir dinero; entonces nunca nadie, con excepción de Elisa, ha sabido que Olga tiene un abastico en Machiques y que su prima todos los meses le trae las ganancias. Ella cumple el papel de la puta del barrio, la corruptora de Nina, como todos necesitan que sea, y punto. A veces, Elisa finge no darle importancia. Otras, se siente capaz de incendiar una a una las casas de los metiches, aunque eso signifique incendiar la suya propia con la malagradecida de su abuela Graciela adentro.

Mi vida, ¿dónde está Graciela? ¿Tu abuelita está bien? ¿Por qué no han ido al mercado? ¿Nina no ha mandado dinero este mes? ¿Queréis que la vaya a ver? No se preocupe, gracias. Elisa responde así a todo. Decile a Graciela que mañana paso por allá. Gracias, Dios, por la señora Olga. Gracias, señora Olga.

Esta vez, como las otras, ella se esfuerza por contener su soledad, pero el temblor que comienza en su barbilla contagia al resto del cuerpo y los doce cortos años de Elisa se vuelven una verdad llorosa, desvalida. Ella quisiera tanto que fuera verdad eso que dicen sobre su madurez prematura, sobre su responsabilidad, su autosuficiencia. Pero no lo es, ella es una niña y ese resto de infancia que le quieren arrancar le duele en la piel, en los zapatos de la escuela, en las trenzas que su madre le enseñó a hacerse ella misma como un prenuncio del abandono, en los juguetes de los que aún no abdica porque se niega a aceptar que le acorten la inocencia.

Olga la abraza y la deja desahogarse sin pedir explicaciones ni dar falsos consuelos. Hoy yo te hago la cena. No se preocupe, gracias. Pero Olga igual se preocupa y le hace sus huevitos, sus pancitos tostados y su café con leche, prepara un *tupperware* con cena para Graciela y hasta le hace

una bolsita con cosas para el desayuno. El único defecto de Olga es que ella no tiene miedo de preguntar algunas cosas y algunas de esas cosas que ella pregunta duelen. ¿Qué sabéis de tu mami? No se preocupe, gracias.

De vuelta a la casa, calienta la comida, tomando el cuidado de dejar quemar un tantito el pan y endulzar de más el café con leche, para cubrir mejor la mentira de que la preparó ella misma. Le lleva la comida al cuarto a Graciela. ¿Viste?, te dije que algo había. Elisa ni responde. Su abuela detesta que ella ande mendigándole a Olga y hoy parece tan abatida que para qué sumarle más motivos.

Antes, poner la mesa parecía ser la ceremonia favorita de Graciela. Su expresión satisfecha al ver la simetría de los platos, la armonía de los colores servidos, el apetito en los ojos de los comensales es algo que Elisa extraña tres veces por día. Por eso ya casi no come con su abuela. Faltan platos en la mesa y cada comida se lo grita. Elisa pasa unos buenos minutos jugando con la comida, esperando que la garganta se le desanude, y la abuela acaba peleando con ella y llevándose su plato antes de que haya recuperado el control de su tráquea y su esófago. Elisa se está acostumbrando a comer frente a la tele y, aunque algunas veces esté apagada por falta de electricidad, ella la prefiere a comer con su abuela que, de un tiempo para acá, está siempre apagada.

Esta vez es Graciela quien come frente a la pantalla. Ataca el plato como si fuera la primera comida del día, y probablemente lo sea, mientras recibe, igual que cada noche, el diluvio de informaciones nacionales e internacionales que Walter Martínez presenta en *Dossier*. Elisa no lo entiende y tampoco lo quiere entender, le da miedo encontrar argumentos que justifiquen lo que su madre hizo. Pero Walter siempre le ha parecido un tipo simpático, una especie de abuelo mediático, corresponsal de guerra con un parche misterioso en el ojo, amigo íntimo de Mafalda, si Mafalda fuese real, adulta y trabajase en la ONU.

Ver *Dossier* cada noche es una costumbre con la que ella creció. Antes, cuando la vida no estaba resumida al cuarto y a la falta, lo veían en la sala y su abuelo Raúl iba añadiendo comentarios puntuales, en un diálogo intenso con el periodista, casi amigo de la familia, tan sabio como tuerto. El tema eran las acusaciones de corrupción que flotaban sobre el programa del CLAP, cuando un repique carrasposo, noventero, que venía de la sala, interrumpió a Walter: el teléfono fijo resucitado por una voz desconocida. ¿No sabéis quién soy? No, no sé. Abuela, debe ser pa vos. No, no, soy Camilo, tu papá.

A cualquier cosa llaman *papá*. Cuando él se alejó, ella tenía siete años y mal sabía sumar con tres dígitos. Ahora está en séptimo grado y está lidiando con ecuaciones lineales y fracciones y propiedad distributiva, pero ya parece conocer los conceptos elementales de la vida más que esa

voz que, desde el otro lado de la línea, dondequiera que eso sea, espera que ella le pida la bendición. ¿Quién es?, pregunta Graciela. Es Camilo. ¿Camilo, tu papá? Camilo.

Elisa aprendió que la palabra *papá* designa a un ser genial como su abuelo Raúl, que sabía con exactitud el punto de quemadito en que le gustaban las friticas, la dificultad que tenía para recordar la capital de Honduras y cuál era el nombre de su mejor amiga de la semana. Del otro lado de la línea, ciertamente no hay un papá. Hay un apellido que ella carga como una etiqueta y no como una historia.

Elisa escucha sus muchas preguntas, su esfuerzo por demostrar el cariño que su distancia niega, el silencio incómodo de aquel que fracasa en su intento de que dos o tres frasecitas hechas, qué grande debéis estar, igualita a tu madre, ay, pero qué inteligente, compacten esos seis años de ausencia y llamadas, si acaso semestrales, y los desechen como una basurita cualquiera. Después de varios monosílabos, él promete que llamará de nuevo. Ajá. Camilo dice que esta vez va en serio, que no le importa lo que Nina diga. A mí tampoco me importa, responde Elisa, Nina se fue pa Brasil.

Elisa cuelga y descubre a su abuela en el sofá, interesada en ella por primera vez en días.

¿Dónde está tu papá?

Dijo que venía el fin de semana, me dio su número. Abuela, ¿tenemos que contarle a mami?

¿Vos lo queréis ver?

No sé.

Si lo queréis ver, entonces quedate calladita.

¿Y eso por qué?

Vos quedate calladita y listo.

Pero a Elisa, como a Nina, el silencio solo le sirve cuando viene de dentro. Puede hacer un esfuerzo, pero no puede comprometerse a no restregarle en la cara a su mamá que su padre ha vuelto. ¿Será que se ponían de acuerdo? ¿Habrían hecho un pacto cuando ella nació, de que Nina la cuidaría unos años y luego le tocaría a Camilo? ¿Cada uno tendría un turno para echarse a perder la vida teniendo que ver por ella? Si su madre se había largado, si el abuelo Raúl se había muerto de repente y hasta la abuela Graciela había desistido de cuidarla, ¿por qué ella no iba a tener derecho de verse con Camilo? ¿Por qué su madre no podía saber que él había llamado? ¿Será que le prohibiría verlo?

La idea de que el abandono de Camilo era culpa de Nina inunda a Elisa con la intensidad desbordante y veloz de los despechos infanto-juveniles. Ahora que Nina es también una abandonadora, las críticas que durante los últimos seis años ella le hizo a Camilo, y que tan hacinadas tiene Elisa en su cabeza, no son más que hipocresía, intriga de novela mala de Univisión, materia de *Caso cerrado* y otras porquerías de esas que la gente ve y que el

abuelo Raúl odiaba a muerte y con razón.

Durante un buen tiempo tuviste dos ojos y lo diste por sentado. Como dabas por sentado tantas cosas en aquellos años. Ya tenías edad para saber que la vida era un riesgo, pero vos siempre habéis llegado tarde a los aprendizajes. Tenías treinta y cinco y aún estabas seguro de tener control sobre tu cuerpo y tu cabeza. Mardito chavista. La bala fue un calor que te borró las ínfulas en un destello vino tinto. Mardito chavista, fue lo último que escuchaste antes de apagarte por una fracción de tiempo que jamás sabréis precisar. Luego despertaste y, aunque sentías que la mitad de tu cara no existía más, continuabas teniendo un torso y unas piernas, porque fue en ellos que cayó el dolor como un aguacero de agujas y fue en ellos que sentiste el toque de quienes te llevaron para el hospital. Los hijos de la señora Gladys. Antes de esa noche tenías dos ojos, la ilusión de controlar alguna cosa, una esposa y una hija, un trabajo que te llevaba a los barrios más peligrosos de la ciudad, y fue en uno de ellos, en Cerros de Marín, donde perdiste un ojo y comenzaste a perder el resto.

Era febrero de 2009, faltaba una semana para la votación por la Enmienda Constitucional y tenías el carro repleto de cajas con material de campaña por el Sí. Tenías dos ojos y aun así no pudiste ver el riesgo inminente que significaba la posibilidad de la reelección indefinida ni la cercanía de los dos tipejos en moto que te encañonaron pidiéndote las llaves la cartera el celular dale dale dale mamagüevo. Se las diste sin chistear y sin embargo, mardito chavista, te volaron el ojo queriéndote volar la vida.

Fueron ellos, la señora Gladys y sus hijos, todos del Consejo Comunal, los que dedujeron que había sido un atentado. Te habías quedado hasta tarde en el comando de campaña, ellos te acompañaron hasta la medianoche, cuando la mujer de uno de ellos se apareció con cara de tranca y dos muchachos encima, preguntando si se le había olvidado que tenía familia. Ella no era como Nina, que se quedaba en casa cuidando a Elisa mientras vos cuidabas otros futuros. Nina, por lo menos en aquella época, parecía entender tu compromiso, que era el mismo de ella aunque lo ejecutaran de formas diferentes, y jamás diría algo así. Debiste haberte ido en ese momento, te dijeron mil veces que era mejor salir acompañado. Pero en tus revoluciones tenía que haber mártires.

Vos, ellos, el revólver, la bala. La física de cinco cuerpos en movimiento. Las condiciones climáticas de esa noche marabina. La historia de vida de la mano de un criminal. El currículum de tu rostro. La geometría del asesinato trabajando un desvío exacto de la trayectoria fatal. Ocho milímetros más y no la contabas. Despertaste hecho un héroe y te gustó,

aunque solo tuvieras un ojo para ver tu victoria. Estabas vivo, pensante, hablante. Un caso excepcional que, inclusive para muchos comunistas revelados creyentes por tu percance, era evidencia de que no era tu hora. Te perdiste las elecciones y te perdiste vos, pero ganó el Sí.

No quisiste dar entrevistas a los medios y tu declaración en la policía fue tan precaria como tu recuerdo y tu supuesto heroísmo. Vos sabías que podía haber sido un atentado, como podía haber sido un crimen menos pretencioso. Intentaste hacer caber la duda, decir que tal vez tus atacantes habían sido unos criminales de la oposición y no necesariamente una oposición criminal, pero la versión ya había sido cerrada, el parche en tu ojo era insignia y tu estatura política elevadísima. Mardito chavista. Ese insulto era el único respaldo de la versión que a esa altura ya era oficial, un relato que era tímido en vos, pero que dejaste crecer al punto de estar convencido de su veracidad la mayor parte del tiempo. Había dos Camilos posibles y dejaste que ganara el héroe, como creíste que lo haría cualquiera.

Vos no sentías que fueras tan importante así como para sufrir un atentado, pero eso lo podías decir vos, solamente vos, y siempre contado con que alguien te respondería que no había la menor duda de que había sido un crimen político. Por eso, cuando Nina, aquella noche, después de haberte usado cada centímetro de cuerpo mártir y de haberte sudado, besado y babeado el parche y haber gozado orgasmos llenos de fetiches piratas y combatientes, te dijo que la verdad, verdaíta, vos no eras tan importante así como para sufrir un atentado, la Miraflores particular que te habías montado en la cabeza se te volvió nada y con tu único ojo viste una polvareda de estrellas muertas.

Vos podías contar con Nina para todo, pero no para condescendencias ni palmaditas en la espalda cuando la cagabas. Cuando la conociste, no te imaginabas que Nina fuera toda esa fuerza, toda esa real capacidad empañada por su soberbia y falta de tacto. Ella, en cambio, te hizo la radiografía de inmediato y siempre intuyó las carencias que escondías atrás de tu entusiasmo apriorístico, sabía que tu manía de unanimidad era miedo de fracturar un liderazgo que ya presentías débil. Solo no sabía que aquello de «Dentro de la revolución, todo; fuera de la revolución, nada» se aplicaba también al régimen interno de la relación. Vos quisiste ser mandatario donde no debía haber líderes. A Nina le gustaba cuestionar y los cuestionamientos no cabían en las ficciones sobre las cuales erguiste tu poderío. Dudar de tu atentado, aunque apenas lo hiciera en la intimidad, era la antesala de la disidencia.

¿Qué pasó, ahora no se puede hablar de eso?, te preguntó Nina cuando la miraste con tu ojo ofendido y, mientras vos buscabas respuestas rabiosas, tu verga, que segundos antes estaba lista para una nueva fantasía guerrillera, se encogió de vergüenza. Es que tu cuerpo siempre fue más sincero que vos, Camilo. Tu cuerpo se permitía sentir y somatizar lo que

vos no lograbas contarte ni siquiera a vos mismo, se engripaba cuando acumulabas funciones y presiones, te hacía vomitar cuando te emocionabas demasiado, enfebrecía cuando tu diplomacia amordazaba tus rabias. Podía contarse la historia de la Revolución bolivariana a través de tus quebrantos y la bala, fuera atentado o no, tal vez haya sido el clímax. El tuyo y el de la revolución. Después de 2009, parece que nomás podéis contar desaciertos. Te dijeron «mardito chavista» y devastaron mucho más que apenas tu mirada. A la sinceridad de tu cuerpo, pronto se juntó una mente que ya no estaba dispuesta a hacer tu voluntad. Donde ya no había ojo, pasaste a sentir que tenías un nuevo órgano destinado exclusivamente a hacerte volar en pedazos en cualquier momento.

Esa noche, a pesar de la insistencia ruda de Nina por hacer las paces, te fuiste a dormir al cuarto de Elisa. Sentado en la poltrona donde ella había mecido a la niña hasta hacía poco, veías a esa criaturita que todavía no había llegado a los cuatro años y ya estaba tan llena de personalidad, y era tanto el miedo de echarla a perder que querías salir corriendo para siempre, así como estabas, en interiores, descalzo, sediento. Esperabas que Elisa saliera a Nina, mejor que fuera soberbia y terca a que resultara cobarde como vos.

Tu niña tenía una fijación con quitarte el parche y rever lo que había sobrado. Se preguntaba por qué lo usabas también dentro de casa. Quería verte sin máscaras porque para ella estabas bonito así también. Era solo un pedacito de gente y ya no le gustaba eso de que te escondieras. A veces parecía que la clarividente era ella y no Graciela.

Elisa no tenía nada contra el parche en sí, de hecho, te daba un aire teatral muy útil para entretenerla —Nina tenía versiones adultas e infantiles de las mismas fantasías, los nuevos detalles que el cuentito ganaba con Elisa, se volvían peripecias y exploraciones deliciosas en la cama y viceversa—. Tampoco tenía nada contra lo que había restado. Esas vergüenzas eran todas tuyas. ¿Y qué había sobrado, de hecho? La falta. Por momentos sentías que te reducías a la falta. La cuenca sin ojo era un cuarto de chécheres sin puerta. Tus miserias expuestas al mundo. Bastaba acercarse para que tus cicatrices contaran todo.

Desde que tu madre te lo regaló, tu tapa ojo a lo pirata te vestía la vergüenza y te aquietaba por momentos —era obvio que sería ella quien te lo regalaría, ella quería ponerle varios parches a tu vida, los más grandes dedicados a Nina y a tu izquierdismo-rancho-en-la-cabeza, que nadie en tu familia entendía de dónde había salido—. Vos preferís el parche a la cicatriz desnuda, aunque a veces se vuelva contra vos y parezca una broma de mal gusto. Sois ese héroe pirata, con atentado o sin él, mardito chavista, falsificado o real, que desde el espejo se ríe de vos y te recuerda que sois tan patético que te tocó desfilar por la vida con un disfraz que, en vez de ocultar, dice la verdad que nomás vos sabéis.

Los dolores punzantes duraron casi un año y las migrañas te atacaban

varias veces al mes, pero habías salido barato, baratísimo, comparado con lo que hubiera podido pasar sin aquellos ocho milímetros providenciales. Podía haber secuelas, te habían dicho los médicos, pero no habías entendido la inmensidad de territorios por los que esa posibilidad podía esparcirse. Los tejidos cicatrizaban, se acostumbraban al nuevo diseño, mientras vos te desacostumbrabas de vos mismo. Tu recuperación había sido ejemplar, eras un toro, decía el neurólogo. Y vos te arrechabas. Te hubiera ido bien en la guerrilla, decía Nina, bromeando. Y vos te arrechabas. Mi papi es como Wolverine, que se regenera. Y vos te arrechabas. El camarada Camilo es un ejemplo a seguir. Y vos te arrechabas sin entender por qué. Eras un pedazo de toro jodido de la cabeza, que no sabía ponerle nombre a ese desconsuelo crónico y no querías que nadie te viera de cerca.

Por eso era más fácil estar en la sede del partido, en tu oficina en la alcaldía, en la sala comunitaria de un barrio y en la escuela de otro barrio y en la plaza de otro más, en interminables reuniones de planificación y estrategia, en las que las cosas se organizaban en planillas inequívocas y donde las personas se te volvían letras y números; era más fácil eso que estar con Nina y Elisa, personas de carne, hueso y afectos, cuyas estrategias de cercanía te incomodaban cada vez más sin que entendieras por qué.

Nina, vos bien lo sabías, no era el pozo de paciencia que una situación volátil como la tuya ameritaba. Ella hasta lo intentó, lo intentó durante meses, pero ¿de qué te reís, ah? Me tenéis hasta la coronilla con esa risita mardita tuya, yo sé que lo que te estáis es burlando, andá a reírte de la madre tuya, mardita, mardita; mardita era tu insulto favorito de los últimos días, como si diciéndolo le dispararas un poco a ella, mardita chavista, y si vos te volviste volátil después de lo que te hicieron, Nina lo había sido desde siempre. No había sido poca su paciencia hasta esa noche en que la respuesta a tu grosería infundada no fue solo el portazo de siempre, con Elisa y mochila al hombro, sino tres pescozones furiosos que te desataron la migraña más hija de puta que vos recordáis.

No hay bala que no deje secuelas ni Naratriptán que resuelva la culpa. Todo había cambiado en vos, de eso no tenías dudas, pero te preguntabas si la secuela había substituido al hombre que eras antes por el que eras ahora, o si apenas te había removido los filtros que antes te presentaban al mundo como un buen padre, un marido decente, un trabajador dedicado, y ahora quedabas solamente vos, peso neto, tosco, crudo.

¿Será que Elisa recuerda esa noche? Fue poco después del aniversario del balazo y tres días antes de su cuarto cumpleaños. Los personajes de *Up* estaban por donde miraras en la sala. Ahora tenías que hacerte espacio entre el gordito *boy scout* ladilla, el viejo y la pajarraca loca que se multiplicaban en la piñata, los adornos, los globos, las serpentinas. Elisa estaba obsesionada con esa película y vos sentías que si te hacían verla,

aunque fuera una vez más ibas a estrellar el televisor. Ahora estabas sentado en medio de todo aquel colorido y llorabas como un nene. La imagen de Elisa en berrinche, queriendo llevarse las cosas de la fiesta consigo y Nina diciéndole que se olvidara, que la fiesta no importaba, que después veían qué hacer, te dolía a vos y le dolía a ese otro no tan otro del que salían violencias inusitadas, ese hombre casi extraño al que no le cabía una gota más de rabia.

Vos no querías ser el fin de una fiesta que no había comenzado. No eran ellas las que debían mendigar una vez más por algún colchoncito en casas de amigos —jamás en la casa de su familia, para evitar intromisiones y salvarte de la ira de Raúl, que lo que tenía de paciente también lo tenía de violento y de intransigente cuando de defender a su cría se trataba—. Tal vez fue el sentimiento de indefensión o las ganas de silencio, pero acabaste yéndote para aquel norte que tanta coriza moral te daba, el norte de Maracaibo, donde permanecía, monumental, la casa de tus padres. A esa hora no esperabas encontrar ni siquiera a la señora Ramona, que trabajaba todos los días aunque casi nunca hubiera alguien a quien servir, pero te recibió tu hermano. La distancia entre ustedes fue oportuna como nunca, no tuviste que dar explicaciones porque no hubo preguntas. Hubo una media sonrisa y la información de que él estaba ahí, en la casa, en Maracaibo, en Venezuela, solo de pasada, y en la nevera había cerveza y comida china.

Te dio miedo llamar a Nina, así que le dejaste un mensaje a Graciela pidiendo que por favor le dijera a Nina que volviera a la casa, que te habías ido. Apagaste tu teléfono y bebiste y jeteaste solo, en tu cuarto de adolescente, hasta que llegó el día y con él, la señora Ramona, que tocó tu puerta y, como si nunca hubieras prometido no volver a esa casa enemiga, como si no hubiera en tu rostro esa ausencia gritante, como si no fueras un absoluto sinsentido lloroso y borracho, te preguntó si querías desayunar huevos fritos o revueltos.

PARTE II

Inhala. Un, dos, tres, cuatro. Aguanta. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Exhala. Maldita sea la hora en que le dio por ponerse justiciera. Inhala. Un, dos, tres, cuatro. Aguanta. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Exhala. Malditas esa hora y todas las horas antes que llevaron a Nina a creer que la gente nace buena y que las intenciones revolucionarias son suficientes para callar la llama egoísta que tenemos dentro y nos conduce por donde le da la gana y se traga nuestras pobres, chiquitas y siempre boconas intenciones revolucionarias. Un, dos, tres, cuatro. Aguanta, aguanta, aguanta hasta que el rostro explote y los pulmones colapsen, porque es mejor morirse de un paro respiratorio elegante que de vergüenza, un, dos y Nina suelta de un coñazo todo el aire porque no existe suicidio tan limpio en el mundo, ni siquiera uno hecho en un lugar aséptico e imposible como lo era una sala de meditación en un edificio ultramoderno de una universidad privada ultramoderna, cuyas sillas deben costar diez veces el salario de veinte dólares de un profesor universitario en Venezuela, mejor meditar bien, meditar bonito, agradecer los cojines y el incienso que, aunque no fueran para ella, serían usados por ella porque no había motivos para dormir en plazas o albergues o debajo de viaductos atestados, siempre bajo amenaza de una barrida de la policía, cuando había una universidad tan acogedora como esa, que ofrecía cursos gratuitos de portugués para extranjeros y que tenía tantos sofás, Internet gratis, seguridad, higiene y silencio; una seducción que se había desplegado frente a ella al salir de la primera clase con Sandra, donde aprendió expresiones básicas como *bem-vinda*, *muito prazer* y *precisa de ajuda*?, y sí, claro que sí.

Dudó entre la Escola de Engenharia y la Escola de Humanidades, pero la segunda venció por mucho, no solo por ser donde ella tenía sus clases de portugués, sino porque descubrió que en el segundo piso había una salita perfecta para leer o estudiar o acampar durante una semana, un espacio sin computadores ni libros, apenas unos sofás que junticos rendían una buena cama y dos mesas en las que podría extender sus pantaletas y dejarlas secar bajo el ventilador de techo durante la noche, después de lavarlas en el baño que estaba justo al lado de su nueva habitación. La sala tenía una puerta siempre cerrada que daba a un minidepósito donde guardaban sillas extra para momentos en que las actividades organizadas en ella así lo ameritasen, o donde Nina podría guardar su mochila chamuscada para no andar por los pasillos con esa carga a cuestas, lo que sería más o menos como cargar un cartel de intrusa en neones o leds enceguecedores con imágenes que le contarían a la

comunidad universitaria sobre su trayectoria de indigencia, y entonces ella tendría que responder preguntas y aguantarse la lástima y las ofertas de ayuda, que bien podría aceptar pero, para llegar a ellas, había que estar dispuesta a que la llamaran *coitadinha* y le hicieran donaciones y llamaran a la radio y a los periódicos y a la televisión, donde ella tendría que mascullar su historia para que alguna compatriota mejor hablada la tradujera en vivo, y entonces hubiera una ola de conmiseración que podría tal vez resultar en algún trabajo, y lo único que ella quería era un trabajo pero, para eso, había que aguantarse la lástima y articular porfavores y ella, cuanto más necesitaba, menos decía, y si de algo estaba hasta la jeta en esos días era de ser blanco de caridades.

Lo primero había sido entender los horarios de los vigilantes y memorizar dónde estaban las cámaras de seguridad. Pan comido ambas. Le buscó conversación a un vigilante que le pareció simpático y lo suficientemente lejos de Humanidades como para no levantar sospechas, y no demoró mucho en saber qué quedaba abierto y qué quedaba vacío en el campus a qué hora y dónde podrían tomarse un café un día de esos cuando él estuviera de *folga* y así constatar que no importaban lugar ni hora ni cuantos cursos hiciera ni en cuántos proyectos de vida hubiera vencido o fracasado, y no importaba ni siquiera saber o no elaborar una frase coherente en un idioma común, ella seguía recurriendo a la sonrisa y al quiebre de caderas para hacerse con todo y por ahí siempre se le iban agua abajo algunos centímetros de dignidad. Supo entonces que ese miércoles, como cada uno de esos días de calentamiento de motores para el comienzo del semestre, a eso de las ocho de la noche, los vigilantes harían una última ronda chequeando con más sueño que ganas los espacios y, apenas confirmasen la desolación bonita que son los salones de clases y las oficinas de noche, cerrarían las rejas y pondrían su invasión bajo cadenas y candados. Las cámaras de seguridad estaban en la entrada del edificio, en varios puntos del corredor central, en los ascensores y en las escaleras, pero, una vez que se entraba a los pasillos, aquello era un territorio donde el espionaje institucional ya no era ejecutado por cámaras y vigías, sino por el sospechosamente embellecido Marcelino Champagnat, padre fundador de los maristas, que, desde más cuadros de los necesarios y con una sonrisita alcahueta, parecía querer salir de las pinturas, ya no para juzgar a nadie, sino para juntarse al descaro.

Cuando llegaron las siete y cincuenta, Nina apagó las luces de la salita, cerró la puerta con llave por dentro y se sentó en el piso, encogida y recostada en una esquina, fuera de la visión de quien se asomara por la ventanilla manicomial que todas las puertas escolares del mundo parecían tener y a través de la cual, el vigilante se echó una asomadita rápida, una mirada desinteresada al cuarto donde por primera vez en meses ella tendría un sueño privado, sin el desasosiego de la intemperie del campamento y su telita Coleman fingiendo que la protegía de predadores

tantos, y sin la sensación de vitrina de tristezas que tenía en el cuarto colectivo del hostal, donde siempre durmió con un ojo nada más, porque al otro ojo le tocaba rastrear amenazas. A solas y a salvo, durmió y se descubrió en una cabina del teleférico del Ávila, con un bebé en brazos, una Elisa de unos seis meses. Solo percibió que su carrito no se movía cuando vio pasar, en la viga de al lado, a Graciela y a Raúl en sentido contrario, bajando el cerro, con montones de flores que podrían haber comprado en Galipán, cerca del Ávila, pero estaban arregladas en coronas fúnebres. Intentó gritarles y percibió que en vez de lengua tenía un hueco donde las palabras se le agolpaban y le hacían doler la garganta como una amigdalitis violenta. Estamos solas, Nina escuchó, y se negó a creer que eso lo había dicho la bebé, se quedó mirándola, mirándola, esperando comprobar si aquella voz adulta y familiar había de verdad salido de ella y no fue la boca minúscula de Elisa la que se movió, sino sus ojos como de caballo, brillantes en medio de la noche repentina que las cubrió, dos ciruelas negras que repitieron, estamos solas, segundos antes de que la viga del teleférico se rompiera y el carrito volara ingrávido hacia el vacío del cielo en vez de caer cerro abajo, donde Caracas era un exceso. Estamos solas.

Él huele como a pan dulce con jaboncito de bebé. Es un tipo agradable, eso ella lo sabe, lo recuerda. El hecho de que use bermudas en una ciudad donde los hombres parece que le tienen miedo a mostrar las piernas le trasmite confianza. Sí, debe continuar siendo un tipo agradable y sincero, por lo menos consigo mismo. Elisa busca su cuerpo de ahora en el cuerpo de ese hombre que es su padre, un conocido de cuya geografía ella parece, cada vez más, ser una fotocopia. Sus narices y sus piernas son iguales. También sus cejas, pero las de él son un poco más gruesas, o tal vez se vean más gruesas por el parche, pero Elisa tendrá que confirmar eso después, si es verdad eso de que habrá un después, porque, por ahora, no se atreve a mirarlo mucho.

Elisa siente un calor seco en los cachetes y ya imagina las manchas rojas que, como un mapa, le deben estar cubriendo el rostro, el cuello y el pecho. Una condena que heredó de su madre: la condición de la transparencia emocional. Siempre se le olvida ponerse alguna ropa que la ayude a disimular, un cuello de tortuga, una franela manga larga. Con Camilo no debe funcionar lo que funciona con otra gente, excusas de una posible intoxicación alimentaria, exceso de calor o de frío, reacción alérgica. Él debe saber, por su historia con Nina, que la única alergia que hace aparecer esas manchas es la alergia a sentir más de lo que cabe en el cuerpo y por eso las emociones intentan escapar, buscar espacio fuera de ese recipiente que de un segundo para el otro se les hace insuficiente.

Están los tres en la sala: Graciela, Camilo y ella. Él en el sofá grande y ellas dos en los pequeños. Graciela cambió de lugar los portarretratos y puso en la mesita de centro la foto más bonita de Nina. Hizo café y hasta sacó, Elisa no tiene idea de dónde, unas galleticas dulces. La constatación de que su abuela se bañó y se puso bonita la hace sentir una puntita de rabia mezclada con la tristeza de estar siendo traicionada, aunque no sepa explicar en qué consistiría exactamente esa traición. Ella se pregunta si esa sensación es lo que llaman celos, y el olor de la colonia que Graciela no usaba desde un siglo atrás viene a responderle que sí, claro que sí. Está terriblemente celosa de que, el resto de los días, ella tenga que estarle atrás para que salga de la sabanita curtida y hedionda esa que su abuela no suelta y se meta a bañar. Hoy, a Graciela parece que le reactivaron algún circuito que Elisa ya daba por perdido.

Cómo puede Graciela adorar tanto a Camilo, siendo que, a Nina, que es la que realmente lo conoce, no le sobró cariño ni para un elogio siquiera. Claro que su madre podía saber cosas que su abuela no sabía, pero también era cierto que el tipo de cosas que Nina decía sobre Camilo era el

tipo de cosas que ella estaba pensando sobre su abuela en ese momento. Tal vez buena parte de la mala paternidad de Camilo haya sido, en realidad, creada por los celos de Nina. Ahora que ha perdido a Nina, quiere pensar que esa es una posibilidad. Pensar que ese hombre que tiene en frente merece ser bienvenido. Y que Nina llevó consigo un montón de mentiras.

Graciela no para de hablar un segundo, de preguntarle a Camilo por gente que Elisa no conoce y que a él parece no importarle. Él responde con gentileza ese interrogatorio sin sentido y Elisa se pregunta cómo es que su abuela no percibe lo fastidiado que él está, ¿acaso ella no ve cómo mueve el pie? ¿cómo se destroza la cutícula del meñique? Hasta ahora, comerse las uñas es el único trazo que hace de Camilo, Nina y Elisa una verdadera familia. Treinta dedos en permanente cicatrización. Pronto, la gentileza se agota. Camilo interrumpe la perorata de Graciela y pide agua, en un claro plan para quedarse a solas con Elisa y sus piernas idénticas a las suyas. Un nuevo indicio de vínculo, piensa ella.

Él pregunta por su mamá. Nina es, al mismo tiempo, un tema prohibido y el único asunto que tienen en común. Elisa tiene una artillería pesada en la punta de la lengua, lista para destruir a Nina. Pero las palabras de repente le faltan, como si pertenecieran a otro idioma. ¿Dónde está Nina? Porto Alegre. ¿Y está bien? Sí. ¿Encontró trabajo? Sí. Siete sílabas le bastan para sentir que, frente a Camilo, su voz asume un acento ajeno, una entonación torpe. Le falta una lengua padre y ambos lo saben.

Elisa se pregunta si él está tan nervioso como ella o si los escasos cuatro años que de hecho vivieron juntos, de los cuales ella recuerda solo imágenes sueltas y fallas, lo hacen sentirse cómodo. Si será que eso le basta para asumir que hay entre ellos una intimidad dada, mezcla de genética compartida y cuarenta y ocho meses de convivencia en los que, mientras ella crecía a una velocidad vertiginosa, él se debatía entre el sueño de verla crecer y el sueño de él seguir creciendo sin ella.

Continúa divertido, su papá. Ella sabe que con carro, casa y dinero en el bolsillo es más fácil ser divertido. Pero él tiene algo, una soltura, una levedad que ella no sabe si de hecho la recuerda o si lo que recuerda es haber escuchado hablar de ella. El carro huele a perfume de mujer. Elisa prefiere pensar que es de la abuela que ella no recuerda; su padre aún no tiene siquiera contornos de padre, entonces será mejor dejar nuevas identidades, como la de hombre soltero y en búsqueda, para después.

Camilo pregunta si quiere escuchar música y ella asiente, no porque quiera escuchar nada en particular, sino porque aún necesita tiempo para que sus silencios vayan encontrando palabras posibles. Él pregunta si todavía le gusta Queen y a ella le brillan los ojitos con una sonrisa gigante. Ella ama a Queen. Freddy Mercury fue su primer amor, él debe acordarse.

El segundo fue el Che. Ambos fueron culpa de Nina y de Camilo, por andar llenando la casa de fotos de gente extraña.

Cuando la Elisa de cinco años entendió que nunca conocería a Freddy porque, para empezar, el hombre había muerto unos quince años antes de que ella naciera, y que si el Che estuviera vivo tendría ochenta y tres, su mundo se vino abajo y Nina la salvó cuando puso *Don't stop me now* y comenzó a correr y a bailar con ella por toda la casa. Esa música se había transformado en la banda sonora de las dos, una especie de amuleto contra los días tristes. Ahora, al ver a Camilo cantar, ella intuye que, antes de ser un asunto de madre e hija, esa canción fue algo entre amantes.

La ciudad que recorre con Camilo no es la misma que ella recuerda. Hace mucho tiempo que los paseos escasean. En su casa se sale cuando es necesario y, por lo general, se va hasta donde las puedan llevar sus pies. Antes de irse, Nina tenía días de salir temprano, sin avisar, y volver ya casi de noche, cansada y brava. Cuando Elisa preguntaba dónde había estado, Nina respondía *resolviendo*, un verbo en el que cabían marañitas comerciales de un día, animación de eventos, jornadas de niñera y de limpieza de casas ajenas. Desde que dejó de ir a la universidad, Graciela solo se aventura a salir una vez por semana, siempre para ir al cementerio, y jamás ha dejado que Elisa vaya con ella.

Ahora, ella ve el m-u-n-d-o a través de la ventanilla del carro, con su p-a-d-r-e al lado, y se pregunta qué mundo es ese que ella parece estar recuperando demasiado tarde, decolorado y quebradizo, y piensa que con razón Nina estaba tan desesperada por irse: mientras Elisa estaba a salvo, de la casa para la escuela y de la escuela para la casa, su mamá recorría ese planeta extraño absorbiendo hostilidades que ardían dentro, siempre dentro, para resguardarla, hasta que un día la pólvora se le explotó en las manos y en la cabeza y Nina salió corriendo y la dejó ahí, en pleno desastre.

Elisa canta *Cause I'm having a good time, I'm having a good time* a dúo con Camilo y se pregunta qué padre es ese que parece tan feliz de estar con ella y que, sin embargo, renunció casi por completo a esa alegría durante tanto tiempo. Quién es ese padre cuyo planeta es tan diferente del de ellas, un planeta-Maracaibo que, aun durante la crisis, sigue siendo rico.

Tal vez es rico justamente por la crisis. Graciela hablaba tanto de los nuevos ricos que ella quisiera conocer alguno, a ver si le cae algo de esa riqueza. La *boliburguesía*, le dicen, y a Elisa esa palabra le parece tan graciosa y comestible como aquello de la Mortadela Intergaláctica, como la oposición llama a Chávez para burlarse de los nombres y más nombres que le dieron después de su muerte, que si Comandante Supremo, Padre Revolucionario, Líder Planetario, Mesías de los Olvidados.

Nina y ella tuvieron un ataque de risa cuando lo oyeron por primera vez. El abuelo Raúl las sorprendió en el cuarto, Nina llorando y Elisa meada de tanta carcajada, y él, que no sabía decirle que no a una

guachafita, se les juntó sin saber muy bien de qué se estaba riendo, y entonces fueron tres los cuerpos amuñuñados en la cama entre espasmos, hipos y gruñidos, en esa falta de respeto tan grave como catártica.

¿Dónde estaba Camilo en aquel momento? ¿Se habría reído junto o se habría ofendido? Pensar en su abuelo Raúl lleva Elisa a un paralelo innecesario, injusto quizás. Medir a Camilo con esa regla la hace sentir boba, como si estuviera abriendo un capítulo de su vida que no valiera la pena. Pero ella sabe que sí, que algo en Camilo debe valer la pena, a pesar de que cada día esté más convencida de que su padre es un boliburgués y quiera comerse una hamburguesa doble queso de El Gordo cada vez que le viene esa palabra a la mente.

El paseo los lleva hasta un café en la Avenida 72, donde todo el mundo parece conocer a Camilo. Unos lo llaman jefe, otros le dicen patrón. Elisa le pregunta si él es el dueño del café y Camilo dice que ya no, pero que durante años ese fue uno de los negocios de su familia. Una mesera llega a la mesa con dos donas, un mil hojas y un quesillo. Siguen siendo los mejores de la casa, dice Camilo. Ella se entristece porque, a pesar de que le gustan bastante las donas, detesta el hojaldre y el quesillo le parece un dulce de viejos. Él debería saber eso, pero no: él sabe los gustos del consumidor, no los de su hija.

Cuando Camilo ve que Elisa no toca el quesillo, el muy atrevido agarra una cucharada y la convence de probarlo. Ella se resiste un poco, pero acaba aceptando, porque, Virgen Santa, qué difícil decirle que no a ese hombre. Siempre dicen que ella es terca y pidona, pero teniendo a Nina de madre y a Camilo de padre, no podían esperar que ella saliera diferente si esos dos son unos muñecos porfiados. Más cuesta arriba todavía es decirle que no le gustó cuando la verdad es que le pareció una delicia y, si es dulce de viejo, pues entonces ella debe haber crecido bastante en los últimos meses.

Mientras devora el quesillo, Camilo cuenta historias suyas escogidas con cuidado, de una vida previa a Elisa, claro. Le habla del tiempo que vivió en Punto Fijo, en Paraguaná, y de lo mucho que le gusta la playa. Elisa dice que Punto Fijo siempre le ha parecido nombre de personaje de película de vaqueros y él se carcajea, totalmente de acuerdo con ella, y ella, totalmente de acuerdo con él, dice que su sueño es tener una casa en la playa, y él se queda mirando a Elisa como con ganas de decir algo, pero no dice nada, y Elisa siente otra vez ganas de que alguna canción ocupe el silencio que ellos aún no saben ocupar con sinceridades.

La alarma del celular tocó a las siete como una campanada grotesca capaz de despertar al campus entero. Había olvidado que esa desgracia no respetaba falta de batería ni de Internet ni de nada, y resucitaba siempre que veía la oportunidad de taladrarle el descanso y sumarle un toque de vigilia a sus pesadillas. Barriga, cabeza, manos, todo le dolió del susto y le seguiría doliendo durante varias horas más, revolcada como estaba por la imagen que surgió en la pantalla apenas abrió el WhatsApp. Su Elisa de ojos grandotes y negrísimos que tantas veces la conmovieron hasta las lágrimas de solo verlos descubrir el mundo, esa Elisa que casi nunca le respondía los mensajes y se negaba a agarrar el teléfono cuando ella hacía las llamadas más caras del mundo a Venezuela, esa misma Elisa que seguía siendo suya, aunque hubiera declarado la independencia, sonreía abrazadísima con Camilo. Era una foto en la casa, probablemente tomada por la propia Graciela, a quien le envió un ¿me podéis decir qué coño hace Camilo en la casa?, y el mensaje, terco, al prever arrepentimientos, no quiso ser leído. Seguro que estaban otra vez sin señal, o sin luz, o sin saldo. ¿Cuántas eras habían pasado en el último instante? ¿Cuántas nuevas fronteras se estaban creando? Si siete miserables meses habían sido capaces de desestabilizar en ese nivel el más sagrado de los acuerdos tácitos entre su madre y ella, que compartían décadas de intimidad y compañerismo, ¿qué iba a sobrar de su relación con Elisa, que era apenas un pedacito de gente y ya manejaba con tanta soltura esas tácticas revanchistas? Ver a Elisa desafiándola en esa foto era verse a sí misma a esa edad. Ver esa foto respondiendo los mil pedidos de cariño que ella le hizo antes era verse a sí misma a cualquier edad. Otro bumerán que venía a partirle la boca.

Comenzó a escuchar movimiento en el pasillo y se asomó por la ventana que hacía nada le entregaba un paisaje vacío y en un segundo se había superpoblado. Faltaba todavía bastante para las ocho, pero la universidad parecía haber despertado en un susto semejante al suyo. Guardó la mochila en el depósito, lo más escondida que pudo, pero dejó afuera, claro, el bolsito con cosas elementales como cartera, cuaderno y bolígrafo, esas menudencias que todo estudiante lleva para clases, junto con el kit okupa formado por cepillo y crema dental, desodorante, toalla, jabón y rabia de ese hombre caradura, oportunista y trágicamente encantador que era Camilo, a quien ella había aprendido a decirle que no después de batallas que solo ella conocía, ay de vos, Camilo, si seguís con eso, ay de vos, Camilo, si me da por hablar, y le estaban dando de verdad muchas ganas de hablar, cuando tuvo que pagar siete de los cuarentaidós *reais* que tenía en total para tomarse el café más vagabundo del campus y

el *doguinho* con la mejor relación costo-carbohidrato posible, y entonces extrañó el desayuno calientito del hostal y comenzó a llegarle el entendimiento de que por más importante que fuera la situación con Elisa, la crisis inmediata era otra, y qué tormento que siempre hubiera una puta crisis inmediata, hacía tantos años que su vida era ponerle parchecitos inútiles a troneras que no paraban de crecer, tanto tiempo de postergar, pausar, olvidar lo importante por tener que resolver lo urgente, hacía tanto tiempo que ya debería estar esperando esta crisis inmediata llamada treintaicinco *reais* en la cartera y la certeza de que esa cifra no aumentaría hasta el martes, cuando fuera a limpiar la casa de Horacio y Sandra, porque el otro cliente de esa semana había cancelado, así que le venían cinco días que, contados en comidas, eran quince momentos de pedir socorro o pedir perdones, *você não é daqui, né*?, preguntó la cajera al escuchar su portugués incapaz de sonar anasalado, *da Venezuela? Bah, tá duro lá*, Nina sonrió su sonrisa de ascensor, agarró el *doguinho*, *obrigada*, y se alejó sintiendo la mirada de la mujer clavada en la nuca, queriendo censurarle la compasión y decirle que hiciera el favor de no mirarla así, que no la mirara ni así ni de ninguna otra forma, que se olvidara de ese rostro y de ese cuerpo, que se concentrara en sus cosas importantes y no en esa emergencia que presentía en ella.

Después de dos horas y quince intentos fallidos de contacto con tías, primos, amigos y vecinos en Venezuela, Nina juntó fuerzas para *googlear* motivos en su teléfono y descubrir la mala noticia que esparcía ese nuevo silencio, un apagón en todo el territorio nacional, de seguro causado por la confluencia horrorosa de su distancia y la improbable resurrección de Camilo. Pasó el día vagando por ese campus ajeno, un paisaje lleno de verdes y de flores y tumbonas y gente bonita, cuya belleza ella no disfrutaría por estar con la nariz metida en el teléfono, saltando entre la aplicación de mensajes y la de noticias. Unas vocales con cadencia hispana la sacaron del trance, serían colombianos, de seguro, esos muchachos con cara de buenos estudiantes de Informática o de Química que se reían boba y despreocupadamente por cualquier cosa, cómo le hacía falta a ella reírse así, tener doce años y que la abuela la regañara porque se estaba riendo de más y le dijera que se le iban a enfriar los dientes cuando lo que en verdad querían decirle era que una mujercita seria no podía andar por la vida tan risueña, no fuera a ser que la tomaran por puta, y siempre hubo algún estreñido de odio que la tomara por puta, y como le parecía mejor que la tomaran por puta a por amargada, ella se reía y se reía, diente pelado rápido y con quien fuera, ejecutando ese que era el gesto más antiguo, revolucionario y democrático del mundo, que funcionó también para acercarse a los muchachos y ganar una asesoría sobre cómo estirar el dinero en ese campus tan lindo y tan caro.

Julio, Jesús y Antonio. Los primeros dos, colombianos, y el tercero, panameño. No tan escasos como ella, económicamente hablando, pero

tampoco muy largos. Fue con ellos que supo que existía un Refeitório Universitário donde no se podía comer por un costo simbólico, como en el comedor de la Universidad del Zulia, pero sí muchísimo mejor que allá por el mismo valor que ella había pagado en el desayuno. Eso le aseguraba por lo menos una buena comida completa por día hasta el martes siguiente, y alegrarse por eso le pareció tan miserable que, chao, muchachos, nos estamos viendo, tuvo que salir huyendo antes de dar un show de lágrimas y mocos como los que daba Graciela cada vez que alguien mencionaba a Raúl, ella detestaba ese escándalo, parecía que su madre no se perdonaba por no haber llorado en el funeral y ahora quería demostrar que sí, que ella estaba arrasada, que por favor disculparan una actuación tan mediana en el que había sido el peor día de su vida, el peor, que nadie lo dudara, pero peor era para Nina ese histrionismo que vino después y que la hacía no solo revivir el dolor de la pérdida de su padre, sino sentir culpa por ya no sentir tantas ganas de llorar, como si Raúl contara los mililitros para sacar conclusiones sobre el tamaño de su falta, ese conjuro de desamparo; que solo había sabido crecer y mutar en las más variadas formas desde que salió de casa, a veces le ardía en la comisura de los labios sin sonrisa o en el medio de su espalda, tensa como reloj, y hoy era sangre chorreando de sus cutículas arrancadas porque estaba huérfana de padre, de casa y de lealtades, ahora que Graciela dejaba claro que Camilo, ese puto Camilo que nadie parecía conocer, tenía entrada libre en la vida de Elisa.

Él vino a ver a su hija y yo no soy quién para impedírselo, así se lo voy a decir a Nina. Estamos sin luz, sin agua y creo que queda poco gas. Son tantas faltas, Raúl, tanta cosa que se va, que hay que aprovechar cuando algo llega. Desde Carnaval, Camilo viene todos los días, aunque sea un ratico. Dice que vino a Maracaibo para resolver unas cosas familiares, herencias, traspasos y rollos de esos con que los ricos tienen que preocuparse y uno ni sabe qué son, pero amén por eso.

Él siempre trae algo y nos salva la cena. Y en estos días en que Nina se está haciendo la loca y no termina de mandar la plata, es él quien me saca de apuros. En dólares y todo. La pobre Elisa ya no debía recordar a qué sabía un chocolatico o unas Ruffles. En estos días trajo *pizza* y el sábado se lució con unas hamburguesas de El Gordo. Tan risueño y gentil como siempre. Nunca habló mal de Nina. Nunca se quejó. Siempre hizo la voluntad de ella. Hasta que un día no se aguantó tanta vaina. Si me preguntáis, yo creo que él todavía la quiere. Y yo sé que ella también lo quiere. Lo quiere, pero le tiene rabia, o le tiene rabia justo porque lo quiere. Mientras yo no sepa cuáles son los pecados de Camilo, si es que los tiene, no lo puedo condenar. Yo conozco a mi hija y vos también la conocéis, Raúl. Mucha risa y mucha fiesta, pero es arrecha y terca como ella sola.

Ya no me parecía eso de que ella no le dejara ver a la niña; ahora, irse pal carajo y aun así pretender que yo me le plante a ese muchacho con un no en la boca, sin saber siquiera de dónde viene ese no, ahí sí que Nina está pidiendo de más. Ni lava ni presta la batea. Si Elisa quiere ver a su padre, pues que lo vea. Bastante falta que le hizo y le hace y le va a seguir haciendo, y uno bien sabe que las muchachitas sin padre acaban siempre metiéndose con los peores tipos. Así que Nina puede reclamar todo lo que quiera, que aquí las que estamos somos Elisa y yo. El que está en la calle, pues que coma calle.

Aquí donde nos veis, Raúl, ya tenemos más de veinticuatro horas sin luz y este animal insólito llamado Maracaibo parece que va a explotar en cualquier momento. Somos más de dos millones de humanos rasguñando toneladas de basura literal y metafórica en estas calles donde hasta las bolsas plásticas se las están robando para reutilizarlas. Si no te hubieras muerto antes, Raúl, seguro te morías ahora. De pura indignación. Tratan a esta ciudad como si fuera el culo del país.

Elisa dice que la cosa va para largo, que la prima de Olga leyó en Facebook que no hay luz en ninguna parte, que es mejor salir y agarrar fresquito porque el cuarto ya está puro zorrillo otra vez. Me pregunta por

qué no me he echado más aquella colonia. No sé cuál es el empeño. Uno se echa colonia para momentos especiales, no para quedarse abollada, esperando que algo pase, cuando aquí ni siquiera vos, Raúl, te dignáis a pasar. La gente quiere que yo salga del cuarto, pero para qué, si afuera lo que hay es zancudos y miedo y gente brollera. Olga quiere sacarme a pasear, pero pa dónde, Dios.

Nancy y Marcos, los vecinos, dicen que la crisis no es para tanto, que al pobre Maduro le ha tocado difícil y que es ahora cuando más tenemos que resistir, luchando contra la guerra económica, que si no me animo a volver con ellos al Consejo Comunal. Ella ya se convenció de que el apagón es culpa de *hackers* que lograron tumbar un sistema que es analógico. Un complot del catirrusio ese del Donald Trump. Y el Guaidó es obvio que está metido de cabeza. Eso debe ser cosa de brujería, de babalaos guarimberos. Nadie quita que haya sido un accidente, dice Marcos, y por un momento creo que dirá alguna sensatez, pero no, claro que no. Eso fue que una iguana mordió un cable de alta tensión. O la mucha mierda de pajaritos que se acumuló en las instalaciones e hizo que se sobrecalentaran, si el planeta entero está hirviendo, ¿o es que ya nadie se acuerda de Al Gore? La gente no se mide, ese exceso de aires acondicionados en Maracaibo es un absurdo. Nancy retoma la versión conspiratoria porque para ella Santos no se queda atrás, los paramilitares tienen su cuchara metida en esto. Y los exchavistas apátridas también, esos salta talanquera. Toda esta historia nació allá, Graciela, cuando Bush se reunió con María Corina, ella con sus rodillitas escuálidas, tan fea que está ahora, fea y vieja.

¿Habéis visto semejante contrapunteo de mamarrachadas, Raúl? Yo me voy para mi cuarto, Elisa, que tengo a mami y a tía abandonadas y los muerticos, cuando vienen, se arrechan si uno los deja solos. Cerrá la puerta cuando subáis. Revisá la nevera y ve si hay algo que se vaya a podrir y ve qué hacéis, a quién se lo dáis. No sé, no sé, Elisa, no tengo estómago pa quedarme aquí, haceme el favor de no joder.

Yo prefiero el cuarto hediondo, Raúl, con ese olor que Elisa dice que es de zorrillo, pero que las dos sabemos que es olor de viejo porque ese es mi olor ahora. Huelo a vieja jetiona, huelo a decadencia. Pero mi límite sois vos, Raúl. Yo puedo estar vieja y pobre, y vos podéis estar muerto, pero ni vos ni yo estamos tan chuchumecos como para creer que la culpa de todo este mierdero es de un bando de golondrinas cagonas.

Cuando me pongo así, ciega de todo, infantil y burra, Elisa me mira de una forma singular. No es odio, Elisa no es capaz de esa mezquindad, es más la tristeza de saber que está sola porque está conmigo y yo ya no estoy. La gente dice que Elisa es muy madura y eso me molesta, porque lo que ellos ven como madurez yo sé que es mera supervivencia, y lo sé, en

parte, porque la tía Susana, desde que me hizo la primera visita, vive diciéndomelo. La pobre está preocupada por la niña. Y tiene razón. Yo sé que Elisa no me exige, no me reclama, no me pelea, no porque no quiera, sino porque se está acostumbrando a las migajas que le doy como si fuera apenas eso que ella merece.

El último berrinche lo hizo cuando su madre todavía estaba aquí. Cuando yo me sinceré, después de meses planeando el viaje de las tres, y les dije que, definitivamente, yo no podía irme de mi casa. Cuando Nina reclamó que, sin mí, ella tendría que irse sola, porque quién iba a cuidar de Elisa mientras ella trabajaba las muchas horas por día que tendría que trabajar. Cuando anunció que igual se iba y que largaría el forro trabajando día y noche para poder llevarnos para allá apenas las cosas comenzaran a funcionar. Elisa gastó su último berrinche en recordarle a su madre que, para nosotras, las cosas nunca funcionaban porque ella, Nina, tenía el talento o el poder o la manía de echarlas a perder de antemano.

Elisa me mira mucho. Me mira esperando lo que no puedo darle. Respuestas. Por qué no quise irme si odio tanto estar aquí. Por qué eché por tierra el plan de irnos las tres, Nina, ella y yo, a partirnos el lomo, seguro, pero a partirnos el lomo juntas. Por qué pisotear una promesa, un horizonte, una rendija, en nombre de estas defunciones cotidianas. Por eso le huyo, porque sé que le debo explicaciones, le debo vida, le debo tiempo.

Ya son dos días sin luz. En la cuadra nadie tiene batería en los teléfonos. Solamente el hijo de Nancy, que siempre ha sido un enchufao, el rey de los contactos y las marramucias, y a ese yo no le pido ni la hora. Le tengo tirria desde antes, cuando Raúl y yo no nos perdíamos una reunión de Clase Media en Positivo, porque a ese se le ha notado siempre la mala intención.

La gente en esta ciudad es una vaina seria. El apagón se ha vuelto una especie de fiesta vecinal. El viejo del frente, que nunca le ha dirigido la palabra a nadie, prestó la parrilla y puso los carbones, y ahora todo el que tenía carne descongelándose la trajo y se armó una tremenda parrillada. Olga hizo una ensalada y un quesillo medio aguado, como queda todo lo que uno hace con esa cosa que es lo que se consigue en los mercados y es tan nada que les da pena llamarla leche y por eso la llaman *bebida láctea*, y de láctea tiene un restico triste disuelto en un montón de agua con harina o cualquier vaina; lo cierto es que, aguado y todo, el quesillo casi tuvimos que rallarlo para que alcanzara porque todos querían. En estos días, un quesillo vale el sueldo de una maestra. Nancy, en un acto sin precedentes en ella, ofreció sin cobrar nada las últimas cajas frías de cerveza que tenía para vender en su abasto. Los niños están eufóricos, llevan dos días jugando, corriendo y jodiendo por todo el barrio como si estuvieran en un club vacacional. Algo pasa, que los ladrones dieron una tregua. Los más bienhumorados dicen que lo bueno de que se haya ido tanta gente es que

hasta los malandros se fueron, porque aquí ya no es negocio robar.

Son casi las siete, pero esta noche no hay zancudos porque dejamos el fuego prendido. En la calle de atrás, dice Elisa que la gente empezó a sacar los colchones para dormir afuera, donde no es que esté muy fresco, pero por lo menos uno no siente que se va a morir de sopor. En nuestra cuadra, fue ella la primera en sacar el colchón y en embullar a los otros. Siempre ha sido ladilla e inventora como Nina. Estamos en algo así como una pijamada comunitaria o un campamento de sobrevivientes; la diferencia está a un pesimismo de distancia. Bueno, buenas noches, yo estoy ya despidiéndome para irme al cuarto, cuando Elisa se me planta en frente y me mira como ella me mira. ¿Abuela, no te podéis quedar? Por favor. Y me mira de esa forma puntiaguda, como nada más ella mira. Entonces se me aguarapa el corazón, porque le debo tiempo y yo lo sé. Mamá, en el cuarto, puede esperar, no va a pasar nada si hoy no me cuenta de nuevo la historia del día en que mi abuelo fue nombrado *sheriff* de Potreritos y fue mi abuela la que armó el equipo de trabajo y empezó a dar órdenes y tomar decisiones. Que aproveche para hacerle un cariño a mi hermano Augusto, a ver si finalmente hacen las paces, si es que los difuntos pueden saldar cuentas del aquí en el más allá.

Saco la hamaca y la pongo entre los pilares del portón, que va a dormir abierto, como si fuera Navidad y estuviéramos fiesteando de casa en casa. Esta noche es una postal de ultratumba. Un tiempo imposible de tan feo. Me mezo y el sonido del mecate contra la alcayata te convoca, Raúl. Vos fuiste el último en usar la hamaca. Yo siempre fui más de dormir en la cama, ganas de llevarte la contraria. Camuflado entre el olor a polvo y a guardado, tu olor permanece aquí, preso entre los hilos. Cómo le digo a Elisa, Raúl, que yo no me puedo ir sin vos, sin que me deis permiso y me digáis que venís junto.

Todo fue muy rápido y él siempre le tuvo miedo a la velocidad. La presión, como una patada de taekwondo en el pecho, la mirada tomada por una pantalla negra con figuras danzantes en colores fosforescentes. Nunca pensó que los segundos que antecedían a la muerte pudieran parecerse tanto a una viñeta de televisión de los ochenta.

Él creía que morirse era volverse ruina y que las ruinas eran cosa quieta, suspensión de vida, pausa en el tiempo. Por eso la muerte le fue tan caótica, ninguna militancia lo había preparado para tanta actividad y rebeldía. Nadie le había informado cómo debía proceder, su sobrevida —¿era una provocación llamarla así?— no venía con manual de instrucciones.

Todo lo que tenía era ese muchacho llamado Vicente que le tenía más miedo a los vivos que a los muertos, con los que conversaba desde siempre, y por eso dormía en el cementerio, donde los difuntos tenían casitas más cómodas que muchos vivos. Fue Vicente el que le dio la sacudida —casi tres años muerto, según informaba la lápida, y él aún ahí, rezagado, cuando Vicente y Graciela y todos los vivos que tenían más de un par de ojos bien sabían que la muerte, dependiendo de quién hubiera sido el difunto en vida, podía ser una verbena, con todo lo bueno y lo malo que eso implicaba, pero si a alguien le gustaba un bochinche, ese alguien era el profe Raúl.

El encuentro con Nina fue fugaz y doloroso, pero esclarecedor. Estuvieron juntos pocos segundos, todo su cuerpo siendo abrazado por la mano de Nina, su puño aferrado al amuleto que pendía de su cadenita. Él pensó que había sido ella. Ella pensó que había sido él. Fue él y fue ella. Un puente de sueño obrado por la coincidencia de la necesidad mutua. Unos segundos nada más y fue halado de vuelta al medio de la bruma.

Seguía confundido, con el alma nauseada de no poder intervenir en los incendios que ocurrían del otro lado y que se atrevían a tocar a Nina, pero aun así, aun doliéndose por ser el más extranjero de los extranjeros, la inmensidad de las ganas de tender el puente posible que le quedó por dentro fue tanta y tanto el ímpetu de volver y entender lo que estaba pasando, que quiso interrogar a quien fuera que estuviera a su alcance, preso en la bruma que lo rodeaba o caminando en el cementerio o perdido en los caminos del medio entre una cosa y otra.

Abrió los ojos en la maraña, intentando descubrir, entre el gentío vaporoso que lo circundaba, un rostro identificable. Fue así como descubrió que el hacinamiento era una cuestión de perspectiva. Bastaba entrar en la bruma con ganas de conversar en vez de con miedo, para que

la bruma fuera abriéndose, fuera dejando de ser vapor de amonio para volverse atmósfera respirable, y es que, aunque ni la toxicidad ni la salud del aire importaran para quien ya estaba muerto, las nociones de comodidad y placer permanecían intactas.

—Buenas, buenas.

Contrario a lo que él creyó en los primeros momentos del otro lado, no le habían robado el tiempo: se lo habían multiplicado infinitamente, así como el espacio. Bastaba entrar en la bruma silbando y manoteando saludos al aire, para que la nube se barriera y el espacio, antes minúsculo, restringido a la opresión de su tumba, alcanzase las proporciones y la apariencia del lugar más feliz que había conocido en vida: su escuela primaria, una escuelita pública en Rubio, en el Táchira, donde estudió durante los años que vivieron en los Andes. En vida, él había andado por muchas ciudades después de eso, pero sus sueños eran tercos, ratificaban la fama de los gochos, y se habían quedado a vivir allá, entre la escuela, la casa, las plantaciones de café en las que toda la familia trabajaba.

—Mijito, hasta que por fin.

La sonrisa lloviznera de su madre se asomó por la puerta de uno de los salones de clase y el olor a vacaciones le alegró los pulmones. Su vida entera y toda la gente que la había habitado y que ahora estaba de este lado coexistían como si todos los personajes de todos los libros de todas las áreas de esa biblioteca llamada «La vida de Raúl Gutiérrez» anduvieran por ahí, regados entre el patio, los salones, la cancha, la cantina. Nuestro hombre, a pesar de socialista y ateo, credenciales que no sabía si continuaban rigiendo en su nueva realidad, llegó a pensar que aquello era el cielo, pero era apenas la memoria, su memoria viva, dispuesta, no solo a seguir existiendo, sino a apoderarse del futuro.

Andaba poniéndose al día con su viejita, que había optado por pasar la eternidad con su apariencia a los cuarenta y cinco años, cuando ella se burló de él por haberle tenido tanto culillo a la bruma.

—Pensé que serías menos cagao.

—Todo malo es cobarde, mamá.

—Si vos sois malo, que sobrará pa los demás.

—Vos sabéis que a mí siempre me han dado grima las multitudes.

—Umjú. A menos que fuera una marea roja rojita.

—¿Quiénes de esos andan por aquí?

—Si queréis saber de Chávez, por aquí no tenemos noticias.

—Me tenéis que hacer un *tour*.

—Pero si todo esto es tuyo, muchacho. Aquí el baquiano sois vos. Andá a hablar con Graciela, es lo que tenéis que hacer, que carga a su madre y a todos nosotros al borde.

—No puedo.

—Claro que podéis. Es como hiciste con Nina. Tenéis que estar atento y con ganas de oír.

—Es que es mucha gente hablando al mismo tiempo, mamá.

—Pero ni que en vida fuera diferente, mijo. A mí me asombró que de este lado fuera el mismo alboroto, la misma gritería. Nunca pensé que este lado sonara como Maracaibo. Además, no me vais a decir que no reconocéis la voz de tu mujer.

—La verdad es que yo la escucho. La voz de ella es diferente. El resto está más lejos, como el ruido confuso de la ciudad. Ella, no. Ella suena como si estuviera al lado y me hablara cerquita de la oreja.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Ella misma.

Es que ellos son ruinas diferentes. Nuestro hombre tiene miedo de visitar lo que fue obligado a dejar atrás. La ruina que él es se ha revelado monumento, no a la historia ni a los relojes, sino a los segundos que, como partículas de un dios, sobreviven eternos en los ángulos de la vida que tuvo. Se esconden entre los papeles inútiles, en las bisagras de las puertas y su deseo de intimidad, en los bolsillos que aún nadie ha revisado, en la gaveta de las medias, en las hendijas de la ventana mal encuadrada, en los huecos que dejó en las paredes la decoración de Navidad. La ruina de la muerte es materia viva e impertinente y, aunque su intención sea el consuelo, agobia los días de Graciela, él lo sabe por su voz llena de escombros, materias que él no sabía trabajar en vida y que en muerte le resultan un misterio aún mayor. La ruina de la muerte no obedece las fechas de vigencia e inactivación, dispensa los manuales de uso y se ríe de las convenciones patrimoniales.

Ya la ruina de la vida es terreno baldío, invasión bárbara, deslave. Es agresiva a la vista y cortante al tacto. Nadie quiere ser espectador de una ruina humana y Graciela está hecha polvo, lo sabe y defiende sus colapsos. Está convencida de que, sin Raúl para ayudarla a reconstruirse, ser ruina es su destino.

—Con más razón, mijo. Visitala y le echáis una zarandeada, a ver si reacciona.

Él, muerto, es amuleto en el cuello de una hija y de una nieta en tránsito migratorio. Graciela, viva, es hollín de una casa desahuciada. El país, promesa zombi, es un derrumbe apuntalado con eslóganes de otras eras. La ruina, testaruda, aunque lo niegue, siempre sabe que lo es. Somos sus espectadores los que, parados frente a ella, curvamos nuestras cabezas y respiramos profundo, en sobrecogimiento por una pérdida que no sabemos nombrar. Es el transeúnte de la nostalgia, el artesano de la lástima, el que se pregunta cuándo y por qué algo —o alguien— dejó de ser lo que era para ser una ruina.

Sabe que no debió haberle mandado aquella foto a Nina. Fue un acto de pura maldad que no parece cosa suya. Ahora quisiera pedirle disculpas, pero eso significaría hablar con ella y eso es lo último que Elisa sabría hacer. Esa mujer que se fue no puede ser la misma que la crió. La mujer con la que ella creció era su madre, pero era también su cómplice y su amiga, siempre fueron las dos contra el mundo y Nina había traicionado ese pacto sagrado.

Elisa se pregunta quién es esa Nina que pasea por el sur de Brasil, que atiende turistas y aprende otro idioma trabajando en un hostal, como si fuera una joven estudiante que descubre el mundo. Las mamás no hacen eso. Menos todavía *su* mamá. Las mamás pueden ser todo lo aventureras que quieran, pero no pueden dejar a sus hijos atrás y comenzar de cero. O sí pueden, pero entonces los hijos también pueden inventarse otra vida sin pedir permiso. No hay amor a control remoto, mucho menos obediencia.

Sobre los papás, ella no sabe mucho, no tiene cómo. Sabe de abuelos y de vecinos y de profesores, pero de papás, lo que se dice papás, poco. Como teoría, ha memorizado que Camilo es pésimo, cobarde, egoísta. Pero no lo conoce. Elisa le tiene rabia a la idea que ella siempre tuvo de Camilo, pero a ese Camilo real, cuyas carnes y cuyos huesos pronto la van a pasar buscando, es imposible aborrecerlo porque no se puede aborrecer con cabalidad lo que no se conoce.

Del abandono de Camilo, ella tiene una memoria construida no por momentos, sino por huecos y, aunque el vacío puro y el silencio sean elocuentes y sepan doler, ella necesita de palabras y de sonidos, de imágenes de cuerpos en movimiento, de texturas y de olores. El abandono de Nina, en cambio, está documentado segundo a segundo y basta cerrar los ojos para verlo proyectado y dolerse y arderse y rabiarse, presa en ese patético fin de historia. En este momento, mientras Camilo existe en ella como el padre arrepentido que ha vuelto, Nina es la madre que, sabiendo de los estragos que crecer incompleta han hecho en ella, fue capaz de abandonarla. No debió haberle mandado esa foto a Nina, pero qué bueno que se la mandó.

La abuela Graciela no sabe que la envió porque ella no sabe más de nada. Después de aquella primera noche en que accedió a dormir afuera, algo pasó que no ha salido más del cuarto. Ni siquiera para recibir a Camilo. Si no fuera por la señora Olga y por su papá, Elisa y ella no estarían ni comiendo. La última vez que entró al cuarto, Graciela le dijo que hasta que Raúl no la visitara ella no se iba a mover, que la perdonara. Elisa está convencida de que, ahora sí, su abuela se está volviendo loca y, si

el muertico de su abuelo Raúl no termina de aparecer, va a tener que pedir ayuda para sacarla del cuarto, así sea remolcada.

Hace dos días que están sin luz y el clima de verbena ya no existe. La gente se está poniendo fea. Todo el mundo está más bravo, como si eso fuera posible. De boca en boca, llegan noticias de saqueos en supermercados y comercios cercanos, y a Elisa y a su miedo poco les importa si las fuentes son verídicas, porque muchas veces lo que un día es una *fake news* exagerada, algunas semanas después se vuelve verdad, tal vez causada por el empujoncito de la primera mentira. En su Venezuela, parece que toda mala noticia es o será cierta, es solo cuestión de tiempo.

En el silencio caliente y sudoroso de la falta de electricidad, Elisa solo escucha palabras gruñidas, portazos y un *looping* de «Maldito Maduro», «Virgen Santísima» y «Me cago en Chávez», en una variedad de entonaciones y volúmenes que ella juega a adivinar a cuáles de sus vecinos pertenecen.

La señora Olga la está ayudando a limpiar la nevera y los gabinetes para cerciorarse de que nada se vaya a perder. ¿Cuántos días será que duran cinco litros de agua?, le pregunta Elisa a la señora Olga y un «Maduro, coñoetumadre» viaja desde la casa del fondo y se ocupa de responderle. Ponen sobre la mesa lo que queda. Dos tomates y una papa vieja llena de brotes, dos litros de bebida láctea, uno abierto y uno cerrado, una mantequilla monstruosa de 500 miligramos que Graciela odia y que compró creyendo que era margarina, cuatro chuletas ahumadas, tres cebollas. Algo nos inventaremos, le dice Olga, mientras pone ese minúsculo todo en una bolsa.

La vecina ya va camino a la puerta cuando entra Camilo con un cándido «buenos días» que no le calza al momento y casi llega a ser insultante en medio de ese olor de nevera rancia. Olga, la persona más dulce que Elisa conoce, la mira con cara de «la estáis cagando, carajita», esquiva a Camilo y sale, apurada y grosera. Es muy probable que la esté cagando, piensa Elisa. Olga es la única vecina que resta de los que pueden haber conocido a Camilo de antes. Olga es también una de las pocas que conoce a Nina. Olga debe saber algunas verdades, pero ella tiene miedo de preguntar. No se preocupe, gracias.

Cuando Camilo la invita a dormir en su casa hasta que vuelva la luz, Elisa tiene que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo a gritarle a los vecinos que esa noche va a dormir con aire acondicionado. En el sector donde queda la casa de la familia de Camilo casi nunca se va la luz porque es el mismo circuito del Comando Regional de la Guardia. Camilo le dice que, si quiere, puede invitar a su abuela Graciela también.

Elisa abre la puerta y, en la cama, el bulto sigue respirando. Convence a su abuela de salir con el argumento de que hay una conservita de guayaba esperando por ella en la sala. Los dulces son la kryptonita de la tristeza de Graciela. Elisa quisiera tener un depósito de chucherías para darle a su

abuela; es más fácil lidiar con la diabetes que con el desgano.

Esta vez, Graciela ni siquiera se quita la dormilona. Saluda a Camilo con un lado del pelo totalmente aplastado y la marca de la almohada en la cara, y Elisa piensa que en cualquier momento le verá estampadas en el cachete las florecitas de la sábana. Ahora, ella extraña a esa abuela fresca y perfumada que recibió a Camilo el primer día. Pero la Graciela que sobró después de que el abuelo Raúl se fue es así, un subibaja en el que nadie quiere jugar.

La abuela no quiere dejar la casa, anda aterrorizada con los rumores de los saqueos. Elisa asume que eso significa que ella tampoco podrá ir, pero se equivoca. Graciela deja que vaya y hasta le ofrece su maleta de rueditas. Que si está segura, Elisa pregunta. Que sí, que claro, que deje de fastidiar. A Elisa a veces no le alcanza la madurez para entender que, atrás de los malos tratos de su abuela, lo que hay es dolor. Entonces le dan ganas de no fastidiar nunca más, de dejar de fastidiarla para que coma o para que se bañe o para que dé siquiera una caminadita y ver qué pasa, hasta dónde le llega la dejadez.

Ella nunca ha hecho sola una maleta, tiene miedo de olvidar algo imprescindible. No sabe qué hay que llevarse cuando uno va para la casa de un papá, a estas alturas, aún desconocido. ¿Será que lleva crema dental? ¿Jabón? ¿Toalla? Mete todo, como si estuviera yendo a acampar en la montaña.

Está a punto de olvidar el pequeño diario que le regaló Nina, de la misma colección de la libretica de su mamá. A ella le encanta cuando su mamá la trata como a una hermana morocha y compran cosas repetidas, el mismo tenis o la misma franela, pero de colores diferentes para cada una. Cuando ve el cuadernito abandonado en la gaveta casi le pide disculpas. Aunque estén bravas, ese bloque de papel sigue siendo su tesoro, en él guarda desde fotos y postales hasta la lista de palabras feas que ella y Raúl actualizaban a cada rato, de uno que otro desahogo que justifica el candadito que ella siempre le pone hasta los números de teléfono de sus incondicionales, entre los cuales no figura el de su papá. Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro, el número de teléfono de Nina en tinta morada, con la letra amuñuñada de su madre, bonita como si hubiera salido de un molde. Un número que no necesita estar ahí porque su madre, con su colección de paranoias, se lo ha hecho memorizar como un mantra, por si las moscas.

¿Ción, abuela? Y Graciela murmura un dios te bendiga. El sonido de las rueditas contra el piso y el peso y la vibración en la mano que arrastra la maleta la hacen sentir grande, independiente como una semimujer en un aeropuerto cosmopolita, que llega y parte sin abandonar a nadie. Con la promesa de volver al día siguiente con agua y comida, Elisa duerme, por primera vez en su vida, sola fuera de casa.

La casa de Camilo no se parece a ninguna en la que haya estado antes. Comenzando por que tiene portón eléctrico y alarma. Es un búnker en una urbanización de búnkeres donde los dueños de los búnkeres no deben conocerse; donde, de tarde, nadie debe sacar sillas ni se deben armar ruedas de conversa y chisme, nadie debe regañar a los hijos ajenos como si fueran propios ni deben improvisarse campeonatos de dominó ni de rummie los fines de semana. De hecho, la mayoría son búnkeres vacíos, fortalezas que protegen varias nadas de los que ya se fueron.

Elisa entra casi caminando en la punta de los pies, como si dentro hubiera algo sagrado durmiendo, como si, al hacer ruido, pudiera de repente acabar con el hechizo que es estar con su padre, salvada de esa cosa horripilante que es una ciudad completamente a oscuras donde la miseria no se ve y por eso asusta más.

No sabe decir si la casa le parece bonita. Le parece cara, eso sí, pero no necesariamente bonita. Hay dorado de más. Mármol de más. Cortinas de más. Es la casa familiar, donde Camilo y sus hermanos crecieron, pero las remodelaciones la han dejado con la sensación impersonal y aséptica de las revistas de decoración. Primero bolívar a bolívar y ahora dólar a dólar, se han encargado de reponerle el desgaste de ser un lugar muchas veces tocado, de exterminar de los muebles las manchitas de desastres alimenticios, de corregir en el piso los rayones producto de torpezas de todas las edades. Envuelta en desinfectante y aromatizante, esta casa no huele a gente ni a almuerzo en familia ni a guachafa en la sala. Esta casa huele a hotel.

Camilo la conduce hasta los cuartos y va contando las ausencias, mis papás, mi hermana menor, la que es fotógrafa; mi hermano, el músico; mi hermana, la abogada, la que tiene los dos niños. Según la cuenta de Elisa, son seis cuartos, todos con baño, más el cuarto de la señora de servicio, que Camilo apenas se lo señala.

¿Hace cuánto que nadie vive aquí?, pregunta ella, a sabiendas de que la respuesta dará paso a varias conversaciones que ellos necesitan tener, si es verdad eso de que Camilo está dispuesto a comenzar a cumplir funciones de papá. Él la corrige, tampoco es que nadie vive aquí, la señora Ramona viene todos los días, es ella la que cuida la casa, de vez en cuando se trae a un poco de gente, ella jura que nosotros no sabemos y nosotros nos hacemos los locos, le cuenta Camilo con una sonrisita cómplice que se le desmonta cuando le toca hablar de los suyos.

Ya son casi ocho los años que sus padres tienen viviendo en los Estados Unidos, en Houston, junto con su hermana y sus sobrinos. Antes estuvieron un tiempo en México y otro en Canadá. Los otros dos hermanos, los artistas, viven en Nueva York. Y él hacía más de quince años que no vivía en esa casa. Desde que se pelearon después del golpe de 2001 y del paro de 2002, que les costó sus puestos de trabajo en la industria petrolera nacional. Seguro que escuchaste a Nina alguna vez

referirse a ellos como «botados del petróleo», dice Camilo.

Elisa nunca escuchó hablar detalles de esa gente. Nina, la mayor parte del tiempo, incluso evitaba hablar de Camilo. Pero cuando Elisa se ponía difícil o pedía mucho, no dudaba en recordarle que, mientras su padre se paseaba de ministerio en ministerio, más conectado que nadie, la que se jodía era ella; que Camilo seguía viviendo como si tuviera veinticuatro años, festejando en un viernes permanente, mientras ella trabajaba hasta los feriados; y que si tan infeliz estaba viviendo con ella, pues que buscara a su padre y se fuera con él. Obvio que, si a Elisa se le ocurría responder que sí, que iba a llamar a Camilo, a Nina se le desmoronaba el guáramo y Elisa venía encogidita de culpa a enrollársele entre las piernas.

Elisa, yo quiero que enderecemos las cosas, dice Camilo, con Nina o sin ella. ¿Cómo así, con o sin ella? Elisa no sabe qué se supone que tiene ella que entender de eso, siente que está puesta frente a dos botones y tiene que escoger apretar uno u otro, y nadie le ha explicado las reglas del juego, nadie le ha dicho si es posible escoger una opción que por el momento no parece una opción porque ni siquiera está presente. ¿Vos queréis que las enderecemos? La pregunta entra en Elisa y coloniza todas las reacciones de su cuerpo. Esta vez no hay un mapa de manchas rojas dibujándose en su piel, porque ella toda es un calor bermejo.

Tu mamá se fue hace más de ocho meses y dicen que está inclusive peor de lo que estaba cuando llegó. A Elisa le incomoda que Camilo sepa cosas que ella no sabe de Nina, le molesta que haya quien le cuente cosas a su padre que no le han contado a ella, ¿quién es esa gente? Se siente en desventaja en lo que sea que esté pasando y la idea de que su mamá esté mal la entristece, no solo porque es su madre y la ama, sino porque ella no quiere tener que sentir lástima por ella o culpa por haberla tratado tan mal. Graciela no está para cuidar a nadie, Camilo sigue hablando, yo estoy resolviendo mis cosas aquí y nadie sabe, así que no podéis decir nada, pero el sábado que viene me voy para Houston.

Entonces es eso. Muchos regalitos y paseítos para luego venir con esto. Nina tiene razón, como siempre. Camilo no es confiable. Él es un fin de semana en la playa, no un día a día en la ciudad. Camilo no quiere ser su padre, ni sabría cómo serlo. Mejor que vuelva a estar tan muerto como Freddy Mercury, como el Che Guevara y Hugo Chávez, porque Camilo ha dicho todo lo que ella no quiere escuchar, hasta que oye: ¿Vos tenéis pasaporte?

Firmó sin problemas y sin sospechas la hoja de asistencia del IV Colóquio Novas Literaturas Lusófonas, que estaba muy bien servido en términos de invitados y de público y en términos también de merienda y de simpatía, por lo que no fue nada difícil fingir ser Gabriela Martins y colarse, al tener en su poder esa suerte que era un carné de estudiante sin foto, su primer y único robo en la vida, un hurto rápido que tuvo lugar sin mucha planificación cuando la dueña, como tantos otros estudiantes hacían, ejerció el privilegio de dormirse en uno de los sofás gigantes que había por todas partes en el edificio central de la universidad, sin tomar el cuidado de agarrar bien fuerte su mochila o amarrarse a ella de tal forma que pudiera sentir el menor movimiento, como Nina había hecho toda la vida porque en cada rincón de su historia hubo siempre manitos hábiles rateras listas para robar lo que fuera, y esta vez las manitos habían sido las suyas, y qué belleza que de nuevo la universidad le ofreciera tan amables caminos, una identificación bonita, plastificada como una tarjeta de crédito, que le permitía llamarse Gabriela Martins en vez de Catalina Gutiérrez y ser estudiante de Pós-graduação em Letras en vez de ser una okupa inmigrante viviendo en los entrepisos, en los revestimientos y atrás de los estantes, huyéndole a las cámaras de seguridad, a los curiosos y a los bedeles. Lo difícil era saber que no había carné ni cédula ni salvoconducto, auténtico o falso, ni en Brasil ni en la Tierra entera, que le quitara a Nina Gutiérrez el peso de todos los documentos que antes la representaron y que hoy componían una baraja con la que parecía imposible jugar sin romper alguna regla y, aunque las rompiera, las victorias eran improbables, porque las cartas estaban marcadas por un crupier que jugaba a ser dios y a ser diablo y a ser historia y a ser lo que dicen los libros de historia y a ser hasta los cómos y los cuándos y los dóndes se leen las páginas de esa biblioteca nacional cada vez más despoblada. No fue difícil y valieron la pena las dos horas oyendo hablar de autores y de libros que ella no conocía en una lengua que tampoco conocía pero jugaba a adivinar, se distrajo deseando volverse una lectora más frecuente en alguna vida futura en la que no tuviera que meterse de arrocera en eventos académicos para aprovechar el *lanchinho* de la pausa para comer bien, rapiñando en ese mar de *pães de queijo*, tortas de chocolate y de limón, *brigadeiros*, *beijinhos*, maravillosas empanadas mutantes llamadas risoles y un montón de pequeñas variedades de pastel asado entre los que las manos de Nina se movieron gatunas y escurridizas, con una facilidad que comenzaba a asustarla, para hacerse con un botín que sería cena de hoy y desayuno del día siguiente y, sabiendo distribuir, tal vez rindiese para un

almuerzo, pero ella jamás había sabido distribuir y mucho menos sabría ahora, con la ansiedad mordiéndole los talones por no tener una miserable noticia de casa.

Llegaba ya otra noche y otro momento de querer rezar sin saber rezar y echar de menos la fe de los otros, alguna de esas tantas fes que andaban por ahí encasquetándole a algún dios la responsabilidad que ellos no podían asumir, cualquiera de esas fes le vendría bien ahora que la fe en sí misma se había ido dando un portazo, y entonces el pedacito de padrenuestro que dijo funcionó porque, entre un mordisco y otro del risole, entró en su celular una escandalosa videollamada que Nina tuvo que atender encerrada en el cuartico, a oscuras y temblando, como un murciélago. Cuando el rostro de Elisa apareció en la pantalla, dijo un hola, mi amor, nervioso, y dónde estáis, preguntó Elisa, y Nina inventó que estaba en su cuarto, ya durmiendo, porque tenía que acostarse temprano, y cuando la niña preguntó por qué no prendía la luz, inventó que su cuarto en realidad era un cuarto colectivo y que había otra gente durmiendo ahí, y cuando su hija preguntó si lo que se veía atrás eran unas sillas amontonadas, inventó que su cuarto, que en realidad era un cuarto colectivo, era también un cuarto donde también guardaban algunos muebles del hostal. ¿Dónde estáis vos?, preguntó Nina, e intuyó que Elisa mentía cuando le dijo que estaba en la casa de una vecina nueva, y cuando le preguntó si había vuelto la luz, intuyó que Elisa mentía al decir que la casa de esa vecina nueva quedaba en una parte de la urbanización que tenía luz, y cuando le preguntó si eso que se veía atrás de ella no era la ventana del cuarto de Camilo, una ventana corrediza de una madera oscura pulida y perfecta como solo las casas de clase alta de Maracaibo tenían y que ella conocía muy bien, de tantas veces que se agarró de ese marco en medio de las embestidas gozosas de Camilo, cuando preguntó eso, Elisa dejó la ventana sin respuesta y sin mentiras para preguntar, en un tono que le sobrepasaba la edad y el entendimiento, cuánto tiempo faltaba para poder irse a Porto Alegre con ella, y entonces se hizo un silencio en el que ambas intuyeron que al fin se decían la verdad y esa verdad era que Nina no tenía la menor idea y Elisa, en la otra punta de esa verdad, no alcanzaría a ver sus lágrimas, que se perdían entre la imagen pixelada y llena de granos en la penumbra de ese depósito de universidad insomne; en la otra punta, Elisa entendería como indiferencia el silencio que ella hacía, ahora que sentía los pasos del vigilante en el pasillo, y leería como molestia el susto en su rostro por el vigilante que entraba a la sala y prendía la luz, buscando la fuente de aquel repique de celular, y arrinconada de esa forma no había nada que Nina pudiera hacer frente a Elisa, con sus versiones de la historia y sus convencimientos prematuros como todo en ella. Elisa cortó la llamada y con ella toda luz, todo árbol y todo puente de esa circunstancia arrasada llamada Nina, entonces el vigilante salió de la sala y Nina tuvo una tregua en el miedo de ser sorprendida, al mismo tiempo

que era arrojada a un mundo sin hija, donde poco importaba ser o no descubierta; un mundo en el que del otro lado de la llamada nadie respondía, nadie respondía, nadie respondía.

Claro que Elisa tenía pasaporte, claro que tenía la visa gringa. Vos bien que lo sabías, pero preferiste hacerte el loco. Vos mismo se los sacaste en 2012. No avisaste que estabas de visita en Maracaibo —nunca avisabas, así no tenías que dar excusas en caso de que no estuvieras de ánimos para lidiar con Nina y sus millones de peros para que vieras a Elisa—. Llamaste cuando ya estabas frente a la casa, para confirmar que no tenían visitas de Raúl o Graciela, a quienes no tenías las agallas de enfrentar. Te apareciste, después de tres años de intermitencias, con *pizzas* y regalos y tu invitación a pasar, en las próximas vacaciones, un mes en los Estados Unidos para visitar Disneyworld y todos los otros parques temáticos, y terminar con una visita a los abuelos en Houston, para que conocieran a la nieta y revieran a Nina, a ver si el tiempo ya había obrado sus maniobras de pacificación silenciosa.

Lo que comenzó siendo un plan para recuperarlas, terminó siendo un nuevo fiasco cuando a Nina le negaron la visa, probablemente por esa mezcla poco popular de características: joven, chavista y pobre. Vos eras más revoltoso, tenías más carnés y un currículum político más gordo que el de Nina, pero tenías tu visa siempre lista, porque podías ser la vergüenza de tu familia, pero, vergüenza o no, nada te quitaba tu pedigrí. Vos hacías tu revolución con un chaleco salvavidas llamado dinero de familia: padres botados de PDVSA después del paro de los petroleros y adoptados por la Texaco en Houston; cuentas en dólares a tu nombre, por si las moscas. Vos te paseabas por el Ministerio para las Comunas y los Movimientos Sociales diciendo, reunión tras reunión, que la revolución estaba más viva que nunca, mientras el control cambiario se revelaba un error y el mercado paralelo se tragaba al oficial como presentías que el cáncer de Chávez se lo tragaba a él y al Proceso juntos. Vos tenías tu visa asegurada porque, para vos, la posibilidad de fracaso, fuera culpa de quien fuera, jamás iba a significar hambre.

¿Por qué no llevaste a Elisa? ¿Te daba miedo estar solo con ella? ¿Se te había olvidado cómo cuidar a un niño? ¿Por qué con vos las cosas tenían que ser todo o nada? ¿Elisa, sin Nina, no te servía? La bala, la bala, la bala. Seguías empujándole razones a ese pedacito de plomo. Tu mayor secuela no era el comportamiento errático, sino el miedo a ese comportamiento errático y el uso indiscriminado que hiciste de él para justificarte. Eras un mal padre por precaución y, aunque esa conclusión te dolía, también te tranquilizaba.

En los primeros años de separación, intentabas llamar, pero era demasiado para vos. Parecía que quedabas en carne viva y después no

sabías cómo vestirte con tu piel otra vez. Así que fuiste dejando pasar, dejando ser, y te especializaste en apariciones estrambóticas como esa, y como la de ahora, como si pudieras compensar con grandes gestos semestrales los inexistentes del día a día. Disney y todo el viaje a los Estados Unidos para visitar a los abuelos paternos era eso, querías ofrecer un mes de alegría y entusiasmo concentrado que pudiera competir con la dispersión de los meses en los que ni siquiera por teléfono te dignabas a aparecer.

Del mismo tamaño de tus promesas, eran —siguen siendo— tus faltas. Disney no ocurrió y ni disculpas le pediste a Elisa, que ya tenía siete años y sabía dolerse sin disimulos. Te volviste a escapar para tu vida en Caracas, donde eras un hombre soltero, sexy y valiente, cortesía de tu parche, más pirata que nunca.

Fue esa misma capital, mitad pánico, mitad éxtasis por la muerte del presidente, un año después, la que vio el último momento de familia que los tres tuvieron. La noticia del fallecimiento de Chávez llegó para tender puentes, para darle pausa a los rencores y a los reclamos. Fuiste vos el que le contó a Nina. Vos, que lo supiste minutos antes de que Maduro lo anunciara en cadena nacional, y no había terminado el pronunciamiento cuando ya les tenías dos cupos asegurados en uno de los autobuses que saldrían esa noche para asistir al funeral.

Nunca pensaste que en esa ocasión tan desoladora pudiera caber tanta alegría. Nina y Elisa llegaron a tu apartamento como llega la parentela que vive lejos cuando alguien se muere: ajenas, incómodas, gentiles desconocidos con algún pasado en común. Pero vos, aunque otro, conservabas tus encantos. Pero ella, aunque cansada, te seguía queriendo. Pero Elisa, aunque nada, porque Elisa te amaba y te extrañaba y después de hora y media bajo el mismo techo, ya se te había encaramado encima y nadie la podía bajar de ese abrazo marsupial.

En el murmullo festivo de Bello Monte, a salvo de la enormidad de la tristeza de las calles de otras tantísimas zonas, ese seis de marzo de 2013 los tres jugaron, por momentos, a que Venezuela no era un velorio. Pidieron unas hamburguesas que estaban sabrosas y los tres dijeron que las de Maracaibo eran mejores, aunque eso no fuera verdad. Jugaron cartas y, sin necesidad de acuerdos, vos y Nina dejaron a Elisa ganar en Burro y Elisa le dedicó la victoria al presidente. Vieron Nikelodeon hasta que Elisa cayó rendida y la llevaste para el cuarto. Entonces Nina y vos, entre llantos y besos, se devoraron en el mueble y en el estudio y en el baño, con la furia de otros tiempos en que las cosas nacían en vez de morirse, bebiendo vino y brindando por Chávez queriendo brindar por ustedes. A lo mejor fue eso, la culpa por la incoherencia, el karma por atreverte a soñar el recomienzo particular en medio de una tragedia nacional con tintes de fin de era, lo que te llevó a hacerlo todo trizas una vez más.

Al día siguiente, en el funeral de Chávez, quien casi murió fuiste vos

cuando perdiste a Elisa en medio de la multitud. La encontraron un tiempo después, aturdida, de la mano de un tipejo cuyas intenciones nunca sabrán. La encontraron y sin embargo vos supiste que la habías perdido para siempre. Porque intentaste dar la batalla, pero no intentaste tanto. Nina te cortó de la vida de ellas con la contundencia y la decisión que bien le conocías. Ella tenía evidencias de sobra para convencer a cualquier juez de menores de tu completa incapacidad y, aunque el dinero podía haberte ayudado, lo último que querías era hacerle más daño a Nina y a Elisa con un proceso de aquellos. Ellas eran un equipo y vos estarías siempre en banca. Fuiste dejando de insistir y Elisa fue dejándose crecer sin vos.

Ahora tenéis en frente a una preadolescente, o adolescente, no sabéis precisarlo, que está dispuesta a irse con vos y vos queréis tanto recuperar lo que perdieron que no queréis aceptar la verdad de que Elisa es una niña sin edad para decidir ni para discernir sobre cuestiones tan adultas. Sabéis que una buena parte de su disposición es desespero por salir de este lugar y ganas de vengarse de Nina, y tu propia disposición está hecha exactamente de la misma materia.

Hay días en que sabéis que tenéis una deuda imperdonable con Nina por estar criando sola a esa maravilla de niña, y que esto que estáis planeando no es cosa que se haga. Pero hay otros días, la mayoría, en que te decís que lo que Nina te quitó es mucho más grande que tus culpas y lo único que queréis es que te devuelva tu vida segundo a segundo.

Ahora que todo y todos están en la mierda, vos estáis bien, dejaste atrás los tiempos explosivos —al menos, eso creéis— y tenéis un plan. Sabéis que Elisa no está escogiendo entre Nina y vos; está escogiendo entre su vacío momentáneo y vos, que nunca habéis sido llenura, pero hoy sois promesa. ¿Esta vez sí vais a cumplir?

Como si estuviera viviendo en una película. Protagonista absoluta. Una producción de Hollywood de esas de llorarse toda el agua del cuerpo. Niña abandonada por su madre es rescatada de su abuela apática por su padre que, arrepentido por haberse alejado, vuelve para ofrecerle una nueva vida. Todo en el contexto de una crisis nacional que estos días está pareciendo una catástrofe ambiental o lo que las pelis dicen que es una catástrofe ambiental.

Digamos que su película es un drama con algo de filme de zombis. Y de *thriller* político. Y de aventura, porque Camilo dice que van a viajar desde Colombia, entonces hay que atravesar la frontera por tierra, que por los momentos es la única forma de salir de Venezuela. Lástima que José Daniel, el último chamo que le interesó, se fue para Perú y no le ha escrito ni un hola, porque con él la historia tendría el componente romántico que está haciendo falta: una despedida y una promesa de volverse a ver, quien sabe cuando ya estuvieran los dos adultos y volvieran para visitar sus casas de infancia para recuperar la historia de sus familias, exiliadas durante «la dictadura».

A Elisa le parece particularmente cinematográfico eso de llamar dictadura a lo que está pasando en el país. Dictadura parece ser algo que les pasa a los otros, con toques de queda y niños siendo obligados a empuñar armas, y espías y guerrilleros y estudiantes luchando contra el sistema, todo lo que ella vio en películas como *Voces inocentes* y *La historia oficial* y *La noche de los lápices* y que no debió haber visto tan chiquita, lo cual hacía de Nina una madre un tanto irresponsable. Dictadura parece ser algo que los revolucionarios combaten, no algo que ellos mismos construyen.

Siempre que ella preguntaba sobre esas cosas, Nina y Graciela se ponían bravas de puro nerviosismo, de puro no saber qué decir. El abuelo Raúl, con su paciencia de maestro, hacía un esfuerzo por lo menos.

Hubo un día en que las noticias no dejaban de hablar de la locura de que ahora el país tuviera, no una, sino dos asambleas: la Nacional, de mayoría opositora recién electa, y la Constituyente, esa que Maduro inventó cuando el chavismo perdió. Para Elisa, eso de asamblea nacional y asamblea constituyente sonaba a algo así como las divisiones del béisbol gringo, con la liga nacional y la americana. Ese día él intentó explicarle lo que no tenía explicación y acabó diciendo que sí, que ahora sí se habían pasado la democracia por el forro y él ya no tenía cómo evitar la palabra *dictadura*, y eso lo dejó tan, tan bravo, que pareció que para todos en esa casa lo mejor hubiera sido quedarse en la duda.

¿Será que los dictadores en algún momento asumen que lo son? ¿En algún momento alguno de ellos ha dicho: «Yo soy fulanito, dictador de tal país»? Sea como sea, eso no puede ocupar mucho de su película, que es un drama de padre e hija.

Es marzo, la escuela tendría que estar funcionando y ella tendría que estar preocupada por dejar el año escolar así, a la mitad, pero hace un buen tiempo que Elisa aprende lo que quiere y cuando quiere porque la escuela está siempre vacía, como aquel día que cayó un aguacero que derrumbó matas y gracias a Dios acostó una de las vallas de aquel diputado cabezón con cara de sapo, que se creía bonito y había llenado la ciudad de propaganda con su foto. Nina insistió en que ella no podía perder clases y claro que las perdió, como todos los otros alumnos, porque a su aula nada más llegaron cinco niños mojados y la maestra, que apareció con los zapatos y los pantalones todos llenos de barro a mitad de mañana.

Ahora no llueve hace meses, no cae ni una lloviznita siquiera, y aun así la escuela está vacía. Son tantos los niños que se han ido del país con sus familias y tantos más los que no logran llegar por falta de transporte o de dinero para el pasaje, o de ambos, que las maestras juntan niños de varios grados en una misma aula y distribuyen las asignaciones como si fuera tareas dirigidas y no educación oficial.

Las maestras cargan siempre los catálogos de Avon y Amway y Ésika y un sinfín de otros productos entre los libros de texto y los cuadernos para corregir y, junto con sus maletines, llevan bolsas y potes con pastelitos y brazos gitanos y tortas para vender. Es tan extraño que entre tanto dulce todas estén cada vez más flacas, como si se hubieran puesto de acuerdo para hacer una dieta macabra que, además de adelgazar, las hacía envejecer un año por cada mes que pasaba.

A Elisa siempre le ha gustado la escuela, pero esta nueva escuela parece de mentiritas y ella nunca ha soportado que la tomen por boba, así que eso de dejar la escuela, esa escuela, para irse con su padre, no es un problema real.

Su padre. S-U-P-A-D-R-E. Después de tanto tiempo inventando excusas como mi papá trabaja en Caracas, en vacaciones lo voy a ver; mi papá no pudo visitarnos porque está en un proyecto importantísimo en Margarita; mi papá tuvo un accidente y no pudo venir a mi cumple; mi papá vino en Navidad y paseamos mucho, fuimos hasta para la playa, pero las fotos que nos hicimos estaban todas en el celular que cayó en el sanitario; después de tanta ficción, poder decir esas palabras, sentir la eme de mi y las pe de papá formarse en sus labios en un golpecito, impacto de pertenencia, es tan sabroso, tan merecido, que Elisa deja que su infancia sane un poquito los muchos rencores que, con ayuda no tan abundante, pero sí imprescindible, de Nina, lleva consigo.

Dejar a su abuela, por otro lado, sí que le da remordimiento, pero no hay cómo refutarle a Camilo eso de que Graciela no la cuida, cuando lo

cierto es que es Elisa quien cuida a Graciela. Él resuelve eso con un sobre manila con trescientos dólares que Elisa ahora coloca debajo de su colchón, junto con una notita pidiendo disculpas a su abuela por haberse ido así, sin despedidas, pero seguro que es lo mejor para ambas, porque ella sabe que la abuela prefiere estar sola en vez de tener que lidiar con ella, que tanto la jode.

Cuando ya estuvieran bien lejos, ella le contaría a su abuela sobre el dinero y le diría que Olga, a quien también le dejaría una notita, no tendría problema en mantenerle la nevera y la despensa llenas y que, apenas se le acabaran los dólares, ellos, porque ahora Elisa hablaba en plural, le mandarían más.

Su única misión es encontrar el pasaporte. El resto es conmigo, dijo él. Ella se siente protegida cuando Camilo habla de esa forma, consentidora y omnipotente. La vida con él debía ser más fácil que la vida con Nina, que tenía esa manía fastidiosa de mandarla a hacer cualquier cosa sin ayuda, sin aviso y sin protesta, como forma de educar a una futura mujer independiente. Independiente y potencialmente traumatizada, piensa Elisa, cuando recuerda que fue con ese mismo argumento que su madre la dejó en Venezuela: necesito que seáis fuerte por las tres. Pero cuando se tienen trece años esa fuerza es algo que se puede invocar solamente de vez en cuando, y no todos los días, a lo superhéroe. Cuando se tienen trece años y la madre lejos, lo único que dura el día entero es el extrañar.

Al no llevarla consigo, su madre, sin darse cuenta, está desperdiciando un escenario perfecto para hacer de ella una fortaleza de persona. Pero Nina decidió que estar junto a ella, las dos siendo unas refugiadas en un país ajeno, teniendo que inventarse una vida, no era una lección que valiera la pena. Toda esa labia de independencia y trabajo duro funcionan nomás cuando a Nina le conviene.

¿Cuántas historias de madres que limpian casas y llevan a sus hijos ellas no han oído? ¿Acaso Nina no recuerda las tantas historias que ellas escucharon juntas en los barrios que visitaban? Elisa mal había cumplido siete años cuando fueron juntas a aquella ranchería al lado de El Marite, y esa no fue ni la primera ni la última, pero ella recuerda especialmente esa porque Raúl y Graciela, a pesar de muy revolucionarios, se pusieron como locos cuando se enteraron, y Nina se los dijo bien clarito: mejor que vea la miseria y que entienda desde ya. Ella es mi hija y yo la llevo conmigo para donde yo vaya.

¿Cuántas veces Nina ha contradicho esas frases? ¿O es que solo vale conocer juntas la miseria cuando es la miseria de los otros? ¿Durante cuánto tiempo más su madre va a fingir que no la tiene junto a ella por no exponerla a una vida de estrecheces? ¿Cuándo va a asumir que ella le estorba y que siempre lo ha hecho?

Ella sabe que es eso. Elisa estorba porque Nina siempre ha sido una veleta. Porque los padres y la casa de los padres son el único puerto

seguro no destruido por el huracán Nina. Por eso, sin Graciela viajando con ellas, no hubo plan posible. Nina necesita que Elisa permanezca anclada, resguardada, mientras ella remolinea atolondrada y errática por la vida, hecha un demonio de Tasmania que comienza a estar muy viejo para la gracia.

La promesa de Nina no tiene plazo ni credibilidad. La oferta de Camilo, en cambio, tiene fecha, horario, número de vuelo, es rastreable por Google Maps y, aunque no fue por eso que ella aceptó, es una oferta que no implica partirse el lomo, sino visitas al centro espacial de la NASA, *Houston, we have a problem*!, y las playas de Galveston a una hora de distancia, que pueden no ser su sueño de una casa playera y pueden no ser Morrocoy ni Mochima, pero qué importa eso, si ella no conoce ninguna de los dos, porque esas referencias de excelencia marítima pertenecen al currículum aventurero de cuando Nina era una Nina sin hija, una Nina sin ella.

Encuentra el pasaporte bien guardado en la gaveta de los documentos de Graciela, en el seibó de la sala. No hay caza al tesoro ni grandes enigmas, tampoco hay despedidas emotivas. Esa parte de su película sería aburrida y decepcionante. Esa noche será su última noche con Graciela, pero su abuela está tan repelente como en cualquier otro momento. Claro que tiene derecho a estar así, con el calor de casi setenta horas sin electricidad, en ese cuarto con la ventana siempre cerrada y toda esa gente que la abuela dice que está ahí con ella, que si su madre, que si su tía, que si su hermano.

Ella no sabe si los fantasmas sudan, pero tal vez sí y entonces ese olor extraño puede ser culpa de ellos. Graciela detesta que Elisa los llame fantasmas. Ella dice que son sus muertos y punto, que eso de fantasmas es una payasada. Presentes o no, fantasmas o no, sudados o no, Graciela no tiene cómo saber que el día siguiente será un viernes histórico en el que se quedará al fin a solas con ellos. Elisa estará con Camilo en camino a Valledupar, de donde viajarán para Houston.

Allá, una nueva abuela, una más alegre y olorosa y bien vestida, la estará esperando con los brazos abiertos en su nueva casa. Muy diferente de Graciela, que casi le tira una cotiza cuando le pregunta si pueden dormir juntas, como si el privilegio de dormir en ese cuarto hediondo y cochino pudiera pertenecerle nada más a ella. Vai, por favor, no quiero dormir sola, insiste Elisa, que sabe que a Graciela uno se la gana a punta de perseverancia y que hay noches en que lo único que su abuela necesita es un gran gesto de amor y carencia para sentirse importante. Vos no queréis dormir sola, pero yo sí, andate para tu cuarto y no te lo digo más: dejá de joderme la vida.

Esa no será una de esas noches, no existirán abrazos ni acurrucamientos. Ya casi nunca hay, la verdad. En los últimos tiempos, solo Olga y Camilo la tocan. La piel es lo que más extraña de Nina. El olor de la ropa en el cuerpo de su madre, su aliento siempre fresquito por

la obsesión por cepillarse los dientes, la forma en que sus besos suenan, siempre ruidosos y apretaditos, siempre reales. Nina es brava y peleona, pero también es un abrazo permanente.

Mañana mi papá me viene a buscar tempranito, le anuncia a su abuela.

Graciela apaga la lamparita de pilas, que es el único punto de luz en el cuarto, y deja a Elisa ahí, sentada al pie de la cama, en lo oscuro.

Cerrame bien la puerta.

PARTE III

Era día de *faxina* y eso normalmente significaba que sería un día de alegría porque en los últimos meses la alegría era un rectángulo de papel con dibujitos de algunos representantes nacionales de la flora y de la fauna, la humana y la no-humana, y unos numeritos bien bonitos, que parecían más bonitos mientras más dígitos tenían porque más cosas dejaban comprar, pero el miedo le había ensuciado las posibilidades y la *faxina* de hoy tendría que ser de dentro para fuera y los rectángulos de papel no serían suficientes para crear alegría donde nada más había miedo y un arrepentimiento metastásico cuya origen se remontaba a mucho tiempo antes del viaje. Pero la alegría de los días de *faxina* también tenía otro motivo y era la presencia de una criatura peluda, curandera y mediúnica llamada Farofa, la perrita de la profesora Sandra, que apenas oyó que Nina entraba por la puerta, supo que este día su trabajo sería más arduo. ¿Todo bien, Nina?, preguntó Sandra mientras le servía un cafecito fuerte y sabroso como ella necesitaba. ¿Qué tal el abrigo, se puede dormir bien? *Bien* es una palabra fuerte que es mejor usarla para decir cosas como que a ella le gusta el café bien dulce y bien tostado el pancito, no para describir albergues de sintechos, fueran reales o imaginarios, como el suyo, existente apenas en la mentira que ella le contó a Sandra. Cualquier cosa, avísame, Nina, que no te de *vergoña*, ¿eh? *Vergüenza*, esa sí era una palabra que combinaba con su estado actual, *vergonha* de estar sufriendo tan a la vista, después de tantos años de entrenamiento para evitar esos espectáculos bochornosos que ella podía aceptar en los otros, pero jamás en sí misma, qué falta de carácter, qué debilidad, qué malcriadez. ¿Malcriada, ella? Nunca, si Graciela y Raúl eran dos instituciones modelo en esas tareas artesanales de moldear gente. Malcriada la pobre Elisa, que la tenía a ella lejos, a Graciela en huelga de vitalidad, y a ese pan para hoy y hambre para mañana llamado Camilo. Sandra se fue con sus ojos de cariño y sus ganas de caridad que había aprendido a mantener a raya porque ya conocía a Nina lo suficiente como para saber que no era esa la vía por la cual se llegaba a ella, dejó dos rectángulos de alegría en la mesa de la cocina y el pedido de que Nina le hiciera una limpieza profunda al *fogão* y a los gabinetes, podía concentrarse en eso, pues el resto de la casa aún estaba limpio.

Nina metió la cabeza en el horno y unos segundos malintencionados la rondaron, la idea del gas abierto y el sueño llevándosela a un lugar que no sabía si era cerca o lejos, un lugar donde no estaría Raúl esperándola, pues dicen que la gente que va con ganas y técnicas para irse no llega al lugar bueno donde seguro estaría su padre, sino a algún rellano penitente

rodeado de escaleras que suben y bajan pero siempre terminan en rellanos, rellanos, rellanos de los que Farofa la salvó con su lengua analgésica. En vez de propano, saliva; *lambidas* que le limpiaban las lágrimas del rostro mientras ella limpiaba grasa de las paredes del horno, capas sebosas de carnes, pollos, pastas, comidas relatoras de momentos en familia de una familia que no era la suya, esa idea ahora suelta que era su familia, eslabones de una cadena abiertos a fuerza de marra, el mazo subiendo y desplomándose en sus sienes porque sabía que debía haber regresado o debía haberse traído a Elisa junto, debía haber estudiado más y mejor y tener alguna oportunidad decente en algún país decente o haberse metido a dama de compañía de políticos y mafiosos, como si no fuera lo mismo, debía haberle hecho caso a su padre y haber dejado a Camilo antes o debía haberle hecho caso a su madre y no haberlo dejado nunca, debía haber acompañado a Camilo aquella noche y debía haber recibido ella el tiro y debía haber sido ella quien perdiera un ojo y la cordura todo al mismo tiempo, debía haber sido mitad de lo inteligente, coherente, estratégica que su padre era y haber sabido que el tiempo de quien se va de su país con una mano adelante y otra atrás no se mide en días ni en semanas ni en meses, sino en años que pasan violentos entre un barrer y un dar lampazo, debía haber sabido que quien gana en dólares o en *reais* o en pesos, también gasta en dólares o en *reais* o en pesos y que otras inflaciones menos escandalosas que la venezolana también obraban desgracias, debía haber sabido que Elisa no tenía que ser fuerte o madura porque Elisa tenía que ser lo que ella era, una muchachita de doce años que ahora ya eran trece y ya menstruaba y ya comenzarían los sustos, y ella debía haber sabido que serían trece y hasta catorce por el camino que iba porque el tiempo pasaba entre un barrer y un dar lampazo y el dinero que se ganaba en una mañana se enviaba para Venezuela esa misma tarde, y debía haber sabido que ahorrar para comprar pasajes para atravesar la América del Sur entera no era cosa que una *faxineira* que había pasado las últimas tres noches durmiendo escondida en una universidad pudiera hacer.

Farofa bebía su tristeza mientras ella le sacaba brillo a una parilla y a otra parrilla y la pobre perra se iba contagiando de una preocupación que Nina no sabía identificar con exactitud. Eran celos de que Camilo estuviera con Elisa y ella no, era rabia de que Graciela hubiera pasado por encima de su autoridad, era lástima de Graciela y herida abierta por Raúl, la falta que hacían Raúl y sus infinitos heroísmos, era desesperación porque decían las noticias que en Maracaibo la bendita luz no terminaba de llegar y ya Graciela no debía tener ni comida en la nevera, era todo eso al mismo tiempo, pero también era otra cosa. Era Camilo cuándo y Camilo dónde. Él había podido ver a Elisa durante todo el tiempo que ella estuvo en Venezuela, siempre encontró excusas para no hacerlo y ella siempre justificó sus excusas, muchas veces asumió la culpa de sus excusas, porque antes de darle miedo, Camilo le daba lástima, porque Camilo era

lo que había quedado de Camilo y Nina sentía que había abandonado a un enfermo, como bien se lo remarcaba Graciela y se lo refutaba Raúl, con quien Farofa parecía concordar, porque comenzó a ladrar con ese pensamiento de Nina como si hasta la perra fuera capaz de entender que todo tenía un límite y Camilo no solo había pasado ese límite, sino que estaba hacía años estirando los linderos de ese límite como un hacendado los de sus tierras. Para él, siempre fue Elisa más Nina, Elisa sola parecía que no le servía, él quería el paquete familia, Disneyland una y otra vez, su vida completa de vuelta o nada, y entonces había sido nada porque ella podía ser testaruda pero no era bruta al punto de volver a ese infierno que era vivir con Camilo desde el balazo.

Nina cerró la puerta del horno y se vio en el vidrio, impecable como la casa entera, y estaba tan igual a la sí misma de siempre que se dijo qué es la vaina, te me componéis, y trató de convencerse de que, en vez de mal augurio, truculencia, *vendetta*, el hecho de que Camilo quisiera estar con Elisa, aun en su ausencia, podía ser algo bueno, el arrepentimiento por su tanta y tamaña mezquindad concretado, tal vez, en el regalo de un pasaje para Porto Alegre a nombre de Elisa o en la recuperación del vínculo insustituible de una hija con su padre; podía ser la buena noticia que ella necesitaba con desesperación, aunque Farofa no estuviera muy convencida de esa alternativa y le estuviera ladrando con una ferocidad prestidigitadora.

Alberto, ¿tenéis pesos colombianos, no? Ve que los guardias están vueltos locos, te dice Genaro, el chofer, y vos te tardáis un poquito en responder porque el Alberto aún no se te metió bien en el sistema. Alberto, Alberto, respondé, te dice Elisa, con cara de sinvergüenzura.

Cuando supiste que Nina se había ido y que Elisa estaba sola con Graciela, entendiste que era el momento de poner en práctica las ganas de salir corriendo que tenías hacía meses ya. Faltaba que Elisa dijera el sí improbable que dijo y el plan sería perfecto. Sabéis que estáis recibiendo las migajas de hija que Nina dejó, pero ya sabrás cómo recuperarla.

Así como ella, vos también te estáis yendo sin darle noticias a nadie. Pediste quince días de vacaciones y te estáis fugando para los Estados Unidos, vía Colombia, con una hija con la que hace años no convivís, en dirección a la familia con la que rompiste años atrás y, durante la fuga, por lo menos para el chofer, te llamáis Alberto, porque así le dijiste, no sabéis por qué, tal vez para borrar por lo menos ese rastro, tal vez porque queréis quitarle un poco de peso al Camilo que vos creéis ser, uno que no puede ser resumido a estos últimos acontecimientos.

No renunciaste a tu cargo en el ministerio, no sugeriste reemplazo, no preparaste transiciones. No hubo una decepción particular, nadie te amenazó, nadie te quiso meter en nuevos chanchullos. No hubo una escena, una imagen, una noticia en particular. Quisieras poder tener una justificación más concreta, un pedacito de historia que pudieras nombrar como el antes y el después, el momento en que dijiste aquí me bajo yo. Pero no lo tenéis. Te vaciaste lento, melífero. Te viste cada vez más solo, cada vez más un actor de un teatro pésimo, autoritario y demagogo, que un real agente del Cambio. Mandaste a hacer vallas y sonreíste en eventos y grabaste entrevistas para engrandecer proyectos que sabías diminutos frente a la brutal y visible disminución de peso del venezolano promedio, ese mismo que vos te encontrabas en la calle, cuando salías a la calle, en esas oportunidades cada vez más escasas en que dejabas tu escritorio, tu computadora, tu bandera, que no aprendió a ondear porque nunca salió del aire acondicionado. Tampoco es que te sintáis culpable por eso. Te fuiste así, sin avisar, como ya te es habitual, porque no querías tener que darle respuestas a quien, según vos, no las merece. De cualquier forma, no habría habido ningún oído dispuesto a escuchar. Vas a tener que acostumbrarte rápido a las nuevas categorías que acompañarán tu nombre. Disidente. Desertor. Traidor. Habrá quien diga que siempre supo que eso pasaría, que más bien te tardaste. Que sois un oportunista, como todo rico.

El sol se asoma entre las nubes oscuras que antes te convencieron de que llovería. Alguna vez escuchaste que la lluvia era bendición y, cuando te conviene, lo recordáis y te sentís mejor. Sobre todo cuando estáis haciendo alguna mierda como la que estáis haciendo ahora. No queréis pensar, no podéis pensar en la importancia y la gravedad de lo que estáis haciendo. ¿Cuánto falta?, insiste Elisa. Es la tercera vez que pregunta desde que salieron. Hora y media hasta la frontera, eso si no nos paran, responde el chofer. Elisa ya está inquieta y apenas están saliendo de Maracaibo, ni siquiera han pasado la frontera. Te preguntáis cómo va a aguantar el resto del camino, serán unas cinco horas hasta Valledupar, la noche en el hotel y otras doce horas hasta Houston, entre vuelos y aeropuertos; te preguntáis si, en alguna de esas paradas, ella no va a desistir.

Por lo pronto, Elisa se distrae con la perorata del chofer, que cuenta que la última vez que hizo el viaje con pasajeros de Maicao para Maracaibo, en sentido contrario al que hacen ahora, lo pararon catorce veces en los 103 kilómetros que hay desde la línea fronteriza hasta el comienzo de la ciudad, y la hora y media que normalmente tomaría el trayecto se convirtió en cuatro.

A vos no te gustan esas historias. Las vivís todos los días, pero escucharlas, ver que alguien organiza ese caos en palabras, te deja con gusto de reflujo en la boca. No queréis mirar mucho por la ventana, porque no queréis ver los galones de gasolina contrabandeada, la gente con embudos y mangueras ofreciéndola. No queréis ver la gente con pacas y pacas de bolívares, en el impensable negocio de vender aquí los billetes que no hay en la ciudad, 1,3 cada bolívar. No queréis ver las camionetas, chirrincheras y buses camino a Maracaibo, todos atiborrados de gente y de bultos de comida y de cualquier cosa que se pueda vender a precio de tesoro, cosas que vos mismo le habéis comprado a tu proveedor particular, que te vende al doble y al tripe, pero que te mantiene la despensa abastecida. No queréis pensar en la despensa de Nina y Elisa, cuyo vacío posibilitó que hoy estuvieras aquí, en una Blazer 2004, pagándole en dólares a un tal Genaro para que te lleve hasta Valledupar y, de paso, te ayude, sin saber, a secuestrar a tu hija, que es lo que estáis haciendo, ¿sí sabéis eso, no, Camilo? No queréis mirar por la ventana ni escuchar cuentos porque, aunque hoy seáis Alberto y siempre tengáis tu antifaz de héroe, te sentís culpable.

Elisa, en cambio, parece amar esas historias y, sea porque está aburrida o —la opción que te parece más plausible— para distraer su nerviosismo, sigue preguntando detalles. Cuenta el hombre que en aquella oportunidad llevaba una bolsa con diez kilos de arroz, harina, caraotas, para ir dejando un kilo en cada alcabala, sobornando a los guardias para evitar que los revistaran y les quitaran cosas a los pasajeros en función de leyes y prohibiciones que inventaban de acuerdo con el humor y la necesidad del día, pero esa vez fueron tantas las paradas que ni siquiera una bolsa tan

llena como esa le alcanzó.

¿Y qué hiciste?, interroga esa Elisa cada vez más hija de Nina, preguntona y curiosa como ella. Pagamos, chamita, ellos tienen su precio del día, en pesos colombianos o en dólares, por eso le pregunté a Alberto.

¿Y si no tenéis cobres?, pregunta ella. Tenéis que tener, responde él, y la frase te taladra el oído porque vos sabéis, Camilo, que tenéis que tener cobres y la mayoría no tiene, y quien puede se rebusca y quien no logra rebuscarse se va, como Nina se fue, y vos te estáis aprovechando del lado más cruel de esa necesidad, una necesidad que vos mismo ayudaste a fabricar para torcer la vida a tu antojo.

Porque hay que tener cobres y vos tenéis, Camilo. Si algo te da seguridad en medio de tantas y tan jodidas crisis, es que tenéis cobres, los tuyos y los de tu familia. Pagar no te da miedo, un poco de rabia sí, porque aunque comprar silencios y favores sea ya un hábito diario, a nadie le gusta ser extorsionado. Lo que sí te da miedo es que le pongan peros a la solución que te inventaste para sacar a Elisa del país sin la autorización de Nina.

¿Y ustedes se quedan en Colombia o siguen camino?, pregunta Genaro y, Houston, iu-es-ei, Elisa responde mirándote insegura, queriendo descubrir si todavía es verdad el plan. Mami nos va a encontrar allá, cuando pueda, porque ella está en Brasil.

Y asentís y asentís, con una puntada de dolor donde debía haber un ojo y ahora hay un callo más honesto que vos. Quisieras no haber tenido que inventarle escenarios improbables para convencerla. Qué tragicómico es ese talento tuyo para convencer a los otros y a vos mismo de aquello que inicialmente te cuesta creer. ¿Durante cuántos años ganaste un sueldo por ejercerlo?

Le dijiste a Elisa que vos conocías a Nina más que ella, que ambos sabían que si le pedían permiso, diría que no, ¿no es verdad? Y Elisa asintió. Pero si se iban y avisaban ya estando allá, con un pasaje comprado para ella y un plan para atravesar la frontera de México con los Estados Unidos sin riesgos, con total seguridad diría que sí. Total seguridad, repetiste, porque te gustó la confianza que sentiste la primera vez que lo dijiste. Elisa no dijo que sí ni que no. Le recordaste que Brasil, tanto ella como vos sabían, no estaba funcionando. Nina no tendría motivos para quedarse allá, cuando su hija y un bienestar asegurado la esperaban en Houston. Elisa asintió sonriente, poco convencida, heredera de tu talento.

Por ahora, la frontera es otra y Nina está muerta. Así lo informan los documentos que enseñáis en la taquilla de inmigración, junto con la identificación de Elisa. Había que tener cobres para mover esos teatros y vos tenías. El funcionario que te atiende te mira, evalúa el currículum de culpa que puede haber por detrás del parche y casi, casi se pone quisquilloso. Pero Elisa, a tu lado, recuesta la cabeza somnolienta en tu brazo y vos le hacéis un cariño en el hombro y le preguntáis si tiene sed, y

son tan padre e hija, tan viudo y tan huérfana, y hay tanta gente en la fila que, bienvenidos a Colombia, el sello se estampa en sus pasaportes, bonito y efectivo, como un tatuaje-recordatorio del día en que, juntos, asesinaron a una mujer.

Con la frontera cerrada para los carros, el plan era que Genaro los dejaría del lado venezolano de la frontera, para que ustedes atravesaran a pie, y él los buscaría del lado colombiano, después de haber atravesado por una de las trochas. Ahora ya tienen más de media hora esperando y nada que aparece el hombre. Blazers plateadas como la de él se multiplican en un caos que, Elisa tiene razón, se parece al centro de Maracaibo en Navidad, antes, cuando no se había acabado el mundo. Buhoneros ocupando aceras y buena parte de la calle, vendedores gritando sus ofertas de agua y refresco, olor de frituras, todo envuelto por una nube negra de dióxido de carbono y, en medio vos, tu desistencia del país y la retomada de ella, tu hija, con su mochilita y sus ganas de creerte.

En busca de Genaro, Elisa examina detectivesca los estacionamientos improvisados; la cola de carros hecha más que nada de Fairlines 500, Conquistadores y Malibúes, favoritos indiscutibles de los choferes de transporte público; los rostros castigados por el sol y el calor; ella examina sin darse cuenta de que es examinada por ojos a los que nada les importa que sea una niña y son ojos de cuerpos que tienen pies y se acercan, y tienen manos y se acercan, y vos no sabéis cuánto de eso es verdad y cuánto es resurrección del día que la perdiste, pero te abalanzáis sobre ella en un abrazo y Elisa, que no tiene un pelo de tonta, intuye muchas de las palabras acopladas a ese abrazo y deja que dure, que dure, que dure hasta que Genaro aparece, satisfecho, cafecito en mano, con la camioneta hedionda a arroz con pollo. ¿No van a almorzar? Aquí sale más barato.

Elisa tiene más sueño que hambre, dice que pueden comer al llegar. Para vos, mejor. No queréis dilatar el viaje. Cargáis el corazón como una tromba. Te convenciste de que este era un camino posible y ya no hay vuelta atrás, ya vais tan lejos que retroceder sería llegar a un lugar mucho peor del que saliste. A veces sentís que esas decisiones las hacéis en piloto automático y cuando te activáis, ya estáis montado en un plan que no parece tuyo. Pero lo es, Camilo, vos queréis pensar que es de la bala, pero a estas alturas vos sois la bala, vos decidiste ser la bala.

Elisa duerme y menos mal que es así, para que no vea cómo todo el convencimiento que le contagiaste se te está volviendo sofoco; para que pueda abortarte esa intentona de crisis de pánico con la paz de su perfil de niña ya no tan niña, recortado contra los cujisales, las matas de mango, el polvorín de tierra amarilla, la belleza discutible de las construcciones casi siempre a medio andar de los pueblos de la carretera, un carrusel de imágenes tan iguales a las de Venezuela que la propia existencia de una frontera parece un capricho contrabolivariano.

Todo es culpa de Nina, te decís un día sí y el otro también. El pacto

siempre fue mantenerse atentos y avisarle al otro cuando estuviera perdiendo el rumbo en la vida y en la revolución. Vos necesitabas a Nina como brújula y Nina destruyó las agujas. Vos necesitabas a tu hija como norte y Nina te desdibujó el paisaje. Entendió siempre a todo el mundo, pero no quiso entenderte a vos. No insistió lo suficiente. No te curó.

Nina es todo lo que vos amáis y todo a lo que le huís. ¿Qué clase de amor es ese tuyo por Nina que a estas alturas no se ha muerto de inanición? Tal vez eso que vos creéis que es amor por ella, por la persona que Nina es, sea más amor por lo que vos podrías haber sido con ella y no tuviste lo cojones de ser. Muchas noches, solo o empiernado con alguno de tus acostones de fin de semana, pensando en Nina mientras otras te recorren probablemente pensando en otros, te habéis preguntado si, más que amor, no es envidia lo que sentís por Nina.

Para ella, la militancia, en la calle y en la casa, nunca fue algo que se imponía ni se exageraba, sino algo que iba creciendo dentro y que jamás renunciaba a la crítica, que era su derecho y, antes que nada, su deber. Ella actuaba como si no le debiera nada a nadie, ni a vos, ni a la revolución. Y ustedes le habían dado todo lo que ella tenía. Nina era una malagradecida, una egoísta: dos características que no combinan ni con revoluciones ni con matrimonios. Vos estabas dispuesto a acogerla y a defenderla en ambos, aun sabiendo que las Ninas del mundo hacen bulto y gritan consignas, se inscriben en el partido y buscan pleito donde sea, pero no se lanzan a cargos públicos, no aceptan trabajos oficiales, no se meten a trabajar en las entrañas de ningún sistema. Las Ninas del mundo no obedecen a nadie, no se comprometen con nada a no ser con ellas mismas. Hacer la revolución así también es fácil. Dicen cuál tiro fue certero y cuál no, opinan sobre el calibre de la bala, sobre la cantidad de disparos, sobre la distancia y el pulso de quien dispara, pero nunca son ellas las que aprietan el gatillo, ni las que deciden balear y, mucho menos, las que reciben los tiros enemigos y pierden ojos en el intento de ganar la guerra. Las Ninas del mundo recapitulan prematuramente, es verdad, pero los Camilos como vos esperan que llegue la Gran Mierda para asumir los escarmientos, porque están convencidos, como vos tanto decías, de que una guerra que no se lucha es una guerra perdida de antemano, repetías esa chapucería, fantasía de macho, como si fuera una gran frase, siendo que hace un buen tiempo tu campo de batalla es una tierra atarantada donde una multitud de soldaditos sin bando y con hambre se empuja en busca del pan que cualquiera ofrezca. Valores y futuros empobrecidos en seis dígitos negativos, con cuatro viejos barrigones, empachados de carne y billete, vomitando órdenes, jugando a que saben lo que están haciendo.

Dormí tranquila, Elisa, pensáis, dormite, que ya vamos a salir de esto y ya no vais a tener que extrañar a nadie, pensáis, mientras veis en ella tu nariz, tus cejas y la boca necia de Nina, repetida en ella, una copia milímetro a milímetro de esa boca que no se queda callada y que tenéis

que tener al lado, así sea para decirte, ¿viste como yo tenía razón?

La noticia llega primero al otro lado como un huracán blanco, lento, en cuya corriente Raúl se siente ir, y entre el vocerío y el llantén que atraviesa, recorre puentes y puentes y más puentes, materiales brumosos que en un segundo, o lo que en su manía terrestre de seguir midiendo el tiempo le parece ser un segundo, ganan la concreción de un restaurante de carretera camino a Valledupar. Aferrada al dije que le pende del cuello, un caracolito dibujado por él, Raúl encuentra a Elisa en el baño aprovechando una parada en el viaje para llorar escondida.

Raúl no hace preguntas, porque ya lo sabe todo, en algún lugar de sí ya están guardadas las historias hechas y las por hacer. La única interrogación es si hay algo que él pueda hacer al respecto.

—Ay, mi amor, ¿qué más quisiera yo?— le responde su madre.

No, no lo hay. El único movimiento que él conocerá será el de testigo y consuelo, tanto para los que tengan más de un par de ojos, como para los que solo tengan uno. La tristeza, allá, se siente diferente, pero se siente.

—Poco a poco uno se acostumbra, mijo.

Raúl abraza a Elisa, le seca las lágrimas, le soba el pelo, sin saber si ella entiende su presencia y sin forzar entendimientos, y ahí se queda hasta que Elisa se calma y se lava el rostro para volver con Camilo.

—Andate para que Graciela, muchacho porfiado— insiste su madre.

—¿Quiere que lo acompañe, profe?— se ofrece Vicente.

Que ya va y que va solo, dice o piensa. Con culillo y todo, agarra camino. Ahora que la bruma se ha revelado esa suerte de neblina andina y que él puede ir y venir entre su blancura con esa destreza campesina y angélica, apenas se deja ir al próximo llamado de Graciela, confiado de tener el coraje suficiente para plantarse frente a ella y contarle de la ausencia que se ha creado en la casa.

Pero no, él aún no sabe cómo hacerlo. Inodora, silente, invisible, así es la primera visita que Raúl le hace a su mujer ruinosa. Un tanteo.

Graciela va y viene en la hamaca, triste de su tristeza ya normal, sin otra mala noticia que la continuidad del apagón. Ella empuja el pie contra la pared y va y viene con mayor velocidad, intentando generar algún fresquito, mientras Raúl se queda quieto como una mosca en la pared, recostado en una esquinita del porche sucio y con la pintura descascarada como nunca había estado, viendo a su mujer, también sucia y descascarada, que sorbe en silencio el café que Olga le acaba de traer y que repartió entre los vecinos, estirando como puede la amabilidad que le queda, después de tres días sin electricidad. Nunca imaginó que Graciela, tras haber hablado tanta peste, se estuviera dejando acoger por Olga, por

su mirada compañera, por su sonrisa hecha más de costumbre que de verdad.

—¿Habéis hablado con Nina? Hace días que no me escribe— le pregunta Olga a Graciela.

—No mucho.

—¿Ya cenaste?

—No tengo hambre.

—¿Tenéis comida?

—Algo debe haber.

No, no hay. Graciela está a punta de galletas de soda, que es lo único que Raúl encuentra en los gabinetes. El vacío en la nevera, el silencio, el calor que él no siente pero es visible en los chorros de sudor que les corren a Graciela y a Olga parecen expulsarlo antes de que haya dicho una palabra. La decadencia siempre le ha dado grima y tal vez esa característica lo ha acompañado en su nuevo estado.

Vuelve estrujado, como recién muerto, en aquel momento en que aún se carga el cuerpo enfermo o accidentado, en que aún no se sabe si se está de un lado o del otro de la vida. Está en hilachas, pero sabe que debe volver pronto, le toca apechugar y estar con Graciela para el trancazo que se le viene encima, solo necesita prepararse mejor, pensar una mejor forma, ingeniárselas para ser algún alivio antes de ser mala noticia.

Su hermana Diana sugiere que se le aparezca jovencito, como cuando se conocieron. Su suegra pide que llegue con el olor a montaña que Graciela ama desde siempre. Y su madre, más dada a los sonidos, le recuerda que Graciela siempre se emocionaba con los aguaceros. Raúl se arma de ese ropaje de encantos y se sienta, listo para atender el siguiente llamado, que seguramente no tarda en llegar, porque su mujer no habla más consigo misma; desde que Raúl murió, todos sus monólogos van dirigidos a él.

Desde que no estáis, odio a muerte los atardeceres, Raúl. Son la constatación de esta nada que me he vuelto. Antes, era el momento de guardar archivos, apagar la computadora, preguntar ¿necesita algo más, profe?, ligando que respondieran que no, recoger los peroles y echarse un perfumito para quitarse el olor a comida que le queda a todos los trabajadores que almuerzan en un lugar cerrado. Buscar el carro en el estacionamiento, poner el aire acondicionado en el máximo, manejar escuchando reportajes británicos retransmitidos por la emisora de la universidad mientras estaba atrapada en el tránsito, en camino a buscarte a vos, que venías con el olor a comida sin disimular porque vos nunca fuiste de perfumes.

Éramos gente chévere, ¿no creéis vos, Raúl? Educados, conscientes, siempre rodeados de gente que aprendía. Vos contento en tu escenario, enseñando a las centenas de estudiantes de tan variadas edades que pasaban por tus clases; yo en los bastidores, organizando los horarios y reuniones y documentos que permitían que profesores como vos tuvieran su escenario y su público. Parece como si todo eso hubiera ocurrido en otra vida, en otras personas. Como si unos ladrones hubieran entrado a robarnos, me hubieran abierto para sacarme de dentro todo lo que yo era y hubieran dejado el cascarón en el portón para no cargar ese peso innecesario.

En una tarde normal de esta otra vida achacosa, ahí estaría el sol yéndose otra vez y yo rabiando por el absurdo acto de seguir aquí, vegetando en una jornada más cuya única actividad habría sido el envejecimiento. En una tarde sin electricidad, el amargor del sinsentido obraría, no solo en mí misma, sino en todas las regiones que corrieran con la misma suerte. Pero hoy, cuarta tarde continua en esta calamidad, la sensación que tengo es que respiro solo porque algún torturador ha decidido mantenerme viva, para que vea con mis propios ojos cómo se van los que quedan, uno por uno. La última que salga, apaga la luz y el aire, decíamos las secretarias de la facultad. La última que reste, que entregue las llaves y avise que ya se puede demoler lo que sobró.

Hoy, sin embargo, el temporal en el cielo parece que va a aliviar el calor. Ya huele a lluvia y parece que viene de Perijá, de la sierra, porque huele a verde, a montaña. El viento se pone violento y más vale que cierre la puerta del cuarto de Elisa si no quiero tener que ponerme a barrer agua.

Huele a verde, Raúl, como si tuviéramos un bosque en la casa, ¿lo sentís?

Como si hubiera un río bajando y, en vez de escalones, esta escalera

tuviera piedras húmedas, sosteneme, Raúl, que me caigo.

Te estoy sintiendo, Raúl, estáis calientico y si estáis calientico es porque estáis aquí, porque cuando te sueño siempre estáis frío y por eso no me gusta soñar con vos.

Decime si sois vos, mi amor, decime, que yo creo que ahora sí.

Fijate, Raúl, venís con lluvia, mirá, mirá, las gotas están comenzando a caer y huele a verde oscuro, huele a piedra andina, a flores chiquitas y a mermelada.

—¿Vos como que tenéis hambre, Chelita?

Claro que tengo hambre, si desde que vos no estáis, no siento gusto.

—Vení que te agarro.

Yo sabía que ibas a venir, mi amor, yo sabía.

—Hace rato que quiero venir. Pero del otro lado las cosas también duelen.

¿Por qué decidiste venir hoy?

—Cerrá la ventana, que se mete la lluvia, y mirá abajo de la almohada, que hay algo para vos.

¿Qué es esto, Raúl? ¿Dónde está Elisa?

—Toca apechugar, Chelita.

Llevame con vos, o yo mismita me busco el camino.

—No digáis esas cosas, ya vamos a resolver.

Nina me va a matar y yo la voy a dejar.

—No dudéis de las ayudas que vienen.

Tenías razón, vos y Nina siempre tuvieron razón, me hizo caer redondita, Rául, ¿cuántas veces me habré equivocado con Camilo?

—Todas.

¿Cuántas veces me fue más fácil acomodarle las culpas a Nina?

—Muchas.

Nina me pidió una cosa, Raúl, una solita, que cuidara a Elisa, y me dejé volver tan nada, tan trapito sucio, tan sombra, que ella se cansó de verme y verme sin que yo la viera.

—Jamás.

Hay que avisarle a Nina. ¿Vos la acompañáis?

—Siempre.

Y esa lluvia, Raúl, ¿fuiste vos?

—¿Vos qué creéis?

Que llueva duro, Raúl, tan, pero tan duro, que este día se deshaga y me deshaga a mí junto.

Viajar al exterior. Salir del país. Emigrar. Todo suena tan glamoroso e importante. Pensó que al pasar la frontera habría una sensación de extranjería casi automática, pero Valledupar es tan parecida a Punto Fijo, a Coro, a Machiques, que, en vez de viajar a otro país, le parece haber viajado a la Venezuela de hacía algunos años, donde no faltaba la luz y los anaqueles de los mercados no estaban vacíos o llenos de un único producto, un país donde por más falta que Camilo le hiciera, había una Nina, que ella pensaba incapaz de dejarla, y una abuela divertida y consentidora, y había un Raúl que era abuelo y padre y todo lo que ella necesitara.

La muerte, esa sí, debe ser el extranjero, piensa Elisa. Morirse debe ser irse muy lejos. Aunque según su abuela, es todo lo contrario. Morirse puede ser estar más cerca que nunca. Tan cerca que no es ni al lado ni atrás ni al frente, sino dentro. Por momentos, ella siente que heredó el don de Graciela. A veces, cuando tiene miedo o está triste, como ahora, tiene la certeza de que Raúl le anda paseando por dentro, desamarrándole los nudos.

Puede ser apenas su imaginación, pero también puede ser el don. Aunque ella no pueda relatar escenas concretas, como las que cuenta su abuela, aún hay chance. La propia Graciela dice que ella solo vino a convencerse ya vieja. Puede ser como esas enfermedades que solo aparecen a partir de cierta edad. Uno lo tiene dentro y no sabe. Morirse debe ser estar dentro de los otros que nos quieren bien, aunque solo algunos de ellos se den cuenta. Y ahora que lo piensa, no hay nada de extranjero en eso. O hay muy poquito. Si Raúl está dentro de ella, él se debe sentir en casa. Graciela sabe de esas cosas, entonces debe ser verdad.

El verdadero territorio extranjero es su padre. Las canas de su barba, las muletillas y el acento caraqueño, el corte de pelo que no sabe hace cuánto lo acompaña, la curiosa elección de esos lentes de sol deportivos, la facilidad con que abre la cartera y dólares salen de ella: es para ese país que ella necesita pasaporte, no para Colombia. Algo en él aún es hogar, su cercanía es calientita y llena de infancia. Por eso lo abraza tanto. De cerca, él es su papá, el mismo, no hay duda, todavía podría quitarle el parche y besarle las cicatrices con la naturalidad con que lo hizo hasta sus siete años. Pero cuando se aleja un tanto y el olor íntimo se disipa, se siente extraña. Como si en vez de su padre, fuera un pariente al que solo ha visto en fotos. Entonces le da aquella sensación rara que le da a veces, de que todo es de mentiritas y ella está flotando encima, mirándose, mirándose mirarlo.

¿Estáis cansada?, pregunta él.

Un poquito.

¿Queréis comer aquí o preferís salir?

El restaurante del hotel es el mejor de esta zona, dice la mujer que los atiende mientras les entrega la llave del cuarto. La parrilla es un espectáculo. Pueden pedir para la habitación o bajar, como prefieran.

Camilo mira a Elisa, esperando, y ella asiente. Prefiere quedarse. Está cansada, tiene un dolorcito de cabeza y la ciudad no parece gran cosa; en cambio el hotel es bonito, dice que tiene cuatro estrellas, pero como ella jamás ha visitado uno con cinco, ni siquiera sabe qué tanto más lujoso podría ser. Agarra su celular y hace algunas fotos, porque no hay cómo negar que el momento es memorable a pesar de todo. ¿O será mejor decir que gracias a eso?

No vais a subir nada, ya sabéis, le dice Camilo.

Yo sé, responde. La culpa le magulla la voz. Lo que más quisiera es poder mandarle fotos a Nina, hacerse fotos con Nina en ese lugar. Pero hay que seguir el plan por el bien de los tres.

Ver tanto blanco junto en la habitación le da angustia. Paredes, sábanas, almohadas, sofá, cortinas, flores. Parece que va a ensuciar algo nada más de mirarlo. Pero si Camilo se desploma en su cama, sucio del camino, impregnado con el olor a arroz con pollo que parece que nunca va a salir de aquella ropa, entonces ella también puede.

Explayada en esa cama tan grande, tan cómoda y aromática, con la cabeza abrazada con perfección por una almohada que es casi de su tamaño, Elisa piensa que tiene que dejar de pensar tanto en Nina y en Graciela y dejarse consentir, aprovechar el reencuentro con ese papá tan bonito, divertido y salvador, que ahora está cantando Shakira mientras se baña.

Elisa mira su celular y ahí sigue Nina, mordiéndole un cachete hace algunos años en la foto del protector de pantalla. Falta poco, piensa, mientras la publicidad con acento colombiano en la televisión le recuerda que ella no está más donde su mamá le dijo que se quedara, que la esperara, que fuera fuerte por las tres. ¿Y si le escribe a la señora Olga? Así alguien sabrá qué decirle a Nina cuando le llegue la noticia, para que al menos sepa cuál es el plan y que ya falta poco para que se encuentren. ¿Será? No, no va a ser, porque Camilo tuvo la inteligente desconfianza de esconder el folletico donde estaba la contraseña del wifi, y mejor así, piensa Elisa, pasado el ímpetu confesional.

Camilo sigue cantando, ahora menos festivo, entregado a un popurrí de Jorge Drexler. Nina estaría aquí corrigiéndole los horrores que está cantando en la letra. «Cada uno da lo que recibe, luego recibe lo que da», en manos de Camilo se ha vuelto «Cada uno da lo que decide, luego decide lo que da», y Elisa se ríe y se ríe con los disparates, cuando siente que el mes se le acorta y una flor de sangre se está dibujando en la cama

inmaculada. Ahora entiende la puntada en la cabeza. Inmóvil de vergüenza, alcanza con el pie la chaquetica con la que viajó, que está encima de su maleta, aún cerrada, y se la pone encima. Intenta una posición que parezca natural para ver televisión mientras pelea con su cuerpo traidor, que quiere forzar una intimidad que aún no tiene con su padre. Necesita hacerlo salir del cuarto para poder limpiar el desastre, piensa, piensa, piensa.

El timbre suena antes de que Camilo salga del baño. Es un funcionario del hotel, que trae la parrilla más inoportuna del mundo. El timbre insiste y a Elisa no le queda de otra, se amarra la chaqueta en la cintura, cubre la mancha en la cama con su maleta y abre la puerta con una incomodidad indisimulable. ¿Todo en orden?, pregunta el funcionario al verle la cara de circunstancias. Todo perfecto. Elisa cierra la puerta antes de que el muchacho pueda decir algún eufemismo para pedir su propina. Se apresura a acomodar la comida en la mesa del cuarto mientras Camilo sale del baño, limpiecito y oloroso.

La maleta se pone aquí, para eso es este cosito, dice Camilo moviendo el equipaje de Elisa hasta el maletero y dejando al descubierto la evidencia de que, por más que ella quiera alargarla para él, para que el tiempo de ausencia no parezca demasiado, su infancia acabó. Por lo menos la que corresponde al cuerpo. Una antorcha. Una brasa pudorosa. Eso es el rostro de Elisa.

Comenzó a menstruar hace seis meses. Sin padre y sin madre. Nina se puso a llorar cuando se lo contó. Debían haber estado juntas, debió haber sido ella, y no una Graciela cansada y apática, quien le dijera cómo ponerse la toalla sanitaria, cuáles eran las mejores marcas y por qué era mejor usar las que tenían superficie de algodón.

No te pongáis así, mi amor. Ya vamos a resolver.

Camilo arranca las sábanas de la cama y las lava en la bañera, como si nada, como todo padre que se precie lavaría una ropa vomitada u orinada por un niño y, con su tranquilidad, los colores van calmándose en el rostro y en el pecho de Elisa.

¿Aló? Tuvimos un problemita aquí con la comida, vamos a necesitar sábanas nuevas.

Camilo habla al teléfono mientras le guiña el ojo a Elisa, y lo que pudo haber sido el ápice del bochorno adolescente acaba volviéndose un nuevo pacto de complicidad. Su padre, piensa Elisa, se las sabe todas, el muy condenado.

Bañados, alimentados y listos para dormir, Elisa pregunta a qué hora sale el avión para Bogotá. Camilo revisa y dice que tienen que estar en el aeropuerto a las nueve de la mañana.

¿Vos te mareáis en los vuelos?, le pregunta a su padre.

No, nunca, dice Camilo mientras se corta las uñas de los pies con una flexibilidad que Elisa reconoce en sí misma.

¿Y yo, será que me voy a marear?

¿Ya te ha pasado?, pregunta Camilo.

En los buses, si hay curvas, si no puedo ver por la ventana, si no me pega el viento…

¿Y en avión?

Son esos momentos, esas preguntas de recién conocido, las que le duelen.

Yo nunca he viajado en avión.

Camilo la mira, el cortaúñas en pausa en su mano.

Sí, es verdad. Todavía te debo un viaje a Disney.

Umjú, Elisa murmura y se traga un reclamo de siete años de antigüedad.

Te debo un montón de cosas, chamita, dice Camilo, que se quita el parche y apaga la luz de la mesita de noche.

Papi, ¿vos no te ibas a poner un ojo de esos de vidrio? Mami me dijo que te ibas a operar.

Me arrepentí.

¿Por qué?

¿Vos preferís que me lo ponga?

No sé, ¿qué preferís vos?, Elisa rebota la pregunta.

¿Para qué tener un ojo si no voy a poder mirar?

Sí, es verdad.

Elisa se arropa y cierra los ojos, finge dormir. No tiene nada de sueño. Tiene ganas de conversar y conversar, porque cuando conversa o come o hace cualquier cosa, se olvida de la notica que le dejó a su abuela, que a esta altura ya se la debe estar leyendo a Nina, que debe estar herida y preocupada y arrepentida de haberla dejado atrás, y Elisa quería el escarmiento, pero, para que valiera la pena, la continuación de ese escarmiento tendría que ser un abrazo en persona, el encuentro de novela con el que ella y Camilo están contando.

Ella quiere creer en esa posibilidad, pero la duda se le está comiendo el entusiasmo. Elisa sabe que la mamá de hace algún tiempo estaría dispuesta a esas intensidades, pero esa Nina se acabó un tanto cuando el abuelo Raúl se fue, y se terminó de amargar cuando comenzaron a faltar la carne y los huevos en la mesa. Ella no sabía que el grado de alegría de una persona podía depender tanto de la comida. En esa nueva Nina, las intensidades no tenían cara de reencuentro y fiesta con mucho merengue, chatarritas y reguetón como antes, sino de despedida tristísima, calmando el despecho con pancito dulce y café con leche.

¿No te podéis dormir, verdad?

La voz de Camilo parece invadirle el pensamiento. ¿Es tan mala actriz que no sabe ni siquiera fingir que duerme, o es que él, como Nina, tiene ese radar insólito para detectar tristezas y sustos?

¿Estáis nerviosa?

Un poquito, responde.

¿Un poquito poquito, o un poquito mucho?

Un poquito mucho, y toda la adolescencia que esa tarde los apabulló con sus accidentes y revelaciones retrocede el tiempo, abrazada al pedacito de buen padre que le cuelga del cuello.

Elisa se abre espacio en el costado de Camilo y llora en silencio, con la mano de él sobándole la frente, mientras su cuerpo tiembla de pavor de que su madre se haya acostumbrado tanto a estar sin ella o esté tan brava que decida dejarla sola con Camilo y ella tenga que conformarse con seguir estando minga, y esta vez en un lugar donde no debían ni siquiera conocer el pan dulce.

No sabéis qué hacer con la palidez ni con las manos frías de tu hija ni con esos ojos tan faltos de mamá que se le instalan a Elisa en el cuerpo cuando el avión despega. Recordáis que el limón es eficiente, que soplar en una bolsita de papel ayuda a recuperar el aliento, que respirar profundo, haciendo una exhalación demorada, a veces resuelve. Eso lo sabéis de la vida, de las películas, del yoga que a veces hacías en el parque. Soluciones genéricas.

Elisa y sus ojos pedigüeños de remedios específicos, de maña sabida a punta de convivencia, están en tus manos tan poco diestras para esos menesteres, y ella se te vuelve de repente niña, más niña que nunca, una indefensión del tamaño de los siete años que tenía cuando la desconociste. Vos y tus ojos, en desespero, queriendo ayudarla sin saber qué hacer, cómo hacer, qué decir, optan por buscar a la aeromoza y que sea ella la que resuelva la situación con algún caramelo o agua o café, o con lo que sea que se le dé a un niño que viaja con un inútil al lado.

Papi, abrí la ventanilla del aire, ponemela en la cara, te dice, antes de que logréis capturar la atención de la aeromoza. Vos le direccionáis el aire acondicionado y agarráis la revista de la aerolínea que está en el bolsillo de la butaca y le echáis fresquito. Ella sonríe, la satisfacción de la enseñanza. Seguís en eso hasta que la náusea va amainando y a ella llega el sueño y a vos la calma. Lo bueno de estar viviendo ese choque de intimidad e inmersión es que están educándose el uno al otro con una velocidad que no habías podido prever.

Llegan al aeropuerto El Dorado, en Bogotá, y en la farmacia los dos aprenden que basta una pastillita de Ondansetrón en la punta de la lengua para resolver las náuseas viajeras de Elisa y sobrevivir al siguiente vuelo, de Bogotá a Houston, sin accidentes eméticos. Eso es algo que Nina no sabe aún, punto para vos, Camilo. Lo que sí sabe Nina es que hay otras náuseas, otros vómitos y hasta fiebres que no necesitan de carros ni de autobuses ni de aviones, sino de los adioses que estos posibilitan. No te preocupéis, ya vais a aprender más sobre eso. Por lo pronto, las nueve de la mañana los agarran en Houston, Texas, iu-es-ei, le decís a Elisa, payaso, repitiendo la frase que ella misma dijo, y ya no parece hacerle tanta gracia.

La cinta de las maletas es una culebra lenta y traicionera que trae las cosas de todo el mundo, menos las de ustedes. Vos trancaste bajo llave la sensación de estar cometiendo un crimen y hasta ahora te estaba yendo bien, pero cuando el equipaje se tarda empezáis a imaginar que faltan segundos para que llegue el FBI y la CIA y el SEBIN y te rodeen como el secuestrador que sois, ya estáis empezando a transpirar y a querer meterte

uno de los comprimidos de Elisa en la lengua, ya estáis organizando el discurso que vais a dar, ya estáis queriendo prever las declaraciones de Elisa, la estáis viendo, con su susto disfrazado de sueño, y estáis aceptando que no tenéis ni puta idea de lo que ella diría, cuando surge, pequeñita y delatora, la maletica anaranjada de Elisa y, atrás, la tuya. Dos equipajes enanos para una fuga que pretende ser borrón y cuenta nueva. ¿Qué se trajo Elisa? Ni siquiera revisaste su maleta, ni siquiera te cercioraste de que no trajera nada indebido, dejaste que a la pobre le decomisaran una colonia del equipaje de mano y viste en su carita que aquello era mucho más que una colonia. Era de mami, te dijo. Y hasta eso le quitaste, la posibilidad de su mamá a una olidita de distancia.

¿Qué estáis haciendo aquí, con ella? Crisis radicales, soluciones radicales, manipulaciones radicales. Sois gente de grandes gestos y grandes acontecimientos, no sabéis vivir en el pie de página sabiendo que podéis ser titular, sois protagonista y los protagonistas se lanzan de cabeza a las aventuras. Así que aquí estáis, en uno de esos momentos en los que la vida se les endereza a los tres, que fueron tres y tres tienen que ser, o todo se va definitivamente a la mierda. Si no volvieron a ser tres por las buenas, quién sabe si por las malas, tal vez faltaba algo así para que Nina se terminara de meter en la cabeza que no hay de otra, Elisa es un vínculo irrevocable entre ustedes, y ustedes son una misma cosa, se completan, por eso la vida los une siempre, si no, ¿por qué ambos han tenido un desfile de parejas sin que ninguna relación llegara a cuajar? Siempre había una Nina en el horizonte, siempre había un Camilo, estropeado, pero había un Camilo, y ella lo sabía y por eso no terminaba de irse de vos.

Es eso lo que estáis haciendo ahora, uno de tus grandes gestos. El mayor. La vais a llamar y le va a tocar a ella decidir si va a ser el sí y un abrazo de tres, o si va a ser el no y ¿y qué, Camilo? ¿Qué vais a hacer si Nina te dice que no y te da la pelea? ¿Acaso no la conocéis? Claro que la conocéis y por eso te estáis cagando de miedo de que lea tu gesto como ella a veces lee tus gestos, como tramoyas, golpes de estado, maniobras. Politiquero en la calle, en la mesa, en la cama, como te dijo un día. Pero ya hubo tiempos en los que Nina supo seguirte el juego y leyó en tus aventuras y en tus irresponsabilidades la rebeldía, chispa inicial de todo este despelote en que se transformó la historia de ustedes. La conocéis tan bien, que justo por eso no sabéis qué esperar de ella.

A quien no conocéis, sea tu culpa o no, es a Elisa. ¿Qué vais a hacer cuando ella salga del hechizo en el que la metiste con tus planes en los que todo funciona rápido, simple, fácil? ¿La vais a mandar de regreso? ¿La vais a devolver como a un producto defectuoso, como a un perrito que no aprende a mear afuera o a un gato que te jode los muebles? Nunca más, jamás. No, no. No creéis. Tal vez no. Va a depender de ella. A lo mejor sí.

¿Qué estáis haciendo aquí, en este lugar del que tanto renegaste? Llegáis como el hijo pródigo, con el rabo entre las piernas, venís a decir que

estabas equivocado y a pedir que te hagan un ladito en el retrato familiar del que vos mismo, con tus todo o nada, te recortaste y, pedazo de papel suelto, te quedaste solo, resto, falta. ¿Estabas equivocado? ¿Eso es lo que creéis? ¿En qué, exactamente? ¿Cuáles puntos de tu cartilla política estáis dispuesto a tachar? ¿Estarías haciendo esto si Guaidó no hubiera montado su espectáculo? No podéis ni siquiera comenzar a pensar en eso porque te desmanteláis, vos agarraste tu credo político, tus nociones de política, tu trayectoria política, metiste todo en una caja y la dejaste en el cuarto de los chécheres, a la mano, en caso de que haga falta, pero escondida mientras estorbe.

Te gusta manejar en ese país, sentís que podéis estar más tranquilo, pensar, pensar, pensar mientras que, por el parabrisas del carro que alquilaste, veis la geografía prohibida, el idioma antes mentado enemigo diciendo que estáis en una autopista rica hecha con pobrezas variadas, y te empieza a doler el ojo ausente, el cuello que te sostiene la cabeza embotada, las manos en puño nunca más elevado. Elisa baja el vidrio, quizás intuyendo que tu cuerpo, como el de ella, sintomatiza el miedo, pero a vos el vientico en vez de curarte te hiere, porque en el carril de al lado pasa una camioneta con un Trump sonriente a un costado, y parece que aquel pelo con el color y el olor del azufre sale de la foto y ondea con la brisa, histérico, cacheteándote cada fibra de tu moral supuestamente revolucionaria con sus hebras rubias, sebosas, como todo su dinero mal habido.

¿Ya podemos llamar a mami? No, todavía no. Dejá que lleguemos por lo menos.

El problema es que vos tenéis más experiencia yéndote que llegando y cuando vos decís llegar, no sabéis bien a dónde ni a cuándo. Llegar, para vos, es que te deje de doler el ojo fantasma. El hueco calloso donde montó campamento tu culpa.

Ellos no están, les dice el portero del condominio cerrado donde viven tus padres, un señor con acento de algún lugar de Centroamérica que no lográis precisar, inmune a tu simpatía. Intentáis obtener más informaciones, pero el hombre es una tumba. Si fuera venezolano, colombiano o cubano, ya te hubiera dado inclusive más datos de los que debía. Llamáis a tu hermana, ¿la abogada, la que tiene dos niños?, te pregunta Elisa. Sí, esa, eso es todo lo que Elisa sabe de su tía. ¿Que estáis dónde?, la sorpresa se escapa a la privacidad del teléfono. ¿Vos no sabéis qué día es hoy? Cumpleaños de tu padre. Claro que sé, si por eso vine hoy. Estamos en la casa de la playa, te dice ella. Elisa está cansada, pero le veis brillar los ojitos cuando repetís, ¿en la playa, en Galveston? Claro, claro que al viejo le va a gustar la sorpresa.

Poco más de una hora separa Houston de Galveston, pero es una hora

que se hace gigante porque leéis en la mirada radiográfica de Elisa, explayada en ese territorio texano, una expresión límite entre la admiración y el resentimiento. ¿Ustedes siempre han sido ricos?, te pregunta, y vos le dais la respuesta que tenéis engatillada, lista para ella y para tantos, los ricos son ellos, no vos, vos sois un asalariado. Y sentada en esa camioneta de lujo que vos alquilaste con tu tarjeta de crédito platino, ella te mira con toda la ironía que le cabe en las pupilas. Nada más a vos se te ocurre venirle con esas comedias a una cría de Nina.

Cuando llegan a Galveston, ya estáis sumido en la vergüenza ajena y en la propia por haber pretendido mantener tu personaje de quince y último frente a la riqueza del condominio de Houston y de ese otro al que acaban de llegar, más rico todavía; vergüenza de que la totalidad de empleados de ambos sea latina, de la opulencia del pórtico y de la cara de espanto con que ahora tus padres te miran y miran a Elisa. Tu hermana no te dijo que había fiesta ni que la casa estaba llena de gente. Vos y la nieta que ellos no conocen llegaron de sorpresa y a todos les cuesta fingir que sea una buena sorpresa.

Tu mamá y tu hermana saludan a Elisa e intentan sobrecompensar con gentilezas y cortesías, como siempre, la incomodidad que son tu padre y vos, frente a frente, tus músculos rígidos, tu mirada en fuga, mientras la palmadita de tu padre rebota fría y siempre pesada en tu espalda y su beso sin ganas casi no toca la mejilla de Elisa, nuevo ítem en la lista de decepciones que vos no te cansáis de causarle. Tu madre le ofrece a Elisa un lugar para sentarse, le ofrece comida, le ofrece agua refresco jugo, le ofrece una cama para descansar, mejor descansar, deben estar cansados, ¿no? Ya la fiesta está terminando, ya voy a recoger, dice mientras los torea en dirección a uno de los cuartos para no tener que presentarte a los invitados, que solo están pendientes de la escena por el nerviosismo de tu madre, que actúa como si estuviera escondiendo una infidelidad.

¿Y ahora, vamos a llamar? Todavía no. ¿Y entonces cuándo? Después, ni siquiera hemos terminado de llegar, mejor metete a bañar. No te gusta el tono que empieza a tener la voz de Elisa, pero te va a tocar acostumbrarte porque durante los próximos días, mientras dure la noticia y la negociación, sabéis que será ese tono o silencio.

Pensaste que tendrías unos minutos de paz al tender al fin el cuerpo en una cama cómoda, mientras Elisa se limpia la fuga del cuerpo, pero el reencuentro con el olor de las sábanas y las toallas de tu familia, que puede estar en Venezuela o en los Estados Unidos o en Japón y es siempre el mismo olor, un aroma que te hace sentir automáticamente en familia, lo que en tu caso es lo mismo que decir fuera de lugar, tan, tan fuera, que no han pasado diez minutos y ya tenéis a tu madre en la puerta con aquella mirada de supremacía moral, ¿qué tienes tú en la cabeza?

Tú. No vos, tú. Porque tu madre se envenena de pueblo si llega a salirle un vos por la boca. ¿Dónde está Nina? Lejos. ¿Lejos, dónde, no está en Venezuela? Lejos, lejos. ¿Y cuál es el plan? ¿Ella se viene para acá? No sé. Vamos a ver qué dice, mamá, después hablamos, estoy cansado. No entiendo, Camilo. ¿Ella no sabe todavía que tú estás aquí?

Se me olvidó llevarme la ropa, dice Elisa saliendo del baño, el cuerpo envuelto en una toalla, y te mira ahí, sentado en la cama, un ser diminuto e irresponsable, asfixiado por el interrogatorio, ni rastros del papá todopoderoso que la invitó a esa aventura, ¿Nina sabe que te trajiste a la niña? Elisa te mira y vos la evitáis, estáis ocupado intentando aguantar el grito que te sale del estómago y ya es tarde, Nina no tiene que saber un coño, Nina que se vaya al carajo, ¿desde cuándo a vos te importa lo que diga Nina? ¿No era una puta rabúa, una chavista de mierda, una fresquita, una salvaje?

Con los gritos, llega tu padre, esa mujer es todo eso y más, es él quien responde, pero si tú te trajiste a la niña sin su autorización, estás mucho más perdido de lo que tu mamá y yo pensábamos. Tu madre está sentada en una esquina de la cama, el torso encogido de pena no tan ajena, desconociéndote una vez más y preguntándote, ¿cómo se te ocurre hacerle eso a Nina? ¿Cómo hiciste para sacar a Elisa del país?

Sacándola, resolviendo. ¿Resolviendo qué, Camilo? Pregunta tu padre. ¿Resolviendo cómo, chanchullando, secuestrando a esa muchachita? Ay, por favor, papá, decís con el verbo rebotándote en la cuenca vacía del ojo. ¿Secuestraste a esa niña?, él insiste en preguntar como si Elisa no estuviera en el cuarto, y en su tono sentís un desprecio por vos, por Nina y por Elisa, «esa mujer» y «esa niña», cuyos nombres ni siquiera se da a la tarea de pronunciar; por tu vida y por tu muerte, que no termina de ocurrir; y en ese fuego cruzado veis a Elisa, inmóvil, con la ropa en la mano y la toalla vistiéndole el cuerpo ahora tembloroso, mojado de baño y de lágrimas, toda su piel llena de manchas rojas, todo su cuerpo una náusea, que te mira asustada y a quien vos miráis asustado, y en ese susto un vínculo se tambalea.

Así no te queremos aquí. Cuando quieras hacer las cosas bien, hablamos. Así, a los coñazos, como siempre, no queremos que vuelvas. No cuentes con nosotros, concluye tu padre, y tu madre llora, no sabéis si de tristeza o de alivio porque esas palabras se hayan dicho sin necesidad de ella misma haberlas pronunciado. El problema que no tuviste en inmigración, lo tuviste aquí, con tu familia, con tus padres y con tus hermanos, que optan por no intervenir, como si fueras un extraño; lo cierto es que lo sois y lo seguiréis siendo, ahora que quisiste volver y fueron ellos, y no los gringos, los que te cerraron la puerta en la cara.

Sois tan osado, te decís, tan osadamente pendejo, sois un pedazo de mierda que se cree diferente de esta gente rica y sois tan arrogante como ellos, te creéis diferente de tus excompañeros de partido y aquí estáis, rata

que abandonó el barco, rata oportunista, jalándole bolas a esta gente rica, te creéis mejor que Nina y Nina, vos sabéis muy bien lo que hiciste con Nina, lo que seguís haciendo. Papi, no te pongáis así, Elisa interrumpe tu intento de ahogar la ira y el llanto en la almohada, y vos queréis calmarte, pero ¿dónde está mi teléfono?, te pregunta ella, ¿vos lo tenéis?, y ahora que han llamado las cosas por su nombre y ella es tan rehén, tan botín de guerra, no podéis más que confesarle las letras chiquitas del contrato. Sí, yo lo tengo y se va a quedar conmigo. Yo voy a hablar con Nina, no vos. Tu madre no va a hablar con vos hasta que no venga.

El cuarto día de Nina en el campus no amaneció con el sol público de verano sino con una bomba particular, hecha a su exacta medida, y a Nina se le olvidó todo, secreto, vigilantes, silencio, no puede decirse que lo mandó todo a la mierda porque no le dio tiempo de pensar en nada, nada que hacer frente a esa noticia tan imposible y a la vez tan previsible, tan Camilo, cuántas veces Nina había sido pesimista y había acertado cuando se trataba de Camilo y de los límites que le faltaban a Camilo, y ahora el límite más sagrado había sido cruzado al mismo tiempo que una hija cruzaba fronteras bajo el embrujo de un padre que hacía muy bien el papel de buen padre, padre distanciado por culpa de motivos siempre ajenos a él, motivos con nombre de acontecimientos, como disparo y atentado; nombres de ciudades y trabajos, como Caracas y ministerio; motivos con nombres de mujer, como Nina, dueña del celular que hacía tres días esperaba noticias de casa, su país a oscuras, y cuando las recibió quiso no haberlas recibido porque «Elisa se fue con Camilo» y «Camilo la sacó del país» fueron formulaciones que le devastaron los sentidos al punto de hacerla salir corriendo de la salita, atravesar el pasillo aún desierto y berrear en el zaguán del *prédio* 8 en busca de alguna otra alma a quien pedirle algo, algo que ella no sabía pedir y sin embargo se vio pidiendo clamando exigiendo, agarrada a la reja, una versión inmigrante y okupa de loca Luz Caraballo viendo cómo, sin Elisa para tocar, un, dos, tres, cuatro, cinco, se le iban poniendo feos los deditos de sus manos, y entre grito y llanto hispano quiso explicarle a los vigilantes que le habían robado la hija, pero los vigilantes nomás querían saber quién era ella, qué hacía ahí, por qué los sofás de la sala de estudios estaban vueltos una cama, por qué tenía un carné de estudiante con un nombre y un pasaporte venezolano con otro, por qué había ropa de mujer secándose encima de las mesas, y cuanto más gente llegaba, más preguntas hacían y menos ella respondía porque, Elisa, Elisa, Elisa, se me llevó a Elisa, era lo único que sabía decir, fue eso lo que Sandra escuchó cuando llegó y encontró ese caos montado y tuvo que interceder por ella y tratar de calmar el chisme para que se quedara en eso, en chisme, historia curiosa y conmovedora, en vez de ir a parar en policía y deportación, aunque a Nina estar en Brasil o volver a Venezuela le daba lo mismo en esa hora neurótica asesina mardita, ahora sí vais a ver, Camilo, ahora sí.

Cuando Nina pudo hablar y explicarle a Sandra lo que había ocurrido, las consecuencias tomaron un rumbo menos amargo, con un círculo cada vez más grande de profesores, administrativos y estudiantes curiosos alrededor de ella, algunos ya ofreciendo ayuda y hasta alguna lágrima

solidaria; otros, los menos, fastidiados con el tamaño de la comprensión que la invasora recibía y que a ellos no les cabía dentro, como dentro de la mochila de Nina los vigilantes no lograban hacer caber tanta cosa, un equipaje tan lleno de historia que ni camisetas ni pantaletas entraban ya y tuvo que ir la propia Nina de vuelta a la salita a recoger sus desastres, aunque no hubiera organización capaz de eliminarle a ese espacio universitario la huella de haber sido un refugio, tan lejos de sus funciones, tan lleno de esas materias de que el mundo afuera, tan malnacido, está hecho.

Acostada bocabajo, postura que según Graciela curaba los dolores de barriga, Nina trataba de recordar a quién más podía llamar después de haber recibido estupores y groserías por teléfono que iban del no te lo creo, al bien merecido que lo tienes, pasando por ese hombre se volvió loco y ojalá que no vuelva más nunca, desgraciada, sin que ninguna conversación, si es que todas podían llamarse conversaciones, le hubiese traído alguna información que hiciera que valiera la pena la deuda telefónica adquirida con Sandra y con Horacio, esos dos faros que se cruzaron en su camino y que, hijo y nieta de inmigrantes, se habían forjado un corazón propenso a esos rescates.

La barriga le dolía y Nina comenzaba a pensar que Graciela la había engañado porque nada resolvía esa piedra pesada que le comprimía la boca del estómago, pero tal vez la postura resolviese males cuando el origen era el cuerpo, una comida que cayó pesada, una intoxicación alimentaria, una virosis, pero no los males que venían de repasar una y otra vez imágenes como la que la llevó, en última instancia, a estar en esa situación. La pretina. Ella estaba sentada en el piso con Elisa, ayudándole a hacer una cartelera para una exposición del colegio, una fotosíntesis en foami, cuando Elisa se levantó para buscar agua y Nina vio que el pantalón de Elisa se le había bajado hasta la mitad de las nalgas, vení acá, ¿tan rápido se le venció la elástica?, ¿ah?, preguntó Elisa. Tu pantalón, se te está cayendo. Ah, sí. Estoy más flaquita, más atlética, más elegante, dijo Elisa modelando, forzando un buen humor, como si esos kilos perdidos fueran motivo de celebración y no, no había nada que celebrar, y no, no era la elástica, que estaba nuevecita, era pérdida de peso donde debía haber aumento, era un cuerpo de doce años que necesitaba buena alimentación, con carne y huevo y frutas y merienditas y todo el Toddy que quisiera, en vez de las ecuaciones exhaustivas que ella y Graciela hacían para alargar la comida lo más que se pudiera, porque entre los anaqueles vacíos de las tiendas y la cuenta bancaria llena de dígitos y más dígitos que no alcanzaban para comprar un miserable pollo, cada comida hecha era una batalla vencida. En el momento en que los adolescentes crecen como el monte en los terrenos, en que en un abrir y cerrar de ojos los zapatos y la ropa parecían encogerse, Elisa estaba perdiendo peso y salud y fue esa constatación, la pretina del pantalón de Elisa, la que le hizo decir basta.

Lo pensó mucho antes de buscar a Camilo. Hacía mucho que él no se responsabilizaba por nada relacionado con Elisa, como si Elisa hubiera firmado el divorcio junto con ella, están conmigo o sin mí, había dicho desde la separación y aunque, contrario a lo que ocurría con todas sus promesas, esa amenaza sí que la había cumplido, Nina pensó que la imagen de su hija malnutrida tendría tanto efecto en Camilo como lo había tenido en ella, que ahora pasaba los días queriendo medir a Elisa, viendo o imaginando sus omoplatos y sus hombros y sus rodillas cada vez más huesudos. Pero pensó mal. ¿Ahora sí queréis que te ayude, no? ¿Ahora sí te soy útil? Que las cosas no funcionaban así, le dijo, que si querían dinero de él, tenían que estar con él, que eran familia o no eran nada, que su paternidad no podía resumirse a darles cobres, y cuando Nina habló de obligaciones y de abogados, él le recordó lo que siempre le recordaba, que había sido ella la artífice de la separación; que él no quería, no podía, no soportaba tener que ver a Elisa bajo la supervisión de nadie, como ella había comenzado a exigir después del episodio en el funeral de Chávez; si lo querían tratar como un irresponsable, entonces que no vinieran a hablarle de abogados ni a pedirle plata porque los irresponsables no sabían ni de lo uno ni de lo otro. ¿Qué queréis de mí, Camilo? ¿Qué esperáis? Que volváis. Que volvamos a estar juntos, los tres. Yo estoy mejor, mucho mejor. Vénganse para acá y dejá de pasar penurias, pero cómo decirle que sí a eso, si antes de esas penurias llamadas la Patria hubo tantas penurias llamadas Camilo, y Nina no podía seguir haciendo malabares entre ambas, le tocaba seguir resolviendo sola, como siempre lo había hecho, pero era Venezuela, era 2018, era una inflación de 130,060 por ciento, era tener que juntar doscientos veinte salarios mínimos para comprar la cesta básica. Camilo se hacía el desentendido porque su sueldo estaba lejos de ser mínimo y, aunque así lo fuera, él mantenía el chaleco salvavidas bajo su asiento revolucionario. Se hacía el que no veía, porque en su Caracas, que iba del apartamento en Bello Monte a la oficina del ministerio en Sábana Grande, el legado de Chávez tenía que ser defendido más que nunca pues estaba bajo ataques de fuera y de dentro, había que tener consciencia del momento histórico y, cuanto más apretaba el momento histórico, más duro había que resistir para que más histórico fuera, tan histórico como su deserción de unos meses después, mardito chavista, mardito politiquero, mardito traidor. Ya en la Maracaibo de Nina los ataques eran de dentro y de fuera y la mayoría eran autoinfringidos, y vinieran de donde vinieran, eran tantos que ahora parecía que se vivía entre los escombros y a ella el día se le moría en ir de mercado en mercado, de bodeguita en bodeguita, buscando lo que hubiera al precio que estuviera en el momento que se pudiera, para poder tener qué comer, y antes de poder hacer ese viacrucis, había que lograr vender las tortas, dulces, pastelitos, lo que fuera que se hubiera podido hacer con lo que se hubiera encontrado; ventas que en los primeros tiempos Graciela

resolvía en un dos por tres en la universidad, pero ahora ni sus colegas secretarias y ni siquiera los profesores tenían cómo darse el lujo de comprar semejantes superfluidades, porque los escombros no respetaban ya escalafones ni glamures ni niveles académicos y, aunque algunos ganaran casi tres veces el salario mínimo, eso no significaba nada más que un grado levemente menor de pobreza en el que un profesor universitario del más alto escalón necesitaba más de setenta salarios mínimos para comprar lo básico de lo básico.

De esa Maracaibo en la que su hija y su porvenir mermaban en vez de crecer, Nina se fue y vino a parar bocabajo, a jetear en la cama de unos casi desconocidos sin tener idea de cuál sería el siguiente paso, hasta que las instrucciones llegaron claras y firmes como una consigna en la voz de Camilo, una llamada de larga distancia con el prefijo +1, nada más faltáis vos, ¿qué me decís? ¿Qué te digo, cabrón? Te digo que te podéis ir a la mierda, pensó Nina, porque no había nada más que se pudiera pensar frente a un caradurismo de esos, Camilo preguntaba aquello como si la estuviera invitando a un fin de semana de romance en la playa, como si en vez de historia tuvieran futuro, y no podía ser verdad eso que ella estaba oyendo, tenían que ser los desequilibrios de Camilo hablando por Camilo, apoderándose de él, que declaraba y pedía amor como si en vez de castigo mereciera esa oportunidad, una oportunidad de trece años, uñas comidas y piel nerviosa, que ya estaba ganando peso, altura, argumentos, y heredando estrategias que, había que reconocerlo, eran terribles pero eficientes. ¿Qué me decís? Basta que me digáis la fecha y te compro el pasaje hasta México y de ahí, ya tengo cómo pasarte hasta aquí, dijo con su habitual confianza, una promesa de campaña, nada más faltáis vos, ¿qué nos decís?, el nosotros parecía que pisaba encima de la piedra que Nina tenía en la boca del estómago, pasame a Elisa, Camilo, necesito hablar con ella, pero esa era una necesidad que no podría ser saciada porque no, Nina, vos no vais a ver ni oír a Elisa hasta que estéis aquí, y si queréis pelear y hacer escándalo, lo podéis hacer, vos bien sabéis que no va a pasar nada, dijo con una certeza tan grande de la impunidad, vos pensá la fecha y me decís, una prepotencia que le venía de cuna y de carrera, aquí te esperamos, un autoritarismo ya tan natural, y no te tardéis mucho, no vaya a ser que nos cansemos, una réplica íntima del estilo nacional, nos vemos, sí, Camilo, nos vemos, nos descuartizamos, nos canibalizamos, nos tiroteamos, qué hacer con tanta furia, con tan caliente la sangre, con tan hormigante la ira, una rabia que extrapolaba su cuerpo y se extendía por el apartamento de Sandra y el edificio y por todo el barrio Menino Deus y por la avenida Praia de Belas y por la Orla do Guaíba, y crecía como un hilo de tinta que ensuciaba la ciudad entera y salía rumbo al noroeste del continente, lambiendo ciudades, ríos, dialectos, como una pintada insana y monumental que llegaba al Lago de Maracaibo y se confundía con los derrames de petróleo que ahora parecían noticia diaria

y era una rabia que, a pesar de inconmensurable, al llegar allá se volvía apenas una más, una rabia más que se diluía en esas aguas envenenadas. Una rabia de *mea culpa* por su tanta miopía, por las decisiones personales, familiares, vecinales, ciudadanas, que la llevaron hasta ese momento, por su contribución obrera e intelectual a la versión nacional del panfleto del materialismo histórico y la carencia histórica y la tragedia de la derecha histórica y la aventura cíclica de la izquierda histórica y la opresión histórica y el melodramatismo histórico, enraizados al punto de agarrarse a un líder como a una tabla de salvación, de escuchar a un hombre y quererlo infalible, incontestable, por las ganas desesperadas de creer en el regreso del Mesías, porque ese rescate es más elemental y más heroico y más fácil de contar y cabe en la fe desmedida de los ateos que creen que puede haber paraíso aquí en la tierra, un escenario tan improbable como la vida eterna. Por ese deseo inflexible de vivir el gran momento del cambio histórico e histriónico, adoraron a un hombre al punto de inflar muñecos de veinte metros con su imagen y se convencieron de que no había nada tan normal como construir, piedrita por piedrita, un tótem en cadena televisiva nacional, con el «Gloria al bravo pueblo» de fondo, porque cómo eran de eficientes los himnos y las sinfonías y los coros y las consignas dichas por miles en medio de la marea roja rojita y en medio de las sábanas en las que ella y Camilo se enroscaban, ebrios de orgullo y agitación por sus méritos en la construcción de la Quinta República, cómo era sabrosa y acomodaticia esa certeza de estar del lado correcto de la historia, cómo eran de emocionantes y de persuasivos los puños alzados en coreografía y el puño de Camilo y las coreografías de su cuerpo entrando en ella y ella queriendo más, siempre más, y cómo dolía y cómo explotaba en los pies esa bomba que era haber gastado aliento para inflar tantos muñecos dentro y fuera de casa, y haber guardado tantos silencios en nombre de un entender el momento histórico atrás de otro entender el momento histórico, sin preguntarse qué era exactamente un puto momento histórico y quién decidía qué era histórico y qué no, quién decidía dónde terminaba la historia de un país y empezaba la de una familia, cómo pesaba haberse rendido a la unanimidad como una vocación o un deber, y ahora saber que ya era tarde, ahora, como decía aquel poema de Roque Dalton que a Camilo tanto le gustaba, ahora era tarde, ahora la ternura no bastaba, ahora ella había probado el sabor de la pólvora y ahora la pólvora era bolivariana y era un impensable Camilo apóstata el que la usaba para reventarle la vida.

La castigaba por renunciar, por no conformarse con el estoicismo que era aquello de morir luchando una lucha que ya no era suya, al mismo tiempo que él renunciaba sin siquiera tener los cojones de decirle al mundo que lo estaba haciendo, después de tanto llenarse la jeta con la Lucha, la Lucha, la Lucha, y es que donde ocurrió la Lucha ya no había espacio para nuevas luchas porque la Lucha ya tenía dueño y uniforme,

tenía ídolos y salón de la fama, la Lucha estaba escrita en una mayúscula pesada, antigua, masculina y férrea. Aunque no tuviese nada más dentro, la Lucha era la Lucha y a esa Lucha bien vestidita y bien alimentadita en Miraflores no le importaba que una mujer anónima que la ayudó a existir estuviera viviendo escondida en una universidad brasileña, lejos de todo lo que le era importante, no, la Lucha no quería nada con traidores, los disidentes eran peores que los enemigos tradicionales porque, aun conociéndola tan bien, se atrevían a juzgar la historia imperturbable del socialismo mundial y su hagiografía particular; eran mucho peores porque no entendían, veinte años y tantas capacitaciones y jornadas de concienciación y cursos del Frente Francisco de Miranda después, aún no habían entendido el momento histórico, y que se metieran su momento-derrumbamiento-histórico que ya duraba dos décadas por sus muy soberanos y revolucionarios culos, pensó Nina, encogida en el abrazo de Sandra, pensando en la aleatoriedad de qué carajos hubiera pasado si en 1999 hubiera ganado Irene Sáez, si no hubiera desistido; si esa politóloga exreina de belleza universal hubiera resultado la primera mujer presidenta de la República, con seguridad hoy las crisis del país y de Nina serían crisis, pero serían otras, pero entonces Elisa no existiría, porque Elisa solo fue posible porque la Lucha existió, porque ella y Camilo se encontraron en sus calles, cuando la Revolución era una promesa joven y linda, entonces era mejor llorar y pensar que vendrían otros tiempos menos desgraciados, porque Nina no sabía cómo comenzar a imaginarse un mundo en el que Elisa no existía y no tenía cinco añitos y no salía corriendo desnudita por la casa con las pantaletas en la cabeza cantando con ella *Don't stop me now* o *Another one bites the dust*, dos himnos que ahora parecían burlarse de ella, que no podía estar más detenida ni comiendo más polvo.

PARTE IV

El adulto sois vos, Camilo, vos, le dijo Nina a su padre cuando pasó lo que pasó con ella en el funeral de Chávez, el adulto sois vos. Entre las cosas que Elisa recuerda de ese día, esa es la más permanente, la que más vuelve, la mirada furiosa de Nina recriminándole a Camilo por haberla descuidado, porque después de esa mirada no hubo más Camilo cerca de ella. Ese día ella se despidió de Chávez y de su padre.

Había llegado feliz al velorio y Nina a cada rato tenía que pedirle que dejara la guachafita, que recordara dónde estaban, que no le faltara al respeto al presidente. La muerte de Chávez la entristecía tanto como podía entristecerle a quien tiene siete años y no sabe lo que es la muerte ni cuáles son sus rituales. Ella, a diferencia de sus padres, no lograba mantener a raya la alegría de saber que la noche anterior Nina y Camilo se habían reconciliado después de dos años de estar separados y malhumorados, una reconciliación tan fugaz que no dio mucho tiempo de creérsela.

Hugo Rafael Chávez Frías fue el primer cadáver que Elisa vio y su funeral el primero al que ella asistió. Un acontecimiento colosal, una multitud tan grande que ella solo tiene referencias felices para compararla, como aquel concierto de Queen, en el que Freddy estaba usando la franelilla blanca y los *jeans* claritos, o como aquel otro concierto bien *hippie* en el que se presentaron Santana, Jimmi Hendrix y un montón de gente.

Era eso mismo, pero con gente triste vestida de rojo, una tristeza que bailaba y cantaba y, en vez de escenario, había una sala con el Comandante en un ataúd; en vez de una masa de gente saltando, había filas y filas y filas, filas como ella nunca había visto, filas de *fans*, esos sí parecidos a los de los conciertos, vestidos como se vestía la gente para ir a las marchas, fotos de Chávez por todas partes y, más que nada, los ojos de Chávez en camisetas, bandanas, banderas, pancartas, aretes, gorras, chaquetas, millones de ojos que la miraban desde todas partes.

Dentro estaba él, una urna grandota, rodeada de un montón de gente importante y militares con ropas extrañas. Había uno que parecía que tenía una tapa de sanitario amarrada a la espalda. ¿No te parece, mami? Nina le hizo señas para que se quedara callada y, como Elisa seguía pendiente del cadete con su tapa de sanitario, acabó explicándole que aquello era una mochila de acampar, que ese era el uniforme de gala. Elisa igual siguió mirándolo porque seguía sin entender nada. ¿Por qué alguien necesitaría acampar de repente dentro de la Academia Militar, donde todo era mármol y columnas gigantes? A lo mejor ya estaban previendo que,

con tanta gente, sería difícil volver para sus casas y tendrían que dormir ahí, con el muertico, un muertico tan querido que todos tenían cara de que lo harían con gusto.

Camilo, con seguridad, lo haría. Estaba desolado, él, que hasta donde Elisa sabía, no era muy de familia —ella ni siquiera conocía a sus abuelos —, lloraba como si hubiera perdido a un padre. Elisa lo veía oscilar entre la sonrisa cómplice con Nina, recién reconquistada, y el llanto amargo cada vez que llegaba algún amigo de ellos, amigos de «la Lucha», que ella siempre se imaginaba sin las metáforas que la componían; para ella eran luchas reales, combates de guerra, con trincheras y granadas y balas atravesando cabezas como la de su padre, su héroe particular en aquellos años.

Anduvo todo el día saltando de la mano de Nina a la mano de Camilo, de los amigos de uno a los amigos del otro y a los amigos de ambos, cosa que a ella le encantaba, sobre todo cuando alguien percibía que Nina y Camilo andaban de buenas y comentaba alguna impertinencia divertida, pero la diversión también cansa, aún más cuando hay que disimularla.

Voy a despedirme de Anita, dijo Nina, cuidá a Elisa, ya los alcanzo, nos vemos en el puestico de perros calientes. Para allá iban cuando Camilo se encontró con un fulano y se pusieron a hablar y a llorar y a abrazarse, Patria, socialismo o muerte, y ella, que observaba el mundo a la altura de la cintura de un adulto promedio, se vio suelta de la mano de su padre, presa en una marea de piernas y barrigas variopintas y al mismo tiempo todas iguales, *jeans* y camisetas rojas, *jeans* y camisetas rojas y los ojos de Chávez, que no la cuidaron cuando una mano agarró su mano, una mano áspera y ajena que la haló a contracorriente.

Elisa recuerda que lloraba y llamaba a Camilo, pero la gente debía pensar que ese extraño era su padre y que lo suyo no era pánico sino una pataleta, y ella solo se acuerda del toque áspero y ajeno de esa mano, del pelo grisáceo y grasiento de ese hombre que no era su padre, de las barrigas impávidas que pasaban a su lado sin la menor intención de salvarla.

Elisa no sabe cuánto tiempo pasó ni si el cansancio que sintió después fue porque el tipo la hizo caminar mucho o porque fue mucho el esfuerzo berrinchoso hasta que, ya saliendo del bululú, en la parte donde estaban los autobuses estacionados, el chofer del bus que las llevó hasta Caracas la reconoció y empezó a gritarle al hombre, que de inmediato la soltó y se fue corriendo en dirección a la multitud uniformada donde jamás de los jamases podría ser reconocido. El adulto sois vos, Camilo, vos, repitió su madre sin parar, amalgamada con ella en un abrazo tembloroso, cuando él tuvo la cachaza de echarle la culpa a Elisa por soltarle la mano.

Ahora ella tiene trece, ya no ve el mundo desde la cintura sino desde el esternón de las personas y el adulto sigue siendo Camilo y sigue soltándole la mano. Han pasado tres semanas desde que llegaron y

tuvieron que irse a esa posada, una *bed and breakfast* cerquita de la playa que ella no puede visitar sola porque no puede salir sola. Camilo nunca quiere dejar la habitación, porque dice que se siente mal, que capaz y tiene anemia otra vez, entonces ella está casi siempre sola haciendo varios nadas.

Viajó todo ese montón de kilómetros, por tierra y por aire, para acabar así, otra vez cuidando gente triste, qué parecidos son los tristes, ella quisiera poder ser triste como Graciela o Camilo, pero no puede, ella es hija de Nina y no sabe hacer eso de echarse a morir. Otra vez, aunque en inglés y con cobres, está teniendo que jugar a ser adulta, cuando lo único que quiere es que la dejen tener su edad en vez de andar lidiando con fugas y divorcios y secuestros. Qué cosa tan ridícula que le digan secuestro a esto que Camilo propuso y que ella aceptó hacer. Qué extraños son sus abuelos, qué extraños y qué ricos.

El mejor momento de su día es cuando las gemelas, hijas del dueño de la posada, bajan a la piscina. Las tres se broncean juntas, machucando el inglés y el español para llegar al entendimiento básico, el territorio común mínimo que les ha permitido entender que es Elisa la que cuida de todo. Es ella la que pide comida y limpieza en el cuarto, la que manda a lavar ropa y reclama sobre la calidad de la televisión por cable. Mientras tanto, Camilo, el padre, apenas recibe y paga las cuentas en su tarjeta de crédito. Sin esa única prueba de su existencia, las gemelas apostarían que él era apenas una ficción de esa muchachita venezolana tan de armas tomar.

Pero la adultez de Elisa termina ahí, en los linderos de la piscina del hotel, en las palmeras que anteceden a la cerca, en el pórtico con sus lucecitas bonitas, en el cuadrado de mar que logra ver desde la ventana. El otro cuadrado de mundo posible, la otra ventana, la perdió cuando llegaron. Se metió a bañar y al salir vio su celular vuelto añicos. Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro, el número de teléfono de Nina a la cabeza como un conjuro. Fue un accidente, le dijo Camilo. Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro. Uno de esos siniestros convenientes, continuación de «tu madre no va a hablar con vos hasta que no venga». Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro. Ya veremos, pensó Elisa.

Tal vez sus abuelos no sean tan extraños, tal vez simplemente no les de miedo ponerle nombre a las cosas. La supuesta adultez de Elisa no combina con el desamparo que la hace pasarse el día en la piscina, sumergida cuando las ganas de llorar son muchas, bronceándose cuando las ganas de llorar se calman. Nina está pensándolo, eso es lo único que sabe. Mientras su madre lo piensa, ella apacigua la espera con sol. Está bronceada como nunca, es una caraotica roja.

Tu papá es fantástico, le dice la voz de Google Translator, bajo el comando de Lauren, una de las gemelas, la más simpática, pero, ¿dónde está tu mamá? Elisa toma el celular y comienza a teclear, piensa si debe dar alguna respuesta evasiva o si es hora de pedir un SOS y ver qué pasa,

cuando Louise, la otra gemela, grita desde la escalera, *Grandpa woke up! He woke up*!

Lauren sale corriendo eufórica, el abuelo estaba en el hospital y el pronóstico no era bueno, así que el despertar es una noticia estupenda. Es también el empujón que Elisa está necesitando, un pedido de socorro sin escándalo y a un WhatsApp de distancia porque el celular de la amiga continúa en sus manos.

Más cinco ocho cuatro veintidós seis once cero nueve cuatro cuatro. Guarda el número de Nina entre los contactos. Manda un mensaje de audio bajito y lloroso, mami, yo sé que estáis muy brava, pero tenéis que venir, por favor, vení. La exigencia así, seca, después de todo lo que ha pasado y cómo ha pasado, la hace sentir extraña, malcriada, aunque en ese momento no sepa definirlo.

Sabe que no falta mucho para que Lauren vuelva por su teléfono, no hay evento que aleje a una adolescente de su celular más de algunos minutos. Entonces lo apuesta todo y la sensación de malcriadez se le vuelve delación, ahora se mueve entre traiciones, no hay cómo ser amigo de dios y del diablo si no se sabe quién es dios y quién es el diablo, porque parece que se turnan: Camilo no me deja hablar con vos. Este teléfono es de unas amigas. Mami, perdoname.

Listo, está hecho, sea una salida o sea apenas más daño, está hecho. Antes de devolver el teléfono, borra los mensajes, que aún no han sido escuchados en el momento en que Lauren llega corriendo a buscar el aparato para poder postear el acontecimiento familiar. *He really woke up, he's fine*, ella dice y Elisa la mira sin entender, hasta que el traductor le cuenta que ha habido una resurrección y Elisa se alegra, por las gemelas y por ella misma, pues un regreso de esos tiene que ser un buen augurio.

De vuelta al cuarto, encuentra a Camilo bañado, afeitado, sonriente, una imagen que le duele, porque mientras ella estaba pidiendo rescate, su padre hizo un esfuerzo de entusiasmo. Vamos a cenar con tus abuelos, le dice, y Elisa se siente un poquito mejor de que esa recuperación no haya sido un intento de cumplir su papel de buen papá, sino una reacción de hijo, piensa Elisa y se ríe, un hombre de ese tamaño lloriqueando por sus padres.

Estamos bien, Nina está organizándose para venir, dice él. Estamos bien, ya estoy en contacto con inmobiliarias en Houston, estoy buscando cerca de Katy, a Elisa le gustaron las fotos. Estamos bien, sí, Elisa está usando suficiente protector solar. Ella mantiene la boca cerrada porque en la familia la que tiene vocación de teatrera es Nina y Elisa no heredó esos genes, si las preguntas estuvieran dirigidas a ella, vomitaría un no, no y no, por supuesto que no, porque no iba a adornarle la realidad a esa mujer a la que debe llamar abuela, cuya mirada la hace sentir tan incómoda.

Hoy la gentileza del susto de la llegada ha sido sustituida por un deliberado examen de Elisa. Se siente cosa mínima, microbio raro bajo los ojos de lupa de una señora que hace diez minutos estaba escogiendo un vino en vez de agarrar cualquiera y bebérselo rápido, como si fuera agua, que es lo que ella necesita en verdad, ponerse bien borracha, a ver si se le quita un poco lo sifrina.

Elisa piensa en Raúl, en quién sería su abuelo en esa mesa, quiénes serían Nina y Graciela en medio de esa gente, quién es Camilo en la familia de él, quién era Camilo en la familia de ella. Es difícil encajar a su padre, parece que no cabe en ningún lugar. Padre, esposo, hijo, hermano, heredero, funcionario público, político, militante, una amplia colección de pérdidas y desistencias y aunque algunas hubieran ocurrido mucho tiempo atrás, las heridas parecían tan frescas que no podían ni mencionarse porque la anemia de Camilo empeoraba. La anemia, o la gripe, o la virosis, o cual fuera el mal que estuviera manteniendo a su papá bajo las cobijas en ese momento.

El lugar de su padre, ese hombre nervioso que ataca los camarones rebozados con una fiereza que está enervando a su madre, es la fuga. Camilo debe ser de ese tipo de gente que viaja y nunca deshace el equipaje, no importa si va a estar tres o treinta o trecientos días en ese lugar. Un hombre con la mochila de campaña siempre al hombro, listo para escapar de todas sus funciones cuando la vida aprieta. Pero eso todos lo han aprendido de la peor manera, Camilo, Camilo, Camilo, cuando lo van a buscar y solo ven la estela que dejó. Nina está pensándolo, claro que Nina está pensándolo. Ella no debía haber puesto a su madre en esa situación. Nina nunca huía de nada. Nina llegaba a cualquier parte y en minutos ya la volvía su casa.

¿Es bueno el hotel? ¿Qué tal la comida?, le pregunta su abuelo, esta vez transformado en un señor amable. Debe estar arrepentido de haberla tratado como lo hizo, o mejor dicho, debe estar arrepentido de no haberla tratado, porque el otro día no existió más que como el motivo de una pelea fea, muy fea. La comida es buena, ella no sabía que le gustarían tanto los frutos del mar. ¿No los habías probado? No, nunca. No, señor, Elisa estaba en Maracaibo, siendo pobre, tomando *bebida láctea* y esa cosa horrorosa llamada proteína de soya, que sabía a Perrarina pero era más barata que la Perrarina, acuérdese. Pobre señor rico, ningún esfuerzo vale. Él no sabe que, al haber un Raúl en la historia, no tiene el menor chance de ser un abuelo de verdad.

Bueno, ¿y cuáles son los planes? Hay que buscarle una *high school* a esta muchachita bonita, cerca de la casa hay una. Elisa siente su rostro hirviendo, lava impúdica, porque escuela significa permanencia, cerca significa relación y «Nina está pensándolo» significa que quién sabe, quién sabe, quién sabe, ¿por qué no lo piensan mejor y, en vez de irse para Katy, se buscan algo más cerca, dice la abuela, yo estuve hablando con Magaly,

que trabaja con *real state*, y me dijo que… ¡Chavista hijueputa! El grito de un desconocido llega ya con un empujón que tumba a Camilo de su silla. ¿Qué coño haces tú aquí, ah? ¡Comiendo langosta y bebiendo vino, así sí es bueno, pedazo de mierda chavista! El hombre es enorme como su furia, dos metros y ciento cincuenta kilos de arrechera y odio que los dos vigilantes del restaurante no logran quitarle a Camilo de encima.

Alrededor, otras voces repiten insultos, varios celulares graban la hazaña y a los abuelos no les cabe más vergüenza en la cara, por favor, no nos grabe, nosotros no somos chavistas, jamás hemos sido chavistas, por favor, esto es un error, nos están confundiendo. ¿Por qué no estás en tu comuna, pasando hambre? Los vigilantes logran levantar al hombre. Camilo en el piso, una humillación silente. ¿Tú crees que no nos acordamos, maldito tuerto? Aquí no vas a tener un segundo de paz, maldito chavista, lo puedes anotar.

La cena es cortesía de la casa, les dice el gerente a los abuelos, clientes de siempre, mil disculpas. No, no, nosotros somos los que debemos disculparnos, dice el abuelo, y Elisa no entiende por qué exactamente se está disculpando él. ¿Por Camilo? ¿Por estar ahí con Camilo, su hijo, que acaba de ser atacado por ese animal? ¿Esa es la familia en la que Camilo creció? Elisa comienza a comprender por lo menos una de las fugas de su papá.

Los cuatro salen del restaurante en medio de abucheos. No hay forma de que Camilo levante el rostro. Para donde mire debe haber vergüenza, Elisa no sabe si de ser chavista y, a pesar de eso, estar ahí, o de ya no serlo y, por eso, estar ahí. En todo caso, vergüenza de estar fuera de lugar. Elisa sí que mira, ella está asustada, pero quiere mirar bien, fijar los rostros de aquellos a los que debe tenerles miedo.

El rojo escurre por entre los dedos pequeños de Elisa y tiñe por unos segundos el lavamanos. Elisa limpia el rostro de Camilo, un corte pequeño pero escandaloso en la boca continúa sangrando. En sus ojos ausentes, enrojecidos, Elisa ve un sentimiento que ella todavía no tiene tamaño para saber cuál es y la agobia una sensación de culpa por no haberle dado todo el cariño que él necesitaba esas semanas. Contagio, tal vez.

Papi, ¿por qué no respondiste? ¿Por qué no te defendiste? Elisa siente la mirada de Camilo volver al aquí y ahora, y era mejor que no hubiera regresado, porque el no sé que él responde viene con un llanto que ella nunca había visto en adultos, mucho menos en adultos hombres. O sí sabe, pero no quiere saber. El adulto sois vos, Camilo. Elisa hace lo que haría con un niño, recuesta la cabeza de él contra su pecho y lo deja llorar, llorar, llorar, sobándole el pelo, su boca aún borboteante ensuciándole la franela.

Elisa aprende, esa noche, entre los balbuceos de Camilo, que los llantos

adultos no se acaban con chucherías ni con planes de ir al parque. Los llantos adultos se acaban por cansancio y, lo más importante, los llantos adultos, aunque puedan tener un motivo claro, como el ataque, nunca se conforman con ese motivo, así que van convocando otros, Elisa, tu mamá no quiere aceptar el pasaje, no quiere nada, y otros, no sé qué vamos a hacer, no sé para dónde vamos a ir, no sé cómo cumplirte, y al final del llanto, ya en el agotamiento, no recuerdan por dónde comenzaron.

Elisa se asusta, ¿qué pasa con Nina, que no reacciona, en serio la va a dejar a su suerte con ese desconocido? Eso es Camilo para ella, un desconocido, y ella está varada ahí con él. Quiere conocer a ese desconocido, pero no sabe si él quiere que alguien lo conozca. A veces parece que Camilo intentara resetearse, empezar de cero y que todo el mundo concuerde con su inauguración. Su padre es un posible hombre bueno que no sabe ejercer.

El teléfono de la habitación suena. Son las gemelas, que preguntan vía Google Translator si Elisa quiere bajar, van a cantar karaoke en la piscina y a asar unos T-bones. Ella no sabe qué es eso, pero suena sabroso. Andá, le dice Camilo, y en la rapidez y tosquedad de su respuesta, Elisa entiende que prefiere estar solo. El momento que tuvieron fue eso, un momento, y ya se acabó. Se cambia la camiseta manchada de violencia y baja corriendo a ser adolescente, a olvidar un poco el tamaño del rollo en que está metida con la ayuda de dos loquitas gringas que desafinan canciones de Justin Bieber.

Sabroso, de hecho, muy sabroso y muy grande el T-bone que el papá de Lauren y Louise le pone en el plato mientras le dice alguna frase que se pierde en el limbo idiomático, porque las gemelas le responden también en inglés y todos se ríen sin que ninguno de ellos se preocupe en traducir en ese momento. Por suerte, antes, cuando llegó la respuesta de Nina al celular de Lauren, sí que se preocuparon. «Soy la mamá de Elisa. Necesito que le den mi mensaje, por favor, díganle que la estoy yendo a buscar, que confíe en mí».

La invitación a esa noche, que era a todas luces una noche familiar, íntima por definición, era una emboscada. *Tell us what's happening, Elisa, please. Do you need help*? No, no, es solo que mis papás están peleados y mi papá no me deja hablar con mi mamá. *Why doesn't he let you speak with her*? No sé, no sé, *but it's ok, look, she is on her way*, replica la voz del Translator, ella está en camino, mi mamá está en camino, ¿le puedo responder? *Are you sure you don't need help? Sure*, segura, segurísima. Nina había decidido atender su llamado y ese era el único heroísmo que ella quería, debía y podía esperar.

Cuerpo en transe, piel dispuesta, manos en viaje a través de sí misma; un paréntesis de paz en medio de tanto atropellamiento para donarse a la increíble y subestimada sensación del agua caliente en la epidermis, cuero protector tan ávido de cariño, la posibilidad de dejarse llevar a mejores momentos. No pensó que México sería una posibilidad tan rápida, pero Sandra tenía razón cuando decía que aún había gente buena y que esa gente buena no siempre se quedaba callada, porque bondad y acción iban juntas o se anulaban, Sandra tenía razón, tenía firmeza, tenía voluntades que Nina no sabía que pudiesen llegar a logros tan socorristas como ese de haber hecho una vaquita entre la gente de la universidad y vecinos y familiares y allegados y tantos otros que aún estaban conmocionados con su historia digna de programa de TV, una cadena de favores que la llevó hasta la posibilidad de ese orgasmo en un baño de hotel en una ciudad mexicana, ventura colateral de un viaje para recuperar a una hija en fuga.

El primer ímpetu de Sandra había sido denunciar, llamar a la prensa, pero entre llamadas e *emails* comenzó a entender que la burocracia de probar que un niño había sido substraído truculentamente ponía un laberinto perezoso y aranero donde debía poner caminos rectos y velocidad; que entre cancillerías y consejos e instituciones el nombre de Elisa podía perderse durante años en medio de carpetas, gavetas, archivos, costumbres venezolanas, mientras su cuerpo era llevado por rutas, ciudades, prejuicios, paisajes estadounidenses. Camilo tenía dinero, conexiones e ingenio; para revertir la situación ellas tendrían que saber darle la vuelta a esas capacidades casi omnipotentes, y cualquier veterano en ese oficio duro de ser venezolano y latinoamericano sabía que no era contando con las leyes y las autoridades que se lograba esa proeza, pues las herramientas de Camilo maleaban a conveniencia las unas y las otras. Por eso, frente a su chantaje, la opción de Nina había sido confiar en su antigua capacidad de driblar manipulaciones, por eso estaba en México, como él quería, fue del DF a Ciudad Acuña, en Cuahuila, como él mandó, pero no estaba usando su dinero, ¿cómo hiciste para viajar?, y eso le disparó todas las alarmas, ¿de dónde sacaste esa plata?, porque una Nina capaz de llegar tan lejos no era la Nina en harapos, toda vulnerabilidad, que él esperaba, y esperaba mal, muy mal, porque aun con toda su experiencia en colaboración comunitaria y su contacto con redes de madres y mujeres organizadas, no creía que fuera posible que hubiera tanta gente, tan remota y desconocida, dispuesta a darle a él en la madre, ¿dónde estáis?, setecientos metros separaban su cama de la línea que dividía el Puente Internacional en dos, versiones A y B de la historia,

Acuña y Del Río, Cuahuila y Texas, Méjico and Iuesei, lo mismo pero más barato, decía el eslogan de las Farmacias Similares, donde Nina compraría un antiácido para calmar la quemazón que el picante inédito del desayuno del hotel le dejó en la boca del estómago antes de llamar a Camilo, ¿y ahora qué?, y que el fuego se mudara al otro lado del teléfono. Ahora te mando a buscar, ya tengo el contacto, unos muchachos de Maracaibo, ¿podéis creer?, preguntaba él, fingiendo un tono gentil, obviando el hecho de que esa no era una conversación de amigos, sino una negociación de secuestro y de traspaso ilegal de fronteras y que alrededor de ellos no debería haber vacío sino policías y ese diálogo debería estar siendo grabado y una heroína a lo Olivia Benson debería estar haciéndole señas a ella para continuar conversando mientras ellos ubicaban la localización exacta de Camilo y cuando lo hicieran, un montón de camionetas negras lo rodearían y los policías entrarían y rescatarían a Elisa, lástima que la vida real tuviera tanto de autosecuestro, lástima que a pesar de la falta de cabeza y más allá de la ceguera que impone el dolor, Nina reconociera en la actitud de Elisa, a sus trece años, el germen de barrabasadas suyas a los quince, veinte y treinta, menores impactos pero iguales semillas, una necesidad de enderezar el mundo a cualquier precio, la tendencia a actuar primero y pensar después, el mal consejo de pedir perdón en vez de pedir permiso, que Camilo también seguía, por lo que esa conversación exigía tacto e histrionismo, ¿qué te parece si ustedes dos vienen para acá y aquí vemos qué vamos a hacer?, preguntó Nina, cagada de miedo por la posibilidad contraria, la opción alucinante de Camilo, «te mando a buscar», que en realidad era pagarle a alguien para que la ayudara a llegar a la otra orilla del Río Bravo, donde ya no se llamaba Río Bravo sino Rio Grande, y después solo Dios sabría, y a veces ni Dios sabía, Acuña y Piedras Negras rebosantes de inmigrantes, estampida de criaturas que querían llegar a los Estados Unidos, pero les habían trancado la puerta en la nariz y mandado a esperar hacinados en refugios en la frontera, Roraima mil veces repetida, lugares en los cuales era tan poco el espacio que parecía que ni siquiera Dios cabía, por mucho que lo llamaran y le quisieran hacer un rinconcito, tengo miedo, le dijo, las cosas están muy feas, Camilo, pero del otro lado hubo un suspiro, la incerteza carcomiente del yo te aviso, voy a pensarlo; la constatación de que la voz llorosa de ella, antes infalible, ya no era capaz de convencerlo, para ustedes es apenas cruzar un puente, Camilo, y él repitiendo, yo te aviso, yo te aviso, ella juntando porfavores con órdenes, estoy en la calle Ocampo, 250, Hotel Prado, habitación cinco, los espero, y Camilo colgándole el teléfono, ya sin gentileza, negociación dura en abierto, ya te dije que yo te aviso.

A la espera de un aviso estuvo toda la tarde caminando por las calles que corrían en paralelo al río, coqueteaba con la idea del nado y lanzaba hipótesis sobre su agilidad en el agua, imaginaba cuánta fuerza le habían costado los últimos meses, ¿o ya eran años?, de mal comer. Hileras de

casas simples, la mayoría con patios llenos de chécheres y chatarras, tenían el agua al fondo como una especie de muro natural. De vez en cuando una vereda libre dejaba asomarse hasta el margen y fue al seguir una de esas callejuelas que Nina metió las manos en el agua para sentir la temperatura de abril y, con el toque y el olor fuerte de río intoxicado, le llegó la imagen de su boca atapuzada de algas y arena, su cuerpo hinchado de agua golpeando las piedras en algún meandro, masa de carne ya ajena a cualquier vida y cualquier dolor, a no ser el dolor de aquellos que leyeran en la prensa o vieran en el noticiero la cédula desteñida descubierta en la mochila y el amuleto que le colgaba del cuello, impotente frente a salvaciones tan exigentes, cuando la única salvación posible fue la que le mostraron dos niños con su madre, que se bañaban algunos metros adelante, alegres y vivos, muy vivos, y atrás de ellos el puente, una cosa tan chiquita, una distancia tan recorrible entre una orilla y otra, que las algas entre los dientes de repente quisieron parecerle una exageración, estadísticamente lo eran, cifra nimia frente a la cifra grotesca de la caravana de inmigrantes, desfile que no paraba, solo cambiaba de acentos conforme cambiaba la historia, a quién le tocaba la mayor mierda en qué año, porcentaje enano el de los cuerpos hinchados de agua, porcentaje mayor el de los deshidratados en el desierto, pero a quién le importaban las estadísticas, si cuando la tragedia llegaba daba igual si su difunto había sido excepción o regla, no había probabilidad, matemática, fórmula capaz de ajustar el peso de una falta, la falta que ella le haría a quién, una falta que no sería noticia porque hoy ella se faltaba inclusive a sí misma.

Yo te aviso, Nina, dejame pensar; pensando debía estar Camilo mientras ella bordeaba el muro ridículo que a su vez bordeaba la entrada del puente, como un niño egoísta escondiendo sus juguetes caros para que nadie los vea, como si al mirarlos les fueran a echar mal de ojo, un ocultamiento que de nada servía, pues desde infinitos puntos de Acuña se veían no solo el puente, como los secretos del río y hasta las promesas farfullas que habitaban en la otra orilla, ridículo ese muro y ridículo, desgraciado Camilo, que a esa hora debía estar sacando cuentas y viendo qué tanto ella se podía morir, o qué tan complicado sería que la dejaran presa, o qué tan grave sería que la deportaran y acabara en uno de esos refugios como el que ella ahora estaba espiando al final de la calle, mirando como quien no quiere mirar; Camilo concluyendo tal vez que ninguno de esos escenarios era tan grave, la muerte nomás, pues entonces él quedaría atascado en un dúo cuando lo único que quería era ser tres, era ya noche y no eran tres, ella tenía sueño y no eran tres, ella dormía y no eran tres, era mañana y, buenos días, estoy buscando a Nina, ahí llegaba el hombre que prometía, como paquete turístico, una vida de tres del lado correcto de la frontera.

Yo soy el Perro, dijo el coyote, y ciertamente tenía voz de perro y cara de perro, pero no de pitbull, como la profesión debía exigir, sino más bien

de cocker spaniel, una nariz chiquita y redonda, ojos pidones, orejas largas como dulce de limonsón. Me manda Camilo. Venía bien vestido, barba hechecita, oloroso. No tenía cara de criminal y tal vez él mismo haya sido responsable por el apodo, un intento de compensación por la falta de peligrosidad que su cuerpo entregaba. Capaz y en su cara de cachorrito con miedo y en su *look* de joven pasante en empresa de administración residía el secreto de su éxito en el negocio, un pica-pasito de los peores, no una gente transparente como ella, una mujer arrecha pero muerta de miedo que solo logró calmarse un poco cuando el Perro le dijo que esa noche no sería la noche porque le habían dado el pitazo de que estaba pesado el movimiento de la patrulla fronteriza por el punto de ellos, así que habría que esperar otro día, ¿en cuánto te están cobrando la noche?

Nunca esperó que su coyote se quedara en el mismo hotel que ella, ni que le brindara la cena ni que la paseara por la ciudad, que de noche tenía una vida diferente en la que el río, a oscuras, perdía un poco de su omnipresencia, pero se dejó llevar porque a ella el dinero no le sobraba y, si el tipo estaba bajo órdenes de Camilo, entonces lo mínimo que podía hacer él, si esperaba que ella se tirara al río, era asegurarse de que aquellas que podían ser sus últimas horas y comidas fueran decentes y, más que decentes, fueron entretenidas; Nina sintió que no era ella la que estaba ahí, en una situación que le parecía tan de otras personas, de otras historias, Camilo había hecho de su vida algo inverosímil y, entre una cervecita y otra y un leve flirteo, Nina le sacó la biografía al Perro, que resultó ser, no solo de Maracaibo, como Camilo le había dicho, sino del barrio Teotiste de Gallegos, cerquita de San Jacinto, donde ella misma había crecido, y aunque no conocían a nadie en común más que a Camilo, a ambos les dio en el corazoncito la congoja boba y patriótica que da el estar lejos de casa y poder hablar de paisajes y panaderías y canchas y puesticos de hamburguesas y líneas de autobuses y que haya un interlocutor apto para entender en plenitud las minucias de ese espaciotiempo que quedó atrás a la vez que estaba tan aquí-ahoradentro-bienadentro.

Ella preguntó y contó, preguntó verdades y contó verdades y mentiras, versiones que la ayudaron a ganarse ese hombre, territorio tomado por Camilo y la plata cochina de Camilo, y supo que el béisbol era el sueño perdido, que era un pícher de primera línea y en Maracaibo le habían puesto el ojo, había casi firmado contrato con las Águilas del Zulia y ya veía posibles y bonitas casas para comprarle a su madre, fuera del barrio, cuando se lastimó el hombro y el sueño se le acabó antes de empezar, y cayó otra vez de cabeza en el barrio, jodido en el barrio, casi le dio por morirse, pero a un primo suyo le dio por irse a los Estados Unidos y le metió la idea en la cabeza y eso le salvó la vida, no haberse ido a la gringa, sino haberse hecho un plan, cualquier plan. Se fueron como turistas y ahí se quedaron, pidieron asilo después, dijeron que Chávez esto y Chávez aquello, a él le dijeron que sí y al primo le dijeron que no, y se

equivocaron de primo porque el escuálido y perseguido era el otro, el guarimbero era el otro, a él las vainas le cayeron de rebote y aunque se tripeara una guarimba, lo suyo era el bochinche, explotar, quemar, joder vainas, fuera del lado que fuera, y aunque juró y probó y justificó que Chávez esto y Chávez aquello para poder quedarse, lo cierto era que Chávez nada, si hasta su madre aprendió a leer y a escribir en la misión Robinson y eso a él no se le olvidaba jamás, la alegría de su madrecita santa escribiendo ella misma el cartel de «Se venden tortas», eso no hay crisis que se lo quite, y para esa conexión Nina ni siquiera tuvo que mentir, ahí ya era Raúl quien movía los hilos por ella, mi papá fue profesor de Misión Robinson, daba clases en el INCE de Bella Vista, contó Nina, mientras buscaba en su celular una foto de Raúl. El Perro hizo lo propio y buscó una foto de su madre en Walmart. Que Raúl tenía cara de buena gente, dijo él. Que la señora tenía cara de guachafitera, dijo Nina, que debía estar aburrida con los gringos. Mi mamá está en Maracaibo, dijo el Perro, parece que estuviera atornillada allá, en vez de venirse de una buena vez, se la pasa haciendo planes, negocios, queriendo que compremos casas y locales allá para cuando la cosa mejore, la vieja dice que prefiere ser rica allá con los dólares que yo le mando que medio pobre aquí. Peor está la mía, que solita y pobre y todo, no quiere salir de allá, dijo Nina. ¿Y tu papá, dónde está?, preguntó el Perro, y ella le mostró el amuleto, debe andar aquí cerquita, cuidándome. Que Dios te lo tenga en la gloria, mami, dijo el Perro con una sinceridad que le aguó los ojos a Nina. Amén. ¿Y vos qué vais a hacer aquí, reina, venís a encontrarte con tu marido? Marido, nada, Camilo es mi ex. ¿Y entonces? Entonces que el desgraciado se me trajo a la muchachita. Vengo por mi niña. Esa vaina no se hace, dijo el Perro, ya sabía yo que ese pajúo no me daba buena espina, pero pajúo o no, por ahí acabó la conversa porque, el Perro podía parecer buena gente, pero buenas noches, mami, plata era plata y Camilo era quien la ponía.

Café en mano, el hombre tocó a la puerta de la habitación de Nina a las cuatro de la mañana con el estrépito de que el paso sería en media hora, que le habían dado un dato de oro y que era ya ya ya, decía el Perro mientras repetía las instrucciones que ya le había dado: dos muditas de ropa, los zapatos más cómodos que tuviera, nada de inventos de maletas, una mochila del tamaño de la mochila quemada de Nina, e inclusive esa mochila podría ser dejada antes, durante o después de atravesar el río, si así fuera necesario; los documentos iban en un saquito plástico sellado y si ella no tenía, él le podía dar uno y, calma, calma, pidió Nina, a medio camino de la vigilia, el entendimiento nublado, la boca de fruta fermentada, ya va, ya va, ya va, yo no me he decidido, y es ahora o no es, le dijo el Perro, que de madrugada y listo para la guerra no parecía tan

simpático como la noche anterior, pero igual se le aguarapó todo cuando ella no logró controlar el miedo y las lágrimas empezaron a gotear y sus cachetes no sabían qué hacer con ese líquido que ella normalmente no dejaba caer y le dio frío en el cuerpo y calor en el rostro. El Perro la miraba mientras ella recogía sus cosas, lagañosa y atolondrada en un vaivén de caos y pánico y mocos y lágrimas, y en ese vaivén la dejó un tantito más, unos minuticos de abismo, perversidad estratégica, antes de sugerirle, a menos que queráis hacer algo diferente, reina, la opción que debía estar en su cabeza desde antes de haber tocado a la puerta para hacer todo ese teatro, maldito manipulador, cuentacuentos del desespero. ¿Hacer qué, Perro?, preguntó Nina previendo cualquier babosería y ya casi diciendo que sí a todo. Yo sé dónde está Camilo, dijo el Perro. Ya vi a tu chamita. Están aquí cerquita, esperándonos, en un hotel en Vega Verde, pasando el puente. Él está pagando dos mil dólares por vos, pero la verdad es que ni él ni yo tenemos cómo asegurarte que no te van a devolver como han echado para atrás a todo ese gentío que está como arroz en los refugios desde aquí hasta Matamoros. A mí me da vaina con vos, que parecéis pana. Si yo hubiera sabido en lo que él andaba, no hubiera hecho negocios con el culiao del ex tuyo, mami, el huevón se hace el pica-pasito. Dejame ponértelo así: si superáis lo que él está pagando, yo te resuelvo tu problema y que se joda el tuerto. ¿Cuánto podéis ofrecer?

Nada más la vi bajarse del carro y ya entendí que era verdad aquello que dicen, «el hambre es mala consejera». Yo que dije tantas veces no, que rechacé tantas ofertas que Olga llegó a decir que lo que me faltaba era hacer un *casting* para ver quién merecía que le vendiéramos la casa, y mirá dónde vinimos a parar, Raúl. Me tardé demasiado en creerme el tamaño de lo que estaba pasando, como de costumbre.

(Bien que yo lo sé).

Creí que habría un mejor momento y lo único que hubo fue un momento peor, mucho que cualquier otro momento, al punto de que no nos quedó de otra sino atender lo que ya no eran consejos sino exigencias del hambre.

—¿Hace mucho que están queriendo vender? —pregunta la muy caradura. Viene creyéndose la madame, como si uno no supiera quién es y de dónde salen tantos cobres de la noche a la mañana; como si ella no supiera que uno sabe.

Las ganas que tenía son de ni siquiera dejarla entrar en la casa, de devolverme para el cuarto y seguir llorando, que es lo que mejor sé hacer últimamente, pero los días de llanto y colchita sucia se acabaron, Raúl, porque viniste vos, porque Elisa se fue y porque Nina me espera.

—Es una decisión reciente. Me hicieron ofertas, pero yo no me quería ir.

(Ahora, por motivos de desespero, vendemos, rematamos, regalamos acogedora casa en vecindario clase media, medio baja, medio pobre).

—Umm. ¿Cuántos metros cuadrados?

¿La estáis viendo, Raúl? Vela cómo mira todo con esa nariz levantada y esa cara de indigestión.

(Concentrate, Chelita, concentrate).

De Teotiste de Gallegos, repostera de toda la vida, analfabeta hasta los cincuenta y pico, me contó Nina, y mirala ahora tirándosela de gran cosa, pobre a la que se le olvida que fue pobre y que no entiende que puede volver a serlo en cualquier momento, basta que le metan preso al hijito en uno de sus vaivenes. Vela examinando las paredes, los pisos, las puertas, estudiando nuestros rastros, jurungueando la historia presa en las comisuras de la casa, como si realmente estuviera avaluándola.

—La casa tiene 95 metros cuadrados, dos pisos, con cuatro cuartos y dos baños y medio; pisos de cerámica en toda la casa.

(Que permiten las mejores patinadas en medias de la región, Elisa que lo diga).

Pero ella y yo sabemos que nada en esa revisión va a definir realmente la

cifra, que nos van a ofrecer un valor ridículo que ella y el Perro determinaron antes de siquiera poner un pie aquí; una limosna más miserable cuanto mayor sea el grado de desespero que uno demuestre. Lo que el hijo hace allá, ella lo hace aquí. Se abre una herida, ellos llegan. Emprendedores zamuros.

—Esta es una salita de estar.

(Donde yo sé que cabe un sofá-cama de dos puestos, aunque nunca lo haya comprado).

—La silla colgante se viene conmigo, es que era de mi marido, que murió.

(Aquí presente, mucho gusto, pero no se asuste, que junto con los chécheres nos vamos los fantasmas).

—Que en paz descanse.

¿Estáis en paz, Raúl? No me habéis contado ni eso.

(Concentrate, Chelita).

—Y esta es la sala, los muebles se quedan, el juego de comedor se queda, la consola, el televisor y el equipo de sonido también.

—Es grandecita, lástima ese color vino tan oscuro.

(Y así se va a quedar, porque sabemos que, color vino o no, la falta de pintura es una de esas justificativas que ustedes van a usar para desangrar el precio, entonces haga su teatro, que nosotros, los vivos y los muertos de esta casa, hacemos el nuestro).

—Si supiera que le dio un aire elegante a la sala —le digo y no miento, todo el mundo lo comentó, ¿te acordáis, Raúl, cuando arreglamos el piso y pintamos? Tan bonito que se veía.

(Bien bonito).

—¿No hay problemas de filtraciones, de tuberías, nada de eso, no? —pregunta ella.

—Nada. Jamás hemos tenido problemas de ese tipo.

(Hemos tenido millones de otros).

—Aquí entonces tenemos la cocina, que fue totalmente remodelada.

(Después de años de estantes sin puertas, sepa que no nos dio tiempo de usar toda la alegría que nos correspondía por finalmente tener nuestros gabinetes, así que alguna emoción usted encontrará todavía entre una repisa y otra y le pido que la disfrute en nuestro nombre, que acoja como se debe sus herencias desconocidas).

—Aquí se quedan la cocina, la nevera y el microondas. La cocina es mi espacio favorito, centro del bochinche, aunque toda esta casa era un bochinche.

(Por eso me la paso prendiendo el televisor, Chelita, para que vos y para que ella, la casa, no se sientan tan solas).

—¿Sirve esa lavadora tan vieja? —pregunta la insolente que casi no me dejó mostrarle bien los gabinetes, porque parece que está apurada, no está viendo la casa como uno mira a su futura casa, ella no merece nuestra casa,

no la merece Raúl.

(Pero aquí estamos y toca que chupar limón).

Chupar limón y sonreírle a la arrogancia tosca de esta mujer, que se mueve y habla como quien tuvo que esperar mucho para que fuera su turno de humillar.

—Y lo que tiene de vieja lo tiene de buena y de grandota.

La pobre máquina debe reírse de mí cuando le meto mis tres trapitos sucios. Por más que yo deje acumular, nunca es suficiente: calculamos para cuatro personas, restó una.

(Y vos que ya ni te queréis bañar).

¿Y para qué, Raúl?

—Y en esta lavandería caben bastantes baldes para guardar agua cuando venga, aquí llegaba cada veinticinco días, ahora ya no se sabe, pero para eso tenemos un tanque subterráneo y uno en el techo.

—Esto va a dar bastante trabajo —dice la madame al asomarse al patio, nuestro patio, Raúl, nuestro desastrico.

(¿Por qué será que el bochinche siempre venía a parar aquí?).

—Usted sabe cómo es, nunca logré arreglarlo porque siempre hubo algo más urgente, pero tiene un buen tamaño.

(Y buena historia).

—Vamos a subir para que vea los cuartos.

La conduzco por la escalera queriendo, a un paso, que desaparezca, y al siguiente que por favor, por el amor de Dios, se quede con la casa, no importa lo que haga con ella, la casa a esta altura es un puñado de concreto, metales y cables. La casa sois vos, Raúl. La casa somos vos y yo y Nina y Elisa. La casa es el alboroto y las risas de nuestros parientes y nuestros amigos.

(La casa es lo que fuimos y cuando lo fuimos).

Yo sé, Raúl. Me lo he metido en la cabeza a punta de desvelos, pero al siguiente paso, otra vez, quiero expulsar a esta mujer de mi casa, la única casa que conozco, no la he vendido y ya soy un sofá viejo y seco dejado en la acera, un caracol desvalijado, una intemperie.

—Un poco chiquitos los cuartos, ¿no? —dice la madame.

—No sé, sabiendo acomodar bien las cosas, yo diría que tienen un buen tamaño— le retruco en un segundo y en el siguiente me arrepiento, porque no es hora de tener la razón, hoy todo esfuerzo tiene el nombre de Elisa y de juntarnos las tres donde sea y como sea, y este es el como sea, esta es la prueba, así que intento remediarlo—, pero sí, no se puede decir que sean grandes.

(No serán aquella cosa, pero tienen un no sé qué, una ternura, una paz, dejala que la sienta).

Sí es verdad, y no lo decimos nosotros, lo dicen todos los que alguna vez pasaron una noche aquí, y son tantos, tantos, que yo creo que por eso a veces la casa tiene complejo de hotel. Y sí, puede que los cuartos sean

maltrechos y chiquitos, Raúl, pero yo apenas lo vengo a percibir ahora, nunca me hizo falta más.

(Porque a nosotros nos gustaba estar bien cerquita y no desperdigados como estamos).

—Las ventanas son corredizas, vidrio y aluminio.

(Con un equilibrio perfecto entre buena luminosidad, óptima vista para los escándalos ajenos y suficiente privacidad para los propios).

—Pero están medio llevaditas —dice ella.

—Hay que hacerles un cariñito, pero vienen con las rejas, las persianas y hasta las cortinas se las voy a dejar.

Entiendo que, como yo, aquí ya nadie tiene ganas de mirar para fuera.

(Nunca menospreciéis una ventana, Chelita).

Bajamos y me doy cuenta de que he perdido todo hábito de anfitriona, he lidiado tanto con gente que se va, que ya no sé lidiar con gente que llega.

—Disculpe que no le haya ofrecido nada, es que no me han traído el café. ¿Quiere una agüita? Vamos a sentarnos para conversar.

Pero la mujer no quiere conversa, va directo hacia la puerta y yo veo la solución desmoronarse un poco, pedazos de familia cayendo en cada tuc, tuc, tuc de su paso de tacón corrido, apabullante, Elisa alejándose, tuc, tuc, tuc, adiós, adiós, adiós.

—Mire, he visto casas mejores, pero mi hijo me contó en lo que andan, el problema con la niña, así que vamos a ayudarnos. Le doy cinco mil dólares. Si le interesa, tiene dos días para vaciarme la casa. Luego la llamo para finiquitar lo de los papeles y la firma en notaría.

Aleluya y maldita sea la hora. Nuestra casa de toda la vida, Raúl, vendida a precio de carro viejo y encima tratada como si en vez de negocio, fuera caridad. Y pensar que va a poder firmar este robo con su nombre en vez de con una equis, como hacía antes, cuando no solo era pobre, sino analfabeta, ¿será que se acuerda de aquellos días, de aquella solidaridad?

(¿Cuándo iba uno a pensar que algo tan bonito iba a usarse para vainas tan feas?).

Nunca, mi amor. Nunquita.

El precio normal sería quince veces esa miseria, quince o más. Yo continúo calculando números de antaño por manía de medir la catástrofe, pero los números y los ceros a veces se me confunden, los dejo por ahí regados en esas salidas que hago sin darme cuenta.

Si no estuviéramos en lo que estamos, mis ganas serían dejársela a alguien al cuido, Olga seguro le echaría un ojito con placer, prendería un bombillo cada noche para decirle a los ladrones y a los invasores potenciales que hay gente adentro, lo que no sería mentira porque, viva o

muerta, aquí siempre habrá gente. Tenía razón Nina con su simpatía por Olga; si no fuera por ella, sea puta o no, yo no sé qué hubiera sido de mí. Pero Olga tampoco va a durar mucho, ya está recogiendo sus corotos y poniendo al día sus papeles, se va para Oaxaca, dice que su hermana está de lo mejor allá y es cuestión de meses.

Parece que no va a sobrar nadie en la urbanización, Raúl. A los últimos optimistas se les jodió la esperanza con el apagón y con el racionamiento; es difícil ponerle horario a la alegría, que parece mentira, pero la pobre aparece con la luz, porque es que es de valientes sonreír cuando tenéis que estudiar, trabajar, hacer oficio, existir en algún tipo de movimiento de cuerpo o de alma y no podéis porque estáis a oscuras y el calor te incinera las ideas, las axilas, las intenciones, las verijas. Nos dieron horarios para la tristeza, seis horas por sector, pero ni siquiera eso se cumple.

¿Será que Oaxaca queda cerca de Coahuila? Dice Olga que no importa si no es cerca, que para eso hay buses y aviones y que a ella le gusta viajar más que comer bueno, si en algo la ha jodido esta crisis es en dejarla encerrada, pero apenas se recupere, que México se prepare, porque, paticas, ¿pa qué las tengo?, se va a recorrer todos esos lugares que uno siente que conoce de tanto que los escucha en las novelas de Televisa. Hoy, cuando fui a contarle este vainero y a preguntarle si me podría quedar con ella unos días, que yo pensé que serían como quince y acabaron siendo dos, intentó entusiasmarme. Es México, Graciela, colores, comida sabrosa, acentico de novela, ya vais a ver que te va a gustar.

(Entusiasmate, Chelita, que a vos te luce mucho una guachafita).

Por ahora, planeando contragolpes y con cuarenta y ocho horas para *vaciarle* la casa a la tierrúa aquella, está difícil. Entusiasmo es una palabra hermosa que no rima con vender lo valioso, regalar lo útil, empaquetarme la vida, escoger dos o tres *souvenirs* de este viaje bonito que fuimos y echar a la basura el resto, lo que solo yo quiero porque solo a mí me sirve, la última listica de mercado con tu letra, la primera mediecita de Elisa y su primer cuaderno, el VHS de los quince años de Nina o el restico de cordón umbilical seco que guardé con la etiquetica del hospital, «Catalina Gutiérrez, 04/04/1991, 8:45 am. Mamá: Graciela Suárez». Basura, sacos negros brillantes llenos de nosotros, que algún nuevo mendigo, de esos que se reproducen en la ciudad, va a revolcar en cualquier esquina, hitos de memoria desperdigados en medio de conchas de cambur y huesos de pollo para reaprovechar la bolsa. Donde voy no quepo completa.

(Sí cabéis, Chelita, vos cargáis el equipaje dentro).

Menos mal que vos venís conmigo sin ocupar espacio y sin pagar pasaje, porque ahí sí es verdad que los cinco mil nos duraban un pestañeo.

Sería preferible dejarle la casa a quien la necesite, a ese ángel de la guarda extraño que es tu amigo Vicente, tan buena gente y tan peculiar el pobre, un pie aquí con los vivos y un pie entre los muertos.

(Ese sí que sabría aprovechar esta casa, escucharle los cuentos de este y

otros tiempos).

Sería mejor donársela a quienquiera que fuera en vez de dejarla por esas tres lochas en manos de esos buitres que no se cansan de robarle a pobres.

(Si nomás no necesitáramos esas tres lochas tanto como las necesitamos).

Esta gente no ha ni sentido bien el olor de la desgracia ajena cuando ya llega preparando sus ofertas. Saben que no hay desgracia inútil, no hay dolor que no rinda algún tipo de ganancia, es cuestión de estar pendiente, listo para atajar la ventaja. ¿En qué momento tanto fue a parar en manos tan ajenas? ¿Cómo esta mujer vino a parar aquí?

(Nosotros mismos la trajimos, Chelita).

El viaje va a ser otro, jefe, por ser tan hijueputa. Tantos años y tanta vida después seguís subestimando a Nina y subestimáis también a Elisa, queriendo creer que esa hija se parece más a vos que a ella, como si la genética pudiera contar tanto o más que la experiencia. ¿A quién queréis engañar? Te decís que las queréis con vos, hace tanto tiempo que estáis incompleto, mingo, solo, pero el Perro te dice lo que te dice y vos sentís rabia y dolor, claro, pero sentís también una puntica de alivio, ¿no es verdad?

Vos no sabrías qué hacer en ninguno de los otros escenarios posibles. Nina presa, Nina deportada, Nina ahogada, Nina libre, Nina legal, Nina con vos. Ninguna es una opción con la que sepáis lidiar. Ni siquiera con las últimas, con esas tal vez sepáis lidiar menos que con las otras, aunque ya las conozcáis, tenéis más trauma que experiencia; en vez de aprender, habéis diversificado las formas de equivocarte, porque seguís queriendo versiones higienizadas, reducidas, adaptadas de Nina, y ahora de Elisa, que es demasiado parecida a ella, porque no tuvo cómo ser más parecida a vos, que no estabas para enseñarle las ventajas de la diplomacia que vos tanto defendéis; ni las labores íntimas y arduas de dibujar mapas y justificaciones; ni el orden correcto de las capas de cualquier sanduchito donado por el Estado, el despotismo mojadito entre el queso y el jamón; ni la mejor manera de doblar las franelas y el juicio y las prioridades.

Cuando te pidió que fueran a esa heladería, tuviste que pensarlo dos veces. Desde la cena catastrófica con tus padres, salís menos que antes del hotel —quién diría que llevarías más de tres semanas en la playa y tu piel estaría más pálida que nunca—. Pero Elisa parecía tan nerviosa esperando noticias de Nina, sabiendo que Nina estaba ya a un paso de la frontera y que en cualquier momento podrían llegar ella o sus noticias, que cediste. Le debéis tanto, tanto. Te convencéis diciéndote que aquello no volvería a pasar con tanta facilidad porque, aunque tu rosto ha circulado de vez en cuando en los medios, tampoco es que sois famoso: es el puto parche, como siempre, poniéndote en el blanco. Y, si llegara a repetirse, responderías a la altura, dirías que estabas equivocado, aunque seguís sin saber exactamente en qué, y si eso no fuera suficiente, pues para quien es capaz de atacarte en público jamás habría explicación suficiente, te tocaría el puño, el codazo, la patada, el escupitajo, que la violencia respondiera por vos, porque preguntas como qué carajos pasó con tu país y su revolución y cuál fue tu participación específica en la construcción del fracaso no son algo que vos podáis o queráis explicarte ni siquiera a vos mismo —más dado, como sois, a las fugas—, mucho menos a un opositor

ensoberbecido. Y al final te decís, una heladería no reúne el mismo tipo de público que aquel restaurante, y si Nina iba a atravesar a nado el río, arriesgándose a todo, lo menos que podías hacer era asumir el riesgo de una nueva humillación.

El día está nublado y la playa se ve de un chocolate grisáceo, como un chocolate chimbo. Ella insiste en que se sienten en las mesitas de afuera, porque lo que más quiere es respirar el aire puro, sentir el vientico en el rostro. Aceptáis porque de ahí podrías salir corriendo más rápido hasta el carro. Escogéis sentarte de espaldas al mar, como si esa posición o tu gorra de los Red Sox de Boston que trata de esconder el parche te fueran a dejar más tranquilo. Miráis el teléfono, que antes no paraba de tocar, eras importante para muchas personas, eras indispensable para tantas cosas que, sin embargo, siguen allá, funcionando sin vos, ya acostumbrándose a tu falta, celebrándola incluso, porque lo mejor que le podía pasar a las instituciones era la purga de traidores. Pero hoy tu celular es una desolación. No hay aviso, ni de victoria ni de tragedia.

Elisa vuelve con tu barquilla de fresa y una tinita con una bola azul que huele a chicle y sabe a chicle, un desperdicio, pensáis, vos sí sois extraña, le decís, y ella te mira, triste, asustada, puede que arrepentida de su peculiaridad. No te dais cuenta, pero te estáis volviendo un cuchillo, sois pura poda. ¿Qué hora es?, pregunta ella. Ya son las cuatro. Y todavía nada de Nina ni del Perro. Las cucharadas de helado pasan por tu garganta como pedazos de hielo duro, su frío llega intacto a tu estómago y contagia tus piernas, hace veinticinco grados centígrados y tenéis frío.

¿Qué vamos a hacer cuando llegue mami? No sé, Elisa. Comete esa vaina azul rápido que me quiero ir. Cuchillo. Yo pensé que íbamos a caminar en la playa. ¿Y vos tenéis cabeza para andar caminando en la playa? Cuchillo. Pero Elisa también sabe ser filosa y se come el helado con lentitud, creéis que es porque no le gustó, a nadie le puede gustar ese untado de chicle con leche, creéis que es malcriadez por vos no querer ir a la playa, creéis que es perrera y vos nunca habéis tenido paciencia para esos exabruptos, a menos que sean tuyos.

Tus láminas siempre en movimiento de corte no te dejan ver los dobleces de esa lentitud, mucho menos niña de lo que pensáis. Tu mirada siempre volcada en vos mismo no te deja ver la cantidad de tristeza y de despedida nueva, temible, que Elisa posterga entre una cucharadita y otra. Cuchillo, chuchillo, cuchillo, la arrinconáis a punta de impaciencia, hasta que del azul solo sobra una agüita que más parece desinfectante. Terminé, ya vais a poder estar tranquilo, te dice Elisa con una tristeza que vos no le conocías, y sale corriendo en dirección al carro estacionado en paralelo al mar que no quisiste visitar con ella.

La veis irse y creéis que el drama continúa y queréis gritarle alguna nueva cuchillada, pero de repente el metal ya no está en tu mano ni en tu lengua, sino que está hundiéndose en tu costado, te me quedáis quietecito,

que si decís pío te vuelo el otro ojo, te dice un tipo vestido con un uniforme de béisbol que no te deja avanzar más allá de la acera. Se te acercó sin que te dieras cuenta y te amenaza con algo que no sabéis qué es, pero el olor a pólvora te invade sin que podáis saber si viene de afuera o de adentro de vos mismo. Inmóvil, cobarde, veis al Perro, también con ropa de beisbolista, abrirle a Elisa la puerta de una camioneta que no es la tuya. Veis el pelo brillante de Elisa ondulando a cada movimiento. Queréis verle los ojos, pero algo ha aprendido de vos, al final ya sabe que toda huida comienza en la mirada. El viaje va a ser otro, jefe, por ser tan hijueputa.

Te tardaste unos buenos minutos en entender que Elisa sabía quiénes eran esos hombres y adónde la estaban llevando. Antes hubo ganas de helado, de playa, de padre. Esta tarde, hubo apenas simulacros. No te preocupéis, hermano, que antes de la medianoche la muchachita va a estar con su mamá.

El segundo difunto que Elisa vio fue su abuelo Raúl, pero ella no logra recordar su rostro de muertico. Ella sabe que lo vio, que Nina le preguntó si lo quería ver y ella dijo que sí. Se acercaron juntas a la urna. Ella recuerda la chaqueta bomber que le pusieron a Raúl, su favorita. Recuerda las muchísimas coronas de flores, adiós, camarada, hasta la victoria siempre, Raúl vive, la lucha sigue, y la rabia que le daban esas frases hechas y que nadie se hubiera dado a la tarea de escribirle algo original. Recuerda el vestido que ella usó, uno que ya casi no le quedaba, un montón de vuelitos ridículos que la hacían parecer una cortina extravagante. Recuerda todo menos la cara muerta bajo el vidrio del ataúd.

En su memoria, su abuelo permanece rozagante, tal como ella lo vio o lo imaginó ese mismo día en el jardín del cementerio. Todos estaban adentro de la sala velatoria, reunidos en torno a la urna, llorando los unos, rezando los otros, rabiando todos, cuando su abuelo, o la imagen de su abuelo, sano, salvo y rosadito, la llamó para afuera, Elisa, vení acá, ¿qué hacéis ahí en ese llantén? Le dijo que cerrara los ojos y el vientico de las seis de la tarde en Maracaibo le secó las lágrimas y le dejó en el rostro una sensación de máscara, la misma que siente hoy escondida bajo el asiento trasero de una camioneta, una urna para gente viva que quiere atravesar caminos que la gente que hace las leyes dice que no debe.

Hoy no hay viento ni Maracaibo ni seis de la tarde, pero Raúl de nuevo la acompaña, va con ella, secándole las lágrimas, encurruñado junto en ese ataúd con olor a carro nuevo donde el Perro le dijo que tenía que meterse cuando fueran a cruzar la frontera.

Cuando vio al tipo afuera de la heladería, le pareció patético, ella entendía que tenía que usar una ropa reconocible, pero ese uniforme era ridículo. Tal vez había sido idea de Nina y no de él. De cualquier forma, no era momento de cuestionar las instrucciones que su madre le había dado el día anterior. Eran poco más de las once de la mañana cuando las gemelas tocaron a la puerta de su cuarto, desesperadas por bajar a la piscina, *it's beautiful outside, look at that sun*!, decía Lauren señalando el cielo, mientras Louise señalaba en la pantalla de su celular una llamada conectada de Nina y el verdadero sol se hacía en los ojos de Elisa.

Papi, ¿puedo ir? Claro, pedís el almuerzo cuando vayáis a subir, yo quiero la pasta, respondió Camilo, que ni cuenta se dio de que Elisa salía del cuarto sin siquiera llevarse un traje de baño. Su padre era así y así siempre sería, ella lo entendería después; no había cómo esperar la mirada de un hombre que había perdido no un ojo, sino las ganas de ver. Esa tarde terminaría el helado, se despediría de su padre entre un silencio y

otro, sin que él se enterara, y saldría corriendo en dirección a la camioneta azul donde un beisbolista estaría recostado, mientras otro tipo se encargaría de atajar a Camilo hasta que ellos se hubieran ido.

Ahora habían pasado casi ocho horas y estaban en Del Rio, la última ciudad gringa antes del paso de la frontera, en una casa de una gente amiga del Perro para pasar la noche. La dueña de la casa, una señora que hablaba un español cuyo acento Elisa no logró identificar, le dio agua y un sanduchito. La mujer no se cansaba de reírse del uniforme de béisbol del Perro, burlándose de la pancita apretada bajo la pretina del pantalón y de la rareza que era que alguien le estuviera pagando para hacer el camino contrario. Casi que ni tienes que esconderla, Perro, si no te van ni a mirar, dijo ella, y el Perro respondió que claro que miraban y que el riesgo era igual, niño es niño, Magali, vaya para donde vaya.

Vamos pues, la despertó el Perro en la mañanita. Elisa no había terminado de comerse los huevos revueltos que Magali les hizo de desayuno cuando ya la estaba llevando a la camioneta para mostrarle lo que sería su escondite: el asiento de atrás se levantaba como si fuera la tapa de una urna y sería allí donde ella se metería. Ya sabéis, calladita, respirando ligero, son unos veinte, veinticinco minuticos nomás y estáis con tu madre, yo te voy avisando. Elisa se metió en su cajón y el Perro le pasó una botellita de agua y una bolsa con caramelos. Eso es por si te mareáis, chamita. Cuando estemos estacionados, es que estamos pasando el control, ahí tenéis que estar como muerta.

Elisa quiso preguntar si muerta, muerta, como lo que resta en el ataúd, o muerta como su abuelo y esos otros que venían llegando en caravana, un gentío bonito, rostros de todas las edades y los colores, invisibles a los ojos insuficientes del Perro y de Magali, diciéndole buenas noches con acentos de un continente entero. Vos, quietecita, mamita, que no vamos solos, le dijo Raúl, mientras se acomodaba con ella en un abrazo. ¿Quiénes son todos ellos, abuelo? Amigos que me encontré por aquí, gente que fue quedando en medio del camino. Pasan el día anda que te anda, ayudando a la gente a pasar esta frontera a salvo para que no tengan que atravesar la otra, la que no tiene vuelta.

El Perro cerró el asiento y, desde ese momento, el paisaje de Elisa es apenas sonoro y eso le basta, porque Raúl le va cantando al oído su canción, la canción de Ali Primera que él decía que, si no existiera ya, él mismo la hubiera escrito, idéntica, palabra a palabra, acorde por acorde, para ella, «¿dónde me llevan los pies de mi niña? ¿Dónde me lleva su cofre de risas?», mientras los otros lo acompañaban con un tarareo susurrado, «shhh shhh shhh shhh shhh», y ella intenta responder adónde están yendo sus pies y si van a lograr llegar a ese dónde, pero no sabe, el único destino es Nina, el resto es duda, «shhh shhh shhh shhh shhh, anoche sentí cosquillitas, era su alma pequeñita, que se metía en mi alma, shhh shhh shhh shhh shhh», y ninguna duda tiene importancia en ese instante

aferrado a las certezas, sabe que su abuelo y los otros están ahí junto con ella, de alguna forma haciéndola leve, no siente la vibración del carro ni las superficies duras le duelen en los huesos, va en una nube de canto protector y su llanto no es de miedo sino de asombro.

En cinco minuticos estamos en el puesto de control, avisa El Perro, «shhh shhh shhh shhh shhh, cacheticos sucios, de niños comiendo, si comieran todos, los niños del mundo», esa canción tiene un efecto somnífero en ella desde siempre, le decían todos y ella lo creía porque, «shhh shhh shhh shhh shhh», nunca llegaba despierta al final de la canción ni al final de los trayectos que ella acompañaba, «shhh shhh shhh shhh shhh», pero esta vez no es verdad y cuando oye voces en inglés y siente que la camioneta deja de ser leve y se mueve a la derecha casi se hace pipí encima, «¿dónde me llevan los pies de mi niña? ¿Dónde me lleva el cofre de su risa?», y la niña y sus pies no pueden ni dormir ni hacer nada, ahora que Raúl no la abraza, el «casi» se completa y Elisa siente el calorcito líquido mojándole la entrepierna con una lentitud irreal, como irreales comienzan a sonar las voces en inglés, que siguen sonando, pero ahora son apenas pereza, las va venciendo un cansancio nocturno, un «shhh shhh shhh shhh shhh» parece envolverlas y se las lleva lejos, lejos, y la puerta de la camioneta se cierra y arrancan de nuevo, leves, leves, leves, shhh shhh shhh shhh shhh, ya pasamos, chamita, avisa el Perro, fue por poco, pero pasamos, ¿qué es ese olor? ¡Coño, chamita, no me vais a decir que te measte! El Perro se queda en su vulgar cantaleta de reclamos y «¿dónde me llevan los niños del mundo? ¿A regar por el mundo su cofre de risas?», Elisa se queda en su canción de cuna, esperando que la voz de su abuelo y la cercanía ya táctil de su madre le calmen el galope que carga en el pecho.

Andaba en medias siempre que podía porque el tenis con la suela derretida seguía siendo su único tenis y le hacía doler la rodilla y la cadera izquierdas, y ya tenía mugrosas las medias de tanta ida y vuelta que hacía descalza en el cuarto del hotel, intentando gastar esa espera delirante, ¿en qué coño estaba pensando cuando decidió que la solución era mandar a buscar a Elisa con un tipo al que prácticamente no conocía, más allá de saber su nombre y su cédula y su versión de muchachito pobre de Teotiste de Gallegos, si era verdad que ese era su nombre y su cédula y su barrio? ¿Cómo había podido confiar en ese tipo con nombre de animal que había traicionado a su primer contratante cuando ella le ofreció más? De ese tamaño era su desespero, sí, pero de ese tamaño también eran sus ganas de darle el contragolpe a Camilo, Elisa en medio, botín de una guerra de la cual ella era consecuencia y jamás origen. Era un plan irresponsable, absolutamente arriesgado, pensaba caminando en dirección a la puerta y, cuando daba media vuelta y caminaba en dirección a la ventana, se calmaba recordando que el plan estaba funcionando como acordado, la madre del Perro ya estaba resolviendo los papeles de la casa con Graciela, y el Perro le había estado dando noticias del trayecto y hasta una foto de Elisa comiendo en un paradero de carretera le había enviado junto con textos simpáticos, como si aquello fuera un paseo del colegio y él fuera el chofer del transporte escolar, pero ni era un paseo ni aquello era la escuela, Elisa no estaba aprendiendo nada a no ser canalladas que un niño nunca debía tener que aprender sobre sus padres y su fuego cruzado ni sobre el mundo y sus alambres de púas.

No había pegado el ojo en toda la noche y se estaba cayendo del cansancio, pero no podía parar de moverse, inexplicables exigencias musculares la mantenían en pie, pequeños espasmos que le activaban las ganas de moverse sin pausa, un desespero erizado y brillante, y por eso caminaba, se sentaba, daba saltos en el lugar, gastando la energía que ya no tenía, porque estaba hambrienta, sentía que la barriga se le engrinchaba de hambre, pero al mismo tiempo no podía engullir ni agua porque tenía la garganta hecha un amarre, colección de nudos apretados con saliva, todo su cuerpo una anarquía y su cabeza un caldero donde hervía un tifón de futuros, el enmarañado de algas que pudo haber tenido en la boca; el uniforme anaranjado de Elisa como menor no acompañada, presa en un centro de Immigration and Customs Enforcement; la foto del Perro y su cara de mascotica del crimen en su posible prontuario policial; la madre remotísima de un coyote regateando su casa, que en vez de casa era para ellos un templo de vivos y muertos; Graciela hablando sola con sus

fantasmas, ahora sin un techo para ampararlos.

Intentó convencerse de que en pocos minutos, si acaso una hora, Elisa estaría con ella y apenas recibieran el restante del dinero de la casa, organizaría, trecho a trecho, por tierra y por aire, el viaje de Graciela, y su madre, y ojalá hasta sus muerticos, al fin se les unirían como había sido el plan desde siempre, y encontró paz en esa imagen, un destello de pocos segundos que con su cola luminosa arrastró nuevos pesos, instantes de ceguera y pánico, después de eso, qué, cómo, por qué, dónde, dónde, dónde si ese código postal donde afincaba el pie en ese momento era un pueblo lamido por un río sueño y pesadilla, corriente con rumores bilingües, caseríos atravesados por estampidas que más tarde o más temprano y para bien y para mal arrasarían todo, presagio tan cercano que quedarse parado parecía imposible; tal vez bueno fuese bajar, bajar por la geografía mejicana y aprender a ser palabra en otros acentos y otros nombres, adoptar serpientes emplumadas y virgencitas de Guadalupe, bajar y alejarse de aquel portal lleno de noticias inauditas de humanos ahogados y picadillos humanos, cortesía de otros humanos que se organizaban en bandas para sofisticar el retazo y la maldad; hacerse un rinconcito y quedarse en él, darle oportunidad de crecer dentro de ella, dejarse nacer raíces y confirmar que árbol forastero, cuando pega, pega y da sombra a los propios y a los ajenos; bajar y alejarse de quien ella no podía, no debía y ya no quería curar; quitarse del horizonte la línea clara y criminalizadora entre un aquí y un allá que no le pertenecían, porque su allá sería siempre Venezuela, estropeada o rozagante o como estuviera, y su aquí era ahora la sorpresa de un país que era tantísimo más que su malograda frontera norte, aunque también fuera ella; lo mejor sería bajar e irse al corazón del país o a un pueblo de mar, si es que no eran lo mismo, a la espera de sentir que, bajo la tierra, donde no se conocen aduanas, las raíces de su allá y de su aquí pudieran, un día, años o décadas después confundir raíces; abrazar con ganas y ovarios y neuronas alguna esquinita ventosa de ese aquí que jamás estuvo en sus planes ni en sus sueños ni en sus conocimientos, pero en el cual ya se escuchaba por la ventana el ronronear de un motor, la bocina de una camioneta, los pasitos quedos y rápidos y el agudo y aún infantil susurro, reconocible a prueba de todo, y Nina se lanzó a correr por el pasillo y por la escalera y por la acera en medias y pijamas, sin tener idea de las unas ni de las otras, porque en su anatomía no importaban revestimientos, solo importaba ese músculo agigantado y vertiginoso que se le quiso salir por la boca cuando tuvo a Elisa de vuelta en su abrazo.

El abuelo me trajo, Nina le oyó decir a Elisa sin lograr alcanzar lo que esos primeros sonidos traían, él me cuidó, mami, ¿quién?, el abuelo, preguntale al Perro, casi no pasamos, ¿verdad, Perro? Y el Perro quiso hacerse el desentendido, claro que íbamos a pasar, eso estaba arreglado, quizás qué oíste vos, entendiste mal, chamita, pero quién sabe, era Nina la

que había estado entendiendo mal, pensó ella con la vista tomada por la sonrisa plena de su padre, pensó en la protección que, a pesar de toda la mierda que sorteó los últimos meses, siempre fue mayor que los peligros, y ella no creía en dios pero sí creía en la memoria, y tal vez eso era dios, memoria, la suya y la de todos, la pasada y la futura, y su padre existía a sus anchas en todas esas vías inagotables, multiplicándose, cambiando de edad y de lugar y de expresión de acuerdo a la música que tocara, y ahora esa música tendría que ser cumbia o ranchera o mariachi o danzón, ya descubrirían, pero ahora estaba él ahí, en medio del abrazo, alrededor del abrazo, encima y a los lados y en todas partes de ese abrazo en el que también cabían Graciela y su ilusión renacida a trancazos, cabía la soledad insalvable de Camilo y sus desmanes, cabía la solidaridad de tantos y tantos kilómetros de esa América desquiciada, revolucionada en promesas y esperas, cabía hasta la malicia y la cobardía de otros, carentes, tan carentes, porque cabían multitudes en ese abrazo, patria portátil, gesto transeúnte de un mundo del que es, al mismo tiempo, creador y criatura.

Agradecimientos

A Taiane Martins, Ángela Cuartas, Alejandro Vásquez, Ciro Nogueira, Luiz Antonio de Assis Brasil, Norman Madarasz, Magdalena López, Natalia Borges Polesso, Paloma Vidal, Altair Martins y Héctor Torres, primeros lectores de esta historia, quienes con su crítica y entusiasmo la llevaron a ser lo que es hoy. A mi familia y a mis amigos venezolanos desperdigados por el mundo, por la valentía de vivir y contar sus historias; en especial a Arianna Leonarte, Mariangellys Atencio y Jesús Salvador Millán. A mi papá, Rodolfo, por ser esa presencia inconmensurable, incapaz de abandonarme. A mi madre, Marisela, y a mi hermana, Oriana, por dejarse robar un poco para alimentar a la novela de tantas formas. A mi amor, Rafael Trindade, por darme la paz y la alegría que me hacen escribir y por creer en mí a niveles absolutamente exagerados. Al Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq) de Brasil, que me concedió la beca de estudios que me permitió desarrollar este trabajo, fruto de mi doctorado en Escritura en la PUCRS. Al Ayuntamiento de Gijón, a Ediciones Siruela y a Mercedes Monmany, Rosa Regàs, Antonio Colinas, Marcos Giralt Torrente y José María Guelbenzu, jurados del Premio Café Gijón, por el reconocimiento que, como mis personajes, supo cruzar fronteras.

Esta edición ha contado con el patrocinio de

Ayuntamiento de Gijón

Edición en formato digital: diciembre de 2022

En cubierta: fotografía © Rafael Trindade
© María Elena Morán, 2023
© Ediciones Siruela, S. A., 2023
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19553-38-6

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.siruela.com